

37
GUSTAVO ADOLFO OTERO

(NOLO BEAZ)



Cuestión de
Ambiente



Prólogo

Son tan raras y escasas las buenas producciones de nuestra incipiente literatura nacional, que el día que parece alguna obra de mérito debiera declararse feriado y marcarlo en el calendario de las letras con doble cruz, como lo hacen los editores de almanagues cuando hay que recordar el aniversario de un santo eminente, de esos que forman en primera fila en el estado mayor de la Corte Celestial.

Declaro, pues, feriado este día en que Nolo Beaz, conocido por algunos con el nombre de Gustavo Adolfo Otero, nos regala con una novela, verdadera novela de costumbres nacionales, que ha de ser, seguramente sazonada por los editores de buen gusto y por los innumerables admiradores del laborioso fundador de "La Ilustración".

Porque Nolo Beaz, a pesar de ser un muchacho cuyos lustros se pueden contar todavía en los de-

dos de la mano, se ha abierto con su pluma las puertas de una bien sentada reputación intelectual.

Igual que esos ajedrecistas que juegan a la vez n ocho o diez. tableros, ganando siempre todas las partidas, Otero en un mismo día escribe siempre brillantemente también, una biografía, un panorama grotesco, un guignol parlamentario, una semblanza, una crónica política o un cuento lleno de gracia y buen humor.

Su poder de producción es tan grande, que si fuera un cuadrumano (con perdón sea dicho) creo que escribiría simultáneamente con cuatro plumas sobre distintos temas.

Tiene un cerebro tan bien nutrido, que le desbordan las ideas y bien pudiera decirse de su facundia que es "un manantial que no se agota".

Todas las mañanas los lectores y lectoras de "El Diario" al abrir las páginas de esta gaceta, buscan en primer término las crónicas de Nolo Beaz, y solo después de haberse gozado en ellas, con fruición golosa, pasan a leer el editorial, las notas sociales y demás relleno del periódico. En este caso los GOURMETS de la lectura diaria, proceden al revés de los GOURMETS de la mesa: empiezan por el postre.

Esta vez, tomando base de un boceto que escribió en 1918 con el nombre de "Vida y Milagros de Franz Pereira", ha hecho una novela llena de colorido y de realidad. Con mano maestra ha descrito

nuestro altiplano, yermo, triste e inclemente; ha pintado la vida de la aldea con todas sus insidias y pequeñeces, con sus intrigas infames y su miseria avasalladora; nos ha retratado personajes tan reales, que estamos seguros de que el viajero al llegar a algunos pueblos de la altiplanicie, encontrará el original de ellos en el párroco, el corregidor o el maestro de escuela.

Es que Nolo Beaz tiene, a mas de su espíritu investigador, una predisposición especial para crear personajes, pero no personajes que se esfuman después de ser presentados, sino de esos que se immortalizan como D. JUAN POROTO, el incomparable diputado de la legislatura de 1922. que pasará a la posteridad por obra y gracia del festivo escritor que le dió el ser.

Asimismo, Franz Pereira, el héroe de esta novela. será en lo futuro el tipo del muchacho aspirante, sobrio, bien intencionado y lleno de ilusiones, que fracasa en el pueblo porque no es alcohólico como los demás, porque es víctima de la envidia de los López y de los Pérez y porque, al fin, para llegar a ser algo, tiene que adaptarse al ambiente rastrero de crápula que domina a casi todos los habitantes de Breñas.

La lectura de este libro deja en el alma un sedimento de decepción, porque al meditar sobre el fondo que encierra, se vé que en Bolivia tenemos todavía muchos pueblos como Breñas y muchos hombres como los López y los Pérez....

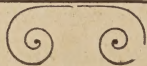
Y Nolo Beaz que es partidario del Estado seco (dicho sea sin segunda intención) combate en esta novela el alcoholismo, fuente del retroceso y de abyección de los pueblos, en una forma tan eficaz, como sólo lo hacen actualmente los pedagogos por medio de cuadros murales en los que se muestra el estrago que produce en el individuo y la familia, la ingestión del jugo que puso en ridículo al Padre Noé.

Considero su obra tan moralizadora, que si yo fuera Prefecto o Vicario, la distribuiría gratuitamente entre curas y corregidores, con la misma profusión con que se distribuyen las cartillas de higiene y los autos de buen gobierno.

Hechas estas reflexiones, estrecho afectuosamente la mano de Nolo Beaz, felicitándolo por su obra, y abro la puerta para que presente al lector a sus interesantes personajes.

Alfredo O'scarrunz.

La Paz, 12 de Mayo de 1923.





La Sirena

Franz Pereira contraído en un gesto de tristeza y emotividad, apoyado de codos contra la ventanilla del vagón, quizá por última vez mira el paisaje paceño. El tren asciende afanoso la cuesta del Alto de La Paz rodando rumorosamente, y, al trazar sus curvas audaces, desnuda el panorama más pintoresco y vistoso del Altiplano, empapando las pupilas de Franz de oro, sangre y sol.

Franz se sintió dominado por el brujo magnetismo del paisaje, y a su evocación leyó como en un viejo e historiado libro sus recuerdos con ilustraciones en el texto.

Un cielo azul profundo entolda la ciudad, amparándola con los atributos del ensueño y

la ilusión. Allá lejos, muy lejos se presenta ante sus ojos como un desfile fantástico una muchedumbre apretada de construcciones coronadas de techos de teja y salpicadas por calaminas, formando un conjunto resplandeciente de granate rabioso y rutilante plata. En medio de esta colmena de edificios se alzan resueltas rasgando el añil del cielo límpido como si pretendieran reinar sobre ese conjunto abigarrado y proteiforme, las torres de los templos, que culminan en la esbeltez geométrica de la aguja del Palacio Legislativo.

La ciudad parece acurrucada al pie del Illimani—el único monumento digno de los paceños—que se levanta altivo como una voluntad sobre el campo de una conciencia. Una cadena de colinas pardas y ondulantes con reminiscencias de dromedarios ciñe a la ciudad, en cuyas faldas⁷ verdea la campiña floreciente y húmeda, donde se agazapan las nuevas construcciones confundándose con las humildes, chatas y ancestrales de los indígenas.

El tren se oculta de pronto entre las breñosas paredes de los cerros cortados a pico, para volver a surgir, presentando ante las retinas de Franz el cuadro de la ciudad con sus detalles urbanos. Allá la plaza de Caja de Agua, decuyas inmediaciones reventaba la truncada torre de los Jesuítas. El convoy viró realizando una curva forzada, y Franz tuvo ante el lienzo de sus pupilas el arco del Panteón, inmenso, devorador y trágico. Luego, el paisaje de la ciudad se perdió, oculto tras el obturador de un cerro para volver a ofrecerse, y Franz observó la nueva estación de ferrocarriles que contrastaba irónicamente con la antigua, semejante a una barraca..... Ya cerca del Alto, Franz guió sus ojos hacia el Sud, donde como en medio de una creación caprichosa de la fantasía palpitaban Obrajes, Sopocachi.....

Franz cerró los ojos, casi podría decirse emborrachado de luz y de color, como para volver sobre sí mismo y cumplir sacramentalmente la frase de Amiel, por la cual el paisaje no es más que un estado de alma. En-

cendió un cigarrillo y a través de las volutas de humo, siguió contemplando la ciudad, y cada calle que adivinaba, y cada sitio identificado le suscitaban los recuerdos mas peregrinos, todos saturados de grotesca trivialidad, de una manida trivialidad.....

El convoy prosiguió su ajetreo hostigante, su calmada ascensión, mientras Franz deshilachaba sus recuerdos postrado en un nirvanismo sepultante.

De pronto, le atrajo el infinito e ilimitado horizonte embriagado de azul y de inmensidad, preñado de la geometría vasta del infinito. El tren había ingresado al Altiplano y tuvo delante la llanura extensa, árida, escueta, el cielo de cobalto, ornamentado muy remotamente por los picos del Huaina Potosí, el Mururata, el Monte Blanco.....La Paz quedó enterrada bajo la ceja del Alto y ya era tarde para dirigirle un saludo postrero.

El humo de la locomotora que se diluía en densos y negros intestinos, esparciendo partículas de carbón a su torno, invi-

tó al viajero a introducir la cabeza. El tren marchaba acompasado y lento en la es-
cuetez de la «pampa», bajo el cielo diáfano,
sin límites, igual y monótono, que comunica-
ba a Franz una emoción de tristeza, de an-
gustia y de orfandad.

El paisaje siempre igual, como una can-
tilena de dolor, era interrumpido en su de-
vastadora uniformidad con la aparición de
una casita rústica abandonada en medio de
los campos erializados, igual que un punto
en medio de un pizarrón, por la silueta can-
sina de un indígena que conducía su asno
cargado de leña o de áurea cebada y por los
rebaños virgilianos que semejabán manchas
lácteas sobre el campo pardo de los pajo-
nales.

El interior del vagón ofrecía a Franz un
espectáculo jubiloso. El militar de su dere-
cha, un jovenzuelo con cara de vértebra ra-
pada, leía con voracidad una novela sicalíp-
tica y de cuando en cuando miraba oblicua-
mente a Franz, talvez ufano por su traje en-
torchado de militar de ópera cómica. En

frente de Franz pendoleaba la cabeza contra las opulencias de su escritorio americano una jamona densa y melada que acariciaba con fruición pecaminosa a su perrito, no obstante de estar cruelmente aprisionada dentro de los pliegues férreos de un abrigo café en leche.

Muy cerca de la jamonita de cromo iba camino de sus propiedades del Altiplano, como suelen decir las crónicas de los diarios paceños en su sección social, un señor que a voz en cuello delataba su aire de hacendado. Charlaba en tono familiar con un individuo, que por su mirada sumisa y respetuosa de can estaba faltamente condenado a ser el mayordomo de la finca. El afincado era un señor gordo, como una foca, relleno de grasa, que tenía la cara achatada por los polos y abultada por el ecuador sobre la que jugaban unos ojos pequeños fritos como dos huevecillos y enturbiados por una ola de sangre; su nariz era una morcilla pegada a un plato; cubría su cabeza un enorme sombrero de amplias alas, sostenido por una jareta al men-

tón. Al charlar afectaba una mímica especial moviendo su cuello toroso, como si se tratara de un acordeón. Le defendía de los rigores del frío un poncho de vicuña, su columna vertebral se rendía al peso de una cadena de oro de diez y ocho quilates y lucía pantalones de diablo fuerte, tan anchos que podía llevar dentro una familia y botas granaderas provistas de espuelas roncadoras. Llevaba debajo del asiento unas caronas de cuero de oveja, un perico y mas allá alforjas taqueadas de comestibles criollos: una puerca de cordero mechada, chuños arrebozados, queso de Paria y la infaltable botella de pisco.

Luego, vió Franz una cantidad de ingleses que discurrían en voz alta, en tanto que otros permanecían silenciosos, gozando de su «spleen», y fumando en cachimba.....



El tren se hundió en una de las secciones relativamente breñosas del altiplano, que lucía sus cerros graníticos y agresivos,

teñidos de rojo y en cuyas cimas crugía a impulsos del viento la hirsuta paja. Desfilaron los cerros enhiestos, coronados por capillitas blancas. Aquí la histórica colina de las Letanías, en donde todavía flota la sombra tragicómica del tirano ébrio; allí el Colla Pucru.....Las pequeñas estaciones alternaban con la visión de algún puente que salvaba un barranco o con la aparición de lomas yermas, donde el sol intenso esparcía sus rayos, imprimiendo resplandores de amatista. Este espejismo externo, la caleidoscópica visión del panorama, la agitación soporífera del viaje y, en fin, la alucinante idea de salir de La Paz, llevaron a Franz a un estado de delicuescencia de alma.....Y sólo al advertirse lejos de la ciudad que nunca había querido, sintió correr por sus venas la sangre animada de un calor extraño, que le produjo en los nervios y en el espíritu una mezcla de inquietud y de tristeza, acaso algo de saudade.....En medio de esa compleja emoción, saboreó la alegría honda y hasta golosa de haberla abandonado.....

Franz continuó el viaje sentado sobre sus riñones, con las piernas estiradas y cubierto por una manta, dispuesto a dormir.

*
* * *

El corazón se le agitó como un pájaro que fuera a morir y los martillazos de sangre que de repente le golpeaban insistentemente las sienes, le hicieron recordar que pronto estaría en su rincón amado. Franz votó a un lado la manta y dejando su postura indolente se sentó como un colegial asustado para mirar con pena los extensos campos eriales, abandonados de la mano esforzada y enérgica del agricultor. Quiso detenerse a reflexionar sobre la suerte agraria de los pagos de su campanario; pero el asunto le pareció de honda meditación, y sobre todo, creyó que pensando en este motivo de la vida nacional, habría de entristecerse cruelmente. Rechazó la idea.....Los terrenos de barbecho se sucedían innumerables.....Y sobre un

campo de leguas apenas verdeaban diez metros. Aquello era un horror!

El paisaje vario atrajo más bien la atención de Franz. Pasó el tren en ese momento un puente largo en cuyo fondo cabrilleaban las aguas borrascosas del río Desaguadero que calladas rodaban, para juntarse muy cerca con las aguas diáfanas y translúcidas del río Mauri. Franz abrió la ventanilla, para deleitarse mirando el panorama de sus lares pueblerianos.

Allá los cerros ondulantes y escarpados, bajos, teñidos de irisaciones verdosas que evocaban formaciones geológicas de cobre, se perdían en el horizonte extenso, y sobre el lienzo azulado del cielo se recortaban las figuras milenarias y macabras de los chulpas, como muchedumbres de minaretes toscos; o, a ratos, fingían ser hornos de pan, donde la ingénua credulidad indígena enteraba a sus antepasados.

El cuadro que Franz tenía en su presencia, le pareció esplendente, maravilloso, real-

zado, por el amor intenso que sentía por su campanario, a donde tornaba después de trece largos años.



Un crepúsculo fastuoso invitó a Franz a entrar a su pueblo en medio de una fiesta de luz y de colores. En la paleta del cielo se amalgamaban los resplandores solares caprichosos y fantásticos en un cárdeno ambarrino que, con una pincelada larga, se difuminaba en el horizonte, coronando en un lejano plano el Tacora vestido de tonalidades violáceas y tiñendo a los demás cerros de un resplandor verde azulino. A esa hora el pueblecito se le antojó a Franz como una aldea ilusoria, como un trozo de tierra encantada.....El río de Breñas se mostró como una espada que brillaba con los matices cromáticos del acero templado y a cuyos bordes parecía el cementerio que era un catafalco blanco sobre el pulido gris del arenal. El tren acababa de pasar por allí y vió Franz su suelo acribillado de cruces negras.

Allí está el pueblecito.

Al rededor de las dos torres blancas del templo, dejando un hueco extenso que es la plaza de la aldea, se apiñan una cantidad de casitas de un solo piso, con techos de paja, que poco a poco se van divorciando para formar calles caprichosas, que a su vez se alejan para dar la impresión de muchas casas, de muchas calles y de un pueblecito grande!

Era el mismo Breñas de Franz; las mismas casuchas destartaladas y chatas que había dejado; el mismo templo con sus dos torres impasibles, donde se había bautizado; la misma plaza, donde había jugado a los toros y al foot-ball en los primeros años de su vida; el mismo cementerio, donde habían sido enterrados su abuelo, su abuela, su hermano.....¡No se movió una sola piedra!

Era su pueblo, que ahora tenía una estación de piedra roja con el letrero: Breñas, Kilómetro 96, que él no había dejado!

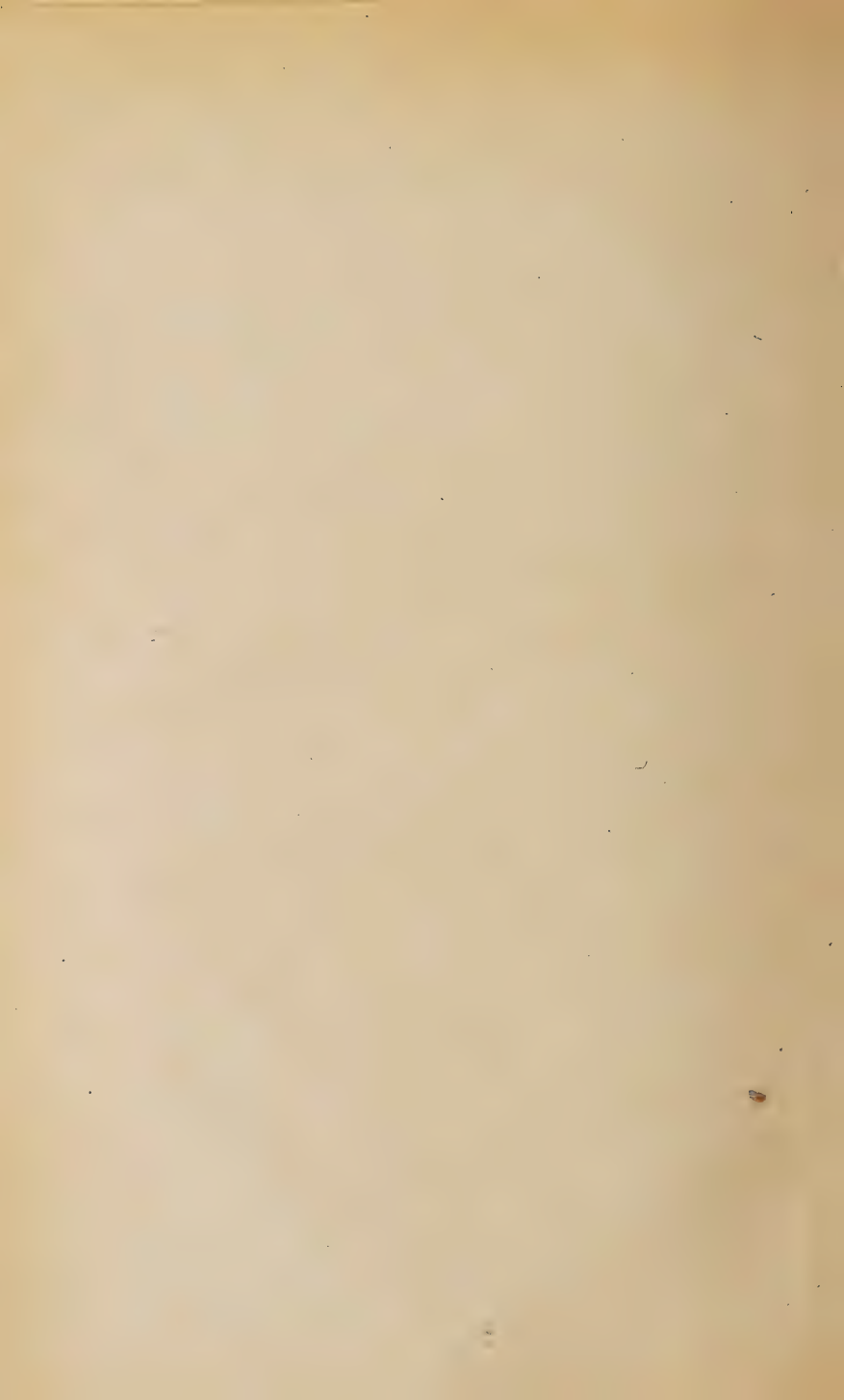
—¡Franz!.....¡Franz!.....

—¡Papá!.....¡Papá!.....

Y fué un abrazo prolongado, enorme, cá-
lido, robusto, que se dieron Franz y su pa-
dre don Primitivo Pereira.

A lo lejos el tren echaba densas bocana-
das de humo y escuchóse el tan tan de la
campana prolongado infinitamente por la re-
petición progresiva del eco diluído en el es-
pacio.....





El héroe

Franz Pereira era un mozo que había pasado los veinticinco años, pletórico de salud y en completo vigor juvenil. Tenía todo el aire lugareño de las gentes aldeanas: la cara tostada por el sol, un si es no es aceitunada, las cejas negras y densas que entoldaban sus ojos de mirar bovino; la frente amplia y escueta, la nariz carnosa; los labios glotones y rojos; los cabellos meticulosamente peinados hacia el occipucio, y las mejillas sombreadas por una barba rala, que juntamente con el opaco y blando mirar de sus ojos, comunicaban a su semblante cierto aire bonachón y apacible. Su cabeza reposa-

ba sobre unos amplios y cargados hombros hacia adelante que le rendían la espalda obligándole a caminar inclinado. Los brazos largos terminaban en unas manos toscas y mal cuidadas; y unas piernas recias y patizambas completaban la arquitectura de nuestro héroe.

Franz siempre se esmeraba en el vestir según los últimos modelos de París; pero a pesar de su constante afán de presentarse hecho un Jorge Brumell, jamás pudo alcanzar a cumplir este su hipotético anhelo por la configuración exótica de su organismo, el no saber llevar bien colocadas las prendas y ese no se qué de desgarrado y pueblerino que se manifestaba en su figura. No obstante de esto, Franz vestía en la primera sastrería de La Paz, compraba zapatos en la casa más elegante en este artículo, lo mismo que los demás componentes de su indumentaria. Esto del vestir le dilapidaba mensualmente casi la totalidad del estipendio que percibía en un modesto y obscuro des-

tinillo que ocupaba en una de las reparticiones judiciales.

Después de todo, la facha de Franz Pereira era pintoresca: calaba el infaltable «tonguito», usaba los sacos largos con solapas amplias y unas campanas a guisa de pantalones. Un chaleco color episcopal, decorado por una corbata matizada con los más embriagadores colores formaban el amueblado del capullo abogadil.

Así, con estas trazas, llegó Franz a su pueblo natal, deslumbrando a todos los mozos del lugar por su elegancia y su presentación «fashionable». En sus baúles llevó el chaqué, prenda que infaltablemente colgaba de la percha de sus hombros los domingos y días festivos y en ocasión de algún bailonguito familiar; llevó, además, el colero, las corbatas policrómicas y mil cacharpas.

¡Quién había de figurarse que debajo de este sayo cursi se ocultaba nada menos que

la personalidad de un doctor en leyes, recién graduado en la universidad de San Andrés!

* * *

Franz Pereira, hijo de don Primitivo Pereira, el vecino principal y la persona de mayor consideración de Breñas, cursó sus primeros estudios, gracias a los buenos y nobles propósitos de su padre, en el Seminario Conciliar, con el «desiderátum» de que fuese obispo o en el peor de los casos cura parroquial de Breñas, su pueblo natal. Un acto de insolencia y mala crianza del seminarista hicieron derrumbar los proyectos del padre de Franz; el muchacho fué echado del claustro y hubo de continuar sus estudios del bachillerato en un colegio laico. Y, efectivamente, del internado hostigante y molesto, pasó a sentarse en los cómodos bancos del Colegio Nacional Ayacucho. Aquí Franz se distinguió en sus estudios merced a su gran memoria y siguió sus cursos sin interrupción hasta graduarse de bachiller.

El joven Franz pasaba entre sus compañeros y profesores como el muchacho de más templado carácter, para resistir las tentaciones de la carne en los años juveniles. Alguna reservada y discreta «farrita», una aventura amorosa de baja cotización, o la sonrisa de una virgencita de la vecindad, inscribieron en el libro de los episodios sentimentales de Franz, toda la historia amorosa de sus primaveras. Es decir, que este jovencito, casi era un modelo de virtudes y espejo de moderación y buen comportamiento.

Y a pesar de esto la idea de que Franz fuera cura, sucumbió y don Primitivo creyó conveniente sugerir a su hijo el que estudiase derecho, carrera que le mostraba amplios, extensos y vastos horizontes para descollar, en su patria. Franz sería diputado Franz sería senador..... Franz sería..... ¿qué cosas llegaría a ser Franz? ¡Uf, Franz sería el salvador de Bolivia estudiando derecho!

Franz acabó el bachillerato al lado de unos parientes que habitaban modestamente

en el barrio de Chocata; pero cuando ingresó en las aulas universitarias, a estudiar la carrera elegida por su padre, abandonó el apartado y singular barrio de su antigua residencia y alquiló en calle céntrica un cuartito amueblado, teniendo la pensión en casa de una señoritinga prestamista y negociante en donde se nutrían superficialmente varios de sus compañeros.

En su cuartito de la calle Comercio, a la insistente luz de un foco eléctrico, se dedicó con verdadero entusiasmo al estudio de las leyes, de la sociología, de los códigos, y de mil noticias más sobre la compleja carrera que había abrazado.

Su relativa concentración al estudio de sus cursos, su facilidad de palabra, hacían que sus compañeros le mirasen como a un futuro Baptista.... Por eso hablaba irremediablemente, insustituiblemente, aun cuando no se lo solicitaran, en cuantas oportunidades se presentaban para hacerlo, cuando veía gente reunida con circunstancia del entierro de alguien, del banquete a alguien, etc., etc.

Pues padecía de una incorregible verborragia muy altoperuana, llena de esdrújulos y vocablos empenachados.

Franz tenía sus aficiones periodísticas que le llevaron a fundar varias publicaciones de vida fugaz, donde se escribía sobre asuntos de diversa índole: endechas amorosas, divagaciones líricas, y sobre todo, donde se fomentaba el recíproco aplauso. Franz fué miembro de la Federación de Estudiantes, sociedad en la que llegó a ocupar los cargos más aparatosos. Actuó en varias veladas públicas y figuró como candidato a delegado de un congreso de estudiantes en una de las repúblicas de América.

Franz parecía tener un carácter bonachón y manso; pero dentro de los ocultos pliegues de su alma se movía un prurito de «lucir» y se alojaba una cupletista; además de una altivez fanfarrona que a veces se doblegaba sumisamente ante un compañero, con objeto de alimentar esa su sed inmoderada de notoriedad, hecha a fuerza de complacencias. Después de todo, un tempera-

mento como el suyo, casi análogo al de los demás estudiantes, era un tipo vulgar entre ellos y solo se le apreciaba por su nazarenismo aparente. Franz Pereira siempre se mostró ante sus camaradas de aula como un muchacho de talento y todos veían en él uno de «esos muchachos que prometen». El talento de Pereira, era innegable: poseía una grande intuición, despejo imaginativo, pero solo para las cosas de su oficio, pues ignoraba lo que el viejo asceta laico y demoledor llama la eudomundología o ciencia de la vida. Debido a esto último muchas veces era escarnecido como un cuadrúpedo fichado en los archivos del Ministerio de Instrucción.

* * *

Franz graduado de abogado recibió una demostración afectuosa de simpatía de sus amigos. Fué agasajado en uno de los hoteles principales de La Paz, con un banquete. En la fiesta hubo discursos a granel; todos los manifestantes hablaron por turno, exaltando los méritos de Pereira; al-

guien le llamó el Castelar de Breñas, cual el «árbol frondoso bajo cuyas ramas se cobija la ciencia» y no faltó una persona que le señalara en medio de ese caos oratorio como el futuro diputado por la provincia.

La vanidad de Franz con esta manifestación y los «bombos» que le descargaron en los periódicos los amigos a quienes había suplicado melosamente, subió de tonalidad, aunque hizo esfuerzos titánicos para mirarlos con desdén más o menos olímpico. Apesar de todo esto se compró un tarro y un bastón, dos prendas que supuso Franz imprimían el sello de la más empingorotada dignidad a su resplandeciente título, aun con olor a tinta fresca.....

Al día siguiente de la fiesta las voces de los corrillos llegaron pronto a los oídos de Franz, por intermedio de Raúl Chamorro uno de sus amigos íntimos:

—Te aseguro que jamás habría creído tamaña iniquidad de Bermúdez!

—Pues así. ¿Recuerdas que nos retiramos esa noche de la fiesta a las dos de la mañana?

—Sí.

--Yo y Bermudez nos fuimos a la casa de las «Membranosas» y allí él mismo con la misma boca que pronunció el discurso de elogio llamándote el Castelar de Breñas, te sacó el pellejo a centímetros cuadrados, expresándose que eres un pobre diablo, un desgraciado, hijo de un viejo borracho y de una chola

—¡Tantas veces he oído lo mismo!..... Pero esta vez no pudo escuchar con la frialdad de otras.....Francamente de un amigo como Bermúdez no esperaba eso.....

—Bermúdez no ha sido muy cruel contigo; quien me espantó con sus dichos fué Lucas, el famoso Lucas que se cree el sabio por antonomasia, atenido a su inmensa joroba. Dijo que eras más que un sinvergüenza, adulón, servil.....Un cóndor, y que para ser pavo solo te faltaba un plumero al final de la columna vertebral donde ésta cambia de

nombre. Y que por fin te habías tirado la plancha del siglo, pensando que eran verdades sinceras las muestras de aprecio que te ofrecieron los amigos en el banquete y además que te creíste íntegramente la pitorreada que te hicieron en los discursos pronunciados en tu honor.

—En realidad yo—contestó Franz—había considerado la manifestación de mis amigos como el primer éxito de mi profesión y de mi vida.....y sin embargo, festejaba mi primer fracaso.....¡Ah, hijo, el fango de esta ciudad!.....

* * *

La vida de Franz Pereira en La Paz, fué de constante agitación y de dolor. Inquietud y dolor espirituales originados por la intemperancia de la atmósfera que le rodeaba, por la torpe hostilidad del círculo en que vivía. Algunas veces se paraba Franz a meditar sobre el estado peculiar de La Paz y se alentaba para emprender luchas homéricas

e intensas. Por todas partes veía la mediocridad reinante, por todas partes la ignorancia disfrazada petulantemente con los oropeles del éxito y del dinero. Esa mediocridad y achatamiento del ambiente le impulsaban a erguirse sobre todos, ya que estaba seguro—con cierta altivez orgullosa muy propio de él—de su talento. Pero pronto se convenció de que no debía luchar y de que la tarea que habría de imponerse fracasaría fatalmente. Era al lodo que tenía miedo, la lucha no le amedrentaba, porque él sabía que la lucha es noble, aunque se hallaba percatado de que sus armas no habría de romperlas contra nadie.—Es que en La Paz, no puedo luchar, se decía Franz, estoy condenado a ser de antemano sorbido por el fango de las injurias, por la burla sangrienta y mordaz, por las miasmas tumefactas del conservantismo, del convencionalismo trabajoso y tirante, y en fin por ese anillo de hierro que se llama las costumbres de esta ciudad sus domesticidades, su silencio agresivo,

que conspira hasta reducirme a una espléndida soledad.

* * *

Franz Pereira inmediatamente que recibió su título de abogado se desligó de sus ocupaciones burocráticas, y al efecto renunció el empleo que tenía, porque, pensó el puesto que desempeñaba no correspondía a su alto título de doctor en leyes. De aquí que Franz se paseara durante algunos meses hecho un turista por todas las calles de la ciudad, dedicando sus prolongados ocios a la lectura de sus autores predilectos: Vargas Vila, Payot, Ricardo León.... Meses más tarde, cuando su haraganería se hizo más aguda, decidió ingresar en la redacción de «El Correo de la Dicha», periódico de exigua circulación y a cuya cabeza se encontraba un señor de muchas luces y campanillas.

En «El Correo de la Dicha», Franz Pereira publicaba sus sesudos y profundos artículos que llegaron a ser una verdadera pe-

sadilla del público lector ocasionando, según se dijo, varios suicidios y no pocos insomnios.

Las disertaciones que emprendía Franz sobre asuntos jurídicos, económicos o literarios, eran miradas con desdén y con lejana indiferencia. Poco a poco Franz se fué convenciendo de la inútil eficacia de sus esfuerzos; la campaña cultural que con tanto denuesto y entusiasmo emprendió, y que gracias a su efímera inquietud espiritual de asesinar sus prolongados ocios, pudo sostenerla más de un año, hubo de abandonarla gracias a la gélida indiferencia del público; público que hacía prosperar crecientemente «las publicaciones de índole agresiva y política, en las que se exprimía bilis y se hacía derroche de gracejo grotesco y de mal gusto». Y Franz hubo de refugiarse después de su fracaso periodístico y de su primera intentona de lucha en la amistad de unos cuantos amigos, y en la espera de las cartas de don Primitivo que venían acompañadas de un billete morado y grande.....

Franz, luego de conjurado su primer fracaso, recibió una invitación para tomar parte en una velada literaria musical. La aceptó previas las súplicas de rigor, y leyó una conferencia sobre derecho internacional, después de un número de música ejecutado por el maestro Torrico. La conferencia de Franz que estaba sembrada de pasajes comunes, tenía un fondo de originalidad por las doctrinas que vulgarizaba y, por cierto, que merecía que un público resignado le aplaudiese; pero fué pateada estruendosamente, el mejor rato un chaparrón de silbidos cortó el hilo de su vibrante palabra..... Llegáronle también algunas hortalizas.

La silbatina a su conferencia fué un nuevo golpe que sufrió en sus anhelos de trabajar intelectualmente, y tras un breve examen de conciencia se declaró inepto para proseguir cultivando sus tendencias intelectuales. Tuvo la certidumbre de que los libros, sus benditos libros le llevaban de fracaso en fracaso, y no se llegó a conceder un solo adarme de ingenio; protestó contra

sus maestros que le habían hecho alimentar vanidosamente ideas falsas sobre su predisposición para el estudio, premiándole y aplaudiéndole, y hasta tuvo un gesto de contenida protesta contra los magistrados que le habían dado el título de abogado. Estaba, pues, convencido de que no servía para otra cosa que para sacar premios y dar buenos exámenes, y de que no servía para nada!

A esta depresión moral en la que estuvo sumido Franz durante algunas semanas, se sucedió un período de entrenamiento de su voluntad y, poseído de alegre optimismo y energía, resolvió emprender nuevamente sus luchas de ideas. Convencido de la inutilidad de los ajetreos periodísticos, decidió llevar palabras de entusiasmo y de austeridad moral y patriótica al seno de sus amigos que agotaban su vida y su juventud en esas antepasas del infierno que se llaman prostíbulos y cantinas. Entre sus amigos siempre fué recibido con el mismo gesto de desdén y con

las mismas frases de sarcasmo o de silenciosa agresividad, como en el público.

* * *

—El ambiente está corrompido y enfermo, —pensaba Franz— es preciso «hacer ambiente», renovarlo y convencer a todos con entusiasmo sincero que es necesario esforzarse para llegar a edificar una sociedad saturada de ideas sanas y nobles. Sí, sí, yo debo subir a la montaña, abriéndome paso, no como el escarabajo, para ser aplastado por un burro, sino como el águila, aunque me estrelle contra una roca, y una vez allí, llamar a todos..... Yo debo cinceiar con el buril de la constancia y de mi vigor mental la estatua interior de mi alma, cultivando el bien, la justicia, la belleza..... Yo me haré bueno, yo me haré justo y amante de la virtud, para después decir a todos los demás desde la cima que hagan lo propio..... Primero hay que velar por la educación de uno mismo, para después hablar a los demás..... Y Franz seguía pensando: el escepticismo es la polilla

del espíritu, y yo no debo dejar prosperar esa polilla en mi organismo espiritual. ¡Adentro, primero, para después seguir adelante!

Pero, no obstante de estas y otras reflexiones, Franz Pereira, no pudo convencerse de que era un hombre útil; al contrario, la idea de que era un marginal, un irredento hamletiano, cada día se abría anchos álveos en su espíritu.

* * *

Los paseos en la «retreta», siempre vulgares y monótonos y las charlas triviales y frívolas de sus cofrades, constituyeron durante algunos meses las ocupaciones predilectas de Franz, hasta que mediando la amistosa intervención de un conocido pudo conseguir plaza en el bufete de un abogado, con un sueldo miserable. Sus trabajos donde el tinterillo duraron poco y acentuaron de un modo certero su idea de que «no servía para nada». No había escrito que mereciera la aprobación del abogado, quien siempre miraba to-

do trabajo de Pereira con mala cara y por último ninguna actuación suya fué del agrado y complacencia del leguleyo, pues allí donde ponía la mano Franz, el jurista decía que ocurría una «metida de pata». Y Franz tuvo que renunciar a su cargo plenamente seguro de que todo era debido a su deficiencia mental, para los trabajos áridos de la vida.

El periodismo le había rechazado de sus veras, su intentona de orador público fué un estrepitoso descalabro, y finalmente su profesión no le aceptaba.

Este último derrumbe que sufrió Franz le decidió a dejar para siempre a La Paz e ir a refugiarse en Breñas, antes de asfixiarse en la sórdida atmósfera de la ciudad del Choqueyapu. Y allí en Breñas, en medio de los brazos amigos y generosos y al calor que brinda la lumbre amorosa del hogar, poder dedicarse con preferente atención al cultivo de sus tierras, a los suaves esparcimientos del espíritu y contribuir de un modo eficaz al progreso incesante de su pueblo;

lejos de la agitación bulliciosa de la ciudad, muy lejos de las almidonadas mentiras de una vida hipócrita y tontamente refinada. Tener allí en Breñas una discreta biblioteca, una cama blanda, un cielo azul que mirar, una buena mujercita por compañera y partir un pan dulce, eran los románticos y burgueses anhelos de Franz Pereira. Y luego morir, habiendo contribuido a incrementar el progreso espiritual y sólido de su campanario, para enterrarse en el mismo cementerio donde reposaban sus abuelos.

Con estas y otras ideas dentro del cuerpo, Franz Pereira salió de La Paz rumbo a Breñas.



El rincón amado

Una inmensa tristeza embargó el alma de Franz, cuando al día siguiente de su llegada paseó por su pueblecito.

El silencio más hondo imperaba en el ambiente solariego de la aldea. Todo Breñas estaba cubierto por una paz eglogal que parecía venir del cielo, de un cielo turquí, cristiano, y del arenal que la circunda, de un arenal que fingía ser una enorme lengua de tierra cristalizada. El silencio de cuando en cuando era roto por el «cro cro» de los «lekelekes», que rasgaban los aires trazando líneas hiperbólicas, para ir a perderse en el campanario del templo parroquial o en el alero

de una casa indígena. La pacífica quietud de Breñas era turbada de tarde en tarde por el ruido de una cabalgadura, el grito de un muchacho que llegaba remotamente o por alguna carcajada anónima que emigraba de alguna casa.....

Los pasos de Franz resonaban en la plaza del pueblecito, produciendo la impresión escalofriante de hoquedad o de abandono. Franz, luego de haber girovagado durante algunos momentos por la plaza, se sentó sobre una patilla situada en el frontis de su hogar.

El sol derrochaba la lumbre de sus oros sobre el amplio cuadrilátero de la plaza escueta y empedrada, cubierta por una alfombra de espesa hierba y surcada por senderos diagonales, trazados por el tragín constante de los pocos transeuntes.

En el centro de la plaza de la aldea se yergue una pirámide truncada de piedra granito, sobre cuyo plano superior está colocado un cuadrante de sol, grabado en mármol. En frente del cuadrante se levanta el templo

parroquial enjabelgado de blanco, luciendo una puerta enorme labrada con relieves de rancio y exótico pirograbado. El templo está defendido por dos torres aisladas, una a cada lado y que en su parte alta alojan a las bullangueras campanas. Este edificio está circundado por tapiales de barro erizados con fragmentos de botellas rotas y de espinos. Entre estos tapiales y la puerta del templo se encuentra ubicado un extinto cementerio, que aún muestra algunas cruces y huellas macabras de antiguos enterratorios. Contiguo al templo se ve la casa cural que juntamente con él, ocupa toda la extensión de un lado de la plaza. La casa cural es de bajos, con una puerta ancha y vieja, provista de dos ventanas de reja, a través de las cuales espejean unos vidrios sucios y empañados. Los postigos de las ventanas están cerrados y dejan en el espíritu la sensación de desierto y de soledad.

A la derecha del cuadrante una tapia casi tan extensa como el paraje ocupado por el templo y la casa cural, sirve de límite entre

la plaza y una sementera, donde se ven unos asnos tranquilos y resignados. En frente del tapial, se puede decir que está concentrado todo el pueblo en una sola cuadra. Allí está la casa de don Primitivo Pereira, el primer vecino, pintada de verde y ornamentada por una patilla sobre la cual está sentado Franz. Luego el billar, más allá una casucha de pobre aspecto en la que funciona la escuela y vive el maestro con su respetable familia y después unas y otras casuchas blaqueadas, donde se ubica las principales tiendas de comercio de Breñas.....

En frente del templo, en actitud de derribarse y guardando equilibrio, gracias al apoyo de una construcción relativamente nueva donde funciona la cárcel, está situada la casa de la primera autoridad del cantón. La casa contigua de la izquierda, que es de propiedad particular del señor corregidor, también sostiene a la caduca construcción del jefe de la comarca.

Completan el aspecto de la plaza unos portales rústicos, distribuidos en sus cuatro

vientos y que sirven a guisa de altares en las grandes y suntuosas procesiones.

Pero, ¿está solo, completamente solo, Franz Pereira en la plaza de Breñas? No, no, Franz no está solo, muy cerca del cuadrante hociquea una chancha gorda, acompañada de una docena de cochinitos, casi a la vera de la casa del señor corregidor un asno destartalado, arranca, hambriento de entre las piedras la hierba que alfombra la plaza.... De rato en rato pasa un viandante, con andares calmados, más que calmados, perezosos.

De las bocacalles se prolonga el pueblo unos doscientos metros, en forma de construcciones bajas, indígenas, ofricas, chatas, y, aquí viven don Pedro, don Casto, don Manuel, don Juan, don Trifón, don..... doña Rosa, doña Ceferina, doña Pamela, doña.....

Las callejas son estrechas y apretadas, y el sol penetra con dificultad en las puertas entreabiertas. Las callejas se prolongan por un lado a un muladar por donde pasa una cequia de donde se surte agua el pueblo y donde abrevan las bestias..... La otra sirve

de camino al cementerio y a la panadería que está situada en las afueras del pueblo. Por la calle de más allá se abre el camino de herradura que conduce al pueblo cercano, a la estación, al arenal, al río.....

Franz ha seguido mirando mucho tiempo a la plaza de su pueblo: el templo, la cárcel, su casa y se ha convencido de que ese desolado rincón es su campanario, y ha dicho «yo voy a arreglar esto».

Ha pasado en este instante don Juan y ha saludado a Franz:

—Buenos días, Franz.

—Buenos días, don Juan.





Dos figuras

Aquella mañana Franz Pereira sentía su organismo lleno de plenitud y de vida y saturado del más intenso optimismo, que le empujaba a forjar las quimeras más utópicas. Desde su revuelta cama, a través de los vidrios deslustrados de la ventana que iluminaba su alcoba, miró el cielo amistoso y límpido. Durante algunos momentos permaneció Franz sumido en una casi concentración espiritual, sin pensar en nada, paseando su vista por toda la habitación y por el escenario exterior que se presentaba a sus ojos limitado por el marco de la ventana. Con cándida complacencia y has-

ta con infantilidad se dejó atraer por el corral donde una gallina cacareaba, igual que un político reclamista, y un mulo pardo que movía insolentemente la cola, imprimiendo con ella fuertes brochazos contra los vidrios de la ventana.

El cuarto de Franz estaba definitivamente arreglado, no faltando en él más que un escritorio americano, que su padre había encargado a La Paz. El catre en donde dormía era de origen ancestral; allí durmieron muchos Pereiras; era amplio y resistente; cuatro columnas sostenían una parrilla crucigadora y se elevaban como ases de cesta, para ir a terminar arriba en una corona gigantesca. Un velador de factura ordinaria y criolla, una mesa con talladuras coloniales, cubierta por un tapete de «bayeta de la tierra», donde estaban apilados algunos libros, y en las paredes decoradas con figuras de cigarrillos dispuestas en forma de abanico, un retrato de familia y una oleografía del Libertador eran todos los componentes de la habitación del jurista, amén de las sillas en

dispersión y las tiras de estera que cruzaban sobre el enladrillado del cuarto. Esta habitación estaba destinada a ser el bufete de Franz, porque las demás de la casa se hallaban distribuídas, y eran chicas y no pasaban de tres.

A poco Franz se levantó de la cama, causando gran asombro entre los de su casa, al verle en pie a las ocho de la mañana, cosa completamente alarmante entre la gente lugareña acostumbrada a madrugar.

A la vera de la tienda doña Tomasa, la madre de Franz, don Primitivo y su hijo, tejían una charla familiar. Don Primitivo estaba sentado sobre la patilla contigua a la tienda de doña Tomasa, la madre de Franz ocupaba asiento sobre la grada de la tienda, y Franz a dos pasos en frente se calentaba al solcito, sentado sobre una silleta de Caracato.

*
* * *

Don Primitivo era un viejecito de estatura baja, cenceño, con la piel apergaminada

por la que ansiaban salir sus angulosos huesos. Tenía el pelo entrecano y una calva discreta que se ocultaba bajo un gran sombrero. Don Primitivo lucía a toda hora el cuello y la espalda defendidos por un chal de vicuña que agitaba, cuando quería dar mayor elocuencia e importancia a su conversación. Los ojos de don Primitivo eran opacos, aguados, parecían dos uvás y daban la sensación de que no miraba.....

Cuando en Breñas se hablaba de don Primitivo, todo el mundo lo hacía siempre con el mayor respeto, él era quien decidía con su poderosa influencia las cuestiones de barrio entre los vecinos; no había nadie que al casarse no le nombrara padrino, ni guagua que naciera que no fuera su ahijada. Don Primitivo tenía una situación excepcional entre todos los vecinos del pueblo; nunca había sido corregidor, cargo al que jamás aspiró, no salió fuera de Breñas, y solo se sentía feliz con ser algo así como el padre espiritual de los breñosanos. Apesar de que en el pueblo le respetaban y le llamaban to-

das las veces el «primer vecino», corrían entre las malas lenguas feas versiones acerca del origen de su fortuna, que eran cuidadosamente silenciadas. Don Primitivo vivía en el pueblo, pasando la mayor parte del tiempo en la situación que le ha sorprendido el lector al comenzar el capítulo o charlando con el cura y agitándose terriblemente en ocasión de algún entierro, o cuando llegaba el día de la cosecha o de la siembra.

Doña Tomasa, la madre de Franz, era un compuesto híbrido de chola y de la señora de la ciudad, tanto en el vestido como en su cultura y educación.

Alta, llena de carnes, y desde luego, se notaba que era menor en muchos años que don Primitivo; tenía la cara semifresca, semejante a una manzana de otoño y le faltaba la dentadura. Usaba dos crenchas al modo de las cholas, sombrero de paño a toda hora, la manta prendida a la izquierda con un grueso alfiler indígena, la pollera larga y sin alforzas, especie de falda que dejaba ver unas enaguas que conservaban como restos

de su antiguo origen algunos encajes desmochados y que caían al margen de las botas, limpias de toda ornamentación y sin las caladuras usadas por las cholas.

Doña Tomasa era una buena mujer, también respetada por los del pueblo, servicial y comedida con todo el mundo; muy hacendosa y metida en el gobierno de su casa y de su hacienda; ella era la que se entendía directamente con los «pongos» y los «hilacatas», con las cosechas, las fincas y la provisión de la tienda; ella viajaba a La Paz, para surtirla; tenía un gran espíritu emprendedor que faltaba a don Primitivo. Doña Tomasa, no obstante de ser buena cristiana, era «casada tras de la iglesia», como decían los del pueblo, detalle insignificante y accidental que no impedía que todos los vecinos la respetasen y mirasen como a la legítima esposa de don Primitivo. ¡Pues sólo le faltaba la ceremonia!

Don Primitivo y doña Tomasa tenían la tienda, no por negocio ni por lucro sino por distracción y humanidad.

Y, en realidad, era una salvación para el pueblo la tienda de doña Tomasa, que aun siendo pequeña contenía un mundo de cosas: estaba dividida en dos partes; una donde se hacía el comercio y otra donde estaban instalados el comedor y el dormitorio de los viejos. En la puerta de la tienda ardía un brasero que con su fuego lento cocía el almuerzo y la comida de los Pereira. Conviene decir en honor de Breñas que en la tienda de doña Tomasa «no faltaba nada». Que alguien se rompía la cabeza, había que ir a buscar tafetanes «onde doña Tomasa»; que faltaba mortaja para alguien, había que recurrir «onde doña Tomasa», y así Allí había mostaza para fricciones, herrajes, corbatas para futres, libros de Mantilla, tinteros y correas, y pomadas y nuez vómica, añilinas y pelucas, chancaca y zuela de Santa Cruz, etc., etc. Ver la tienda de doña Tomasa producía la impresión más compleja y variada que se puede suponer: el desorden la presentaba policrómica, la variedad la mostraba pintoresca!

*
* * *

En tanto don Primitivo miraba al cielo, doña Tomasa contemplaba orgullosamente a su hijo, que con su indiferencia hacía adivinar que estaba avergonzado de su humilde origen.

Don Primitivo, al fin, bajó los ojos, y embozándose el chal, dijo:

—Yo creo que va a llover, doña Tomasa.

Doña Tomasa le miró atrozmente y respondió:

—No, Pereira, «usted no sabe mirar el cielo», para que se pone «usté» a hablar de lo que no sabe, cuando el sol nos está asando.....

—Es que, doña Tomasa, yo veo venir el aguacero, el cerro verde está con montera.....

—¡Ay! ¡ay!. Se me está rebalsando el «chairo» por hablar con este viejo. Y diciendo esto, doña Tomasa corre ágil, para dar unas vueltas al contenido de la olla y vuelve a su asiento, y luego se dirige a su hijo:

—Tú qué dices, Cisquito? ¿Crees que lloverá o no?

Franz contestó con gesto displicente.

—¡Qué sé yo, doña Tomasa!.....Yo creo que no lloverá.

—Ya vé usted, Pereira, su hijo dice que no lloverá,—habló la madre de Franz para refutar a don Primitivo.

—Mire, doña Tomasa, en La Paz, nada se sabe de las lluvias, allí sólo se habla de libros, de la conferencia, del teatro París o del teatro Princesa, de la matinée, de la política, de todo, sabe usted, menos de las lluvias. ¿O qué dices tú, Cisquito? Dile a doña Tomasa, para que lo sepa.....

—Si tuviera a la mano un higrómetro, ya podría avisarles si lloverá o no. Sin ese aparato, no se puede saber nada,—habló con tono doctoral, Franz.

—¡Qué higiometo, ni qué higiometo! —gritó doña Tomasa, para luego proseguir más bajo,— Yo «ahuritita» llamo al «ponguito» y en un «santi amén», nos avisa si lloverá o no.

—¡Doña Tomasa!,—insinuó don Primitivo con tono socarrón.

—¡Pereira! ¿qué hay?

—No se dice higiómetro, sino higiomeso.
¿Está usted?

Franz con las narices rojas de santa indignación científica, se terció en la charla:

—Papá, es higrómetro, y no higiomeso, y sobre esto no veo el motivo para hablar.

—¡Ay hijo, esta tu madre, esta doña Tomasa!.....

—¡Ay! ¡ay!.....El chairó «se está» rebalsando «de otra» vuelta. Este hombre tiene la culpa. ¡Bendito sea Dios!.....—y después de mover cuidadosamente la olla y cambiarla de lugar, interrogó a don Primitivo:

—Bueno, Pereira, ¿me oyes o no me oyes? ¿Llamo o no al pongo para que vea si va a llover? Porque para conocer eso a los indios de mi finca, no hay quien les iguale.

—No, no doña Tomasa. A usted se le ha ocurrido que va a llover, pues santas pascuas, y para después no bajar el precio de las papas..... ¡Vieja usurera!

—Viejo piojoso.....come de balde,—y diciendo esto doña Tomasa, «vase», por el foro, como al final de una comedia.

Luego continuó la charla entre Franz y su padre.

—Pero, has visto Cisquito a esta doña Tomasa venirme a mí con esas? ¡Insultarme sin motivo!

—No se acuerde padre, de eso.....

—Sí, sí,..... Y a propósito, quería decirte que debes dedicarte a algún trabajo, hasta que te instales.

—Sí, padre, yo le agradezco sus consejos. Usted sabe que yo he estudiado y además de trabajar para mí solo, quiero hacer algo por mi pueblo. Me ha dado pena ver el aspecto desolado que presenta, está muy triste y solamente debido a la incuria de los vecinos, ni el ferrocarril le ha servido de algo. Yo creo que con un poco de buena voluntad, se puede transformar en breves años a Breñas.

—No, hombre, para qué te vas a preocupar de Breñas, si el pueblo está bien «no más».

--En efecto, está bien «no más»; pero yo querría verlo prosperar, que sea grande, industrial, nuevo, un rinconcito bello, con todas las comodidades modernas.

—¡Cómo se ve que has vivido tanto tiempo en La Paz, sin todas las cosas que tú dices aquí vivimos muy felices y contentos, tranquilos, satisfechos, y sin tener que preocuparnos de nada!.....

—¡Claro está que se puede vivir con mucha felicidad y placidez en Breñas; pero mi espíritu es de lucha! ¿Y cree usted, padre, que no sería mejor arreglar al pueblo que dejarlo que permanezca así como está? Desde luego, creo que ninguno de los del lugar se negaría a cooperarnos en la obra, con una junta impulsora de vecinos y algunos arbitrios que conseguir para el fomento de algunas obras públicas ya vería usted las cosas que realizábamos para engrandecer al pueblo.

—No te digo hijo Franz, que esas son ideas aprendidas en La Paz, allí cuajan bien; pero aquí no..... Sin embargo, vamos a hacer todo por darte gusto. Principia tu labor y yo te seguiré.

—Por de pronto, ya puedo decirte que convinimos con el señor corregidor y el agente cantonal, para convocar a todo el pueblo, a una reunión que se realizará el domingo, allí expondré mis ideas. ¿Qué te parece?

—Todo muy bien; pero mejor sería que no te metas a nada, yo los conozco a los del pueblo, y te voy a ser franco, ya estamos acostumbrados a esta vida; para qué nos vamos a molestar con cosas.....

—Pero, padre no ve usted que ahora se trata del pueblo, yo creo que todos procurarán hacer algo por él y que nadie rehusará su entusiasta concurso.

—Todo está muy bien; pero mejor sería que no te metas—dijo don Primitivo,—con amargura y con tristeza infinita, y luego añadió:

—Trabaja aquí tus fincas, después defenderás un pleito..... Así vas a estar más contento.

—Si yo he venido aquí, no sólo ha sido por venir, sino por hacer algo por Breñas, para trabajar por mi Breñas, y después está claro, para trabajar por mí y por mi casa..... De otro modo yo me quedaba en La Paz, sufriendo como he sufrido.....

—Bueno, Cisquito; haz lo que tú quieras, ya te he dicho que te seguiré, porque al fin y al cabo eres mi hijo.....



Los trabajos de Hércules

El salón de billar era el sitio más socorrido y frecuentado por todos los jóvenes que vivían en Breñas, y era allí donde pasaban esas horas de cruel aburrimiento pueblerino, entregados al juego y a la bebida pródigos y anchos.

Desde lejos se leía un enorme letrero pintarrajeado sobre la pared con letras de cuneiforme y compleja caligrafía: «Villar la Boz del Pueblo». Una puerta estrecha y baja, protegida por unos sacos repletos de cominos y por mazos de «chancaca», daban difícil acceso al salón de billar; una anaquelería ende-

ble, llenada a medias de botellas, latas de sardinas, tarros de salmón y de leche condensada, servía de límite entre la tienda de ultramarinos y la sección destinada al billar. El mostrador largo y forrado de hule tenía a su delante hacinados sacos de harina y en dispersión otros de ají, arroz y azúcar..... En un rincón de la tienda, se apilaban unas docenas de «chalonas» que en obelisco llegaban hasta el cielo de la habitación. Detrás del mostrador, Don Telésforo sentado, con las piernas cruzadas, las manos en los bolsillos y la cabeza cubierta por un sombrero amplio, esperaba fatigado y con la mirada avara, los pedidos de los clientes.

La otra sección de «La Boz del Puevlo» era aún más pintoresca.

Al centro de la habitación, cuyas desnudeces de ladrillo cubría una alfombra deshilachada en la que fatalmente se enmadejaban los pies, imperaba una mesa de billar enorme con los jebes gastados y el paño verde empolvado de tiza. En derredor de la habitación, casi pegadas contra la pared ha-

bía unas cajas de alcohol, tapadas con trapos y que servían de sofá. Las paredes blanqueadas de cal lucían inscripciones sicalípticas hechas con carbón, al lado de las cuales mostrábanse como magistrales obras de arte algunos cuadros «reclames» del jabón de Reuter o de las píldoras del doctor Ross, juntamente con el retrato de algún miembro ilustre de la familia de don Telésforo y con la efigie del diputado por la provincia, de cuando era candidato. En uno de los ángulos del salón de billar, se veía una cortinilla roja, colocada transversalmente y que ocultaba a la vista un sitio reservado dentro de la habitación, y de donde emanaban olores amoniacales.

El billar de «La Boz del Puevlo» era el único y obligado centro de reunión que tenían los jóvenes que se momificaban en Breñas.

A la hora en que el cuadrante marcaba las cuatro de la tarde principiaban a gotear los billaristas geométricamente, tiranizados por «la costumbre y el hábito convertidos en

rutina. Allí asistían Juan López, Armando Pérez, Pancho Alvarez, Pedro Sánchezy unos cuantos más que componían la taifa pintoresca de Breñas, vale decir la «gente bien», los que no usaban poncho y presumían de ciudadanos.

Juan López, conocíasele en el pueblo con el apodo del «Candelerero»; era, nada menos que el hijo del señor cura de la parroquia de la virgen de la Asunción de Breñas, lo que equivale a decir que pertenecía a la familia más destacada del lugar. Con el evocador alias del «Candelerero», delataban los del pueblo la horrible verdad de su origen de sacristía, y que según murmuraba el pueblo había sido envuelto cuando nació en una estola y siendo bañado en agua bendita. ¡Como correspondía! No obstante de esto pasaba por el sobrino del «tata» López.

Juan López tenía aspecto huraño y vestía con desaseo. Usaba un pañuelo de seda que le rodeaba el cuello y amarrado en forma de corbata. Mostraba todo ese aire de torpeza que hace prosperar la poca frecuen-

cia con gentes: el ademán brutal, la voz apagada y ronca. Su rostro vidrioso, sus ojos entoldados por unos párpados de tomate hablaban a voces de que era un consuetudinario alcohólico. López era imaginativo y embustero y además intrigante. Era temido en el pueblo por su lengua envenenada y su vocabulario tajante. No había honra que se resistiera a su maledicencia, ni prestigio que no se pusiese en duda por sus insidias y calumnias. En fin, López era un mozo torpe y malvado de la pasta de los canallas.

Armando Pérez, era como quien dice, el «dandy» de Breñas, apesar de que era vestido por el sastre y calzado por el zapatero del lugar. Con estos elementos Armando Pérez era el tipo del elegante del pueblo, del jovencito «fashionable» aldeano; usaba el mismo pañuelo de seda aplicado al cuello, pero llevaba estas prendas de un modo tan especial, con una gracia innata, que le hacía un tipo distinguido, pese a su vulgaridad. Armando Pérez usaba polvos de arroz y se lustraba el bigote con jaboncillo.

¡Vaya si era elegante Armando Pérez! Por lo demás, Armandito, como familiarmente se le llamaba en el pueblo, era un muchacho tímido, de sentimientos afeminados, pusilánime y lenguaraz.

Pancho Alvarez, era harina de otro costal. Pancho Alvarez se había educado en la ciudad y aun cuando no aprovechó sus estudios, tuvo suficiente poder de adaptación, transformándose privadamente en un figurín escapado del catálogo de Lamontane (1905), para transformarse en los cortos siete años que vivió en La Paz. Pancho Alvarez desde que ingresó interno al colegio de los padres jesuitas, no dijo jamás que había nacido en Breñas, sino que era «chileno», y allí en el colegio pasó como chileno todo el tiempo que estuvo en el claustro jesuítico. Aquel mote del «chileno» le venía además de que él faroleaba esa nacionalidad, porque no sé debido a qué circunstancias tuvo estrechas relaciones con un rotito y de él aprendió su habla precipitada, y empleando términos como los muy detonantes de: niño, pu,

payasá, regio, etc., etc. Cuando salió del colegio, a fin de conservar su prestigio de «chileno», dilapidó los dineros de su padre, vistiéndolo a la última moda con relativo buen gusto e imitando a cuanto extranjero recién llegado a La Paz. Como nadie conocía en La Paz la procedencia de Pancho Alvarez, fué aceptado en algunos salones y llegó a tutearse con los hijos de los principales personajes de la ciudad de Murillo. De ahí que Pancho Alvarez en momentos de orgullo enfermizo dijese: «yo me tuteo con el hijo del ministro tal». En La Paz, hasta el día en que desapareció Pancho Alvarez, nadie supo ni siquiera en qué calle vivía, no obstante de que se codeaba con los jovencitos bien. Pancho Alvarez mentía con pasmosa sangre fría: era más mentiroso que los andaluces del cuento, más bruto que un presidente del senado. Ahora en Breñas, Pancho Alvarez, vivía nutriéndose con el prestigio de sus antiguas glorias, y de las cuales, por lo demás, sólo le quedaba el mote de el «chileno», su pedantería cursi y estudiada y su remota afición a

vestir «chic». Las conversaciones de Pancho Alvarez, estaban salpicadas de estas frases: «Cuando yo estuve en La Paz.....». «En La Paz se hace así.....» «Cuando yo estuve en La Paz compré este reloj.....». «Estos zapatos me han llegado de La Paz».

* * *

El ambiente de la sala de billar de «La Boz del Pueblo», estaba cargado de humo de cigarrillos baratos, lleno del vaho de las bebidas alcohólicas y poblado por el ruido de las bolas y el vocerío de los concurrentes.

Cuatro jovencitos estaban empeñados en una partida de billar y tenían por jueces y fiscales al resto de la concurrencia. Y en el enjambre múltiple de voces, se escuchaban estas y otras frases, que salían de todas las bocas:

—¡Salgo!

—Mi abuela, que des en bola!

—La mesa tiene caída, esa hay que echarla por banda!

—Oye!.....Esa pégala seguida. Apuntaba alguno de ellos.

La carambola salía según la instrucción y el contrincante protestaba:

—¡Así no vale, fuera consuetas!.....

Uno de los muchachos hizo una carambola y todos comentaron:

—Ha visto usted que «chicha».

—No, no fué «chicha», si se la pagó.

—Esa no era pagada, así con «retruque» como la hizo estaba muy bien.

Acabaron de jugar la partida y vino el periodo de las apuestas:

—«Maseo», un peso, que no sacan esta!, insinuó uno de los mozos.

—«Maseo», tres, que saca, vociferó otro.

Los jugadores estaban convertidos en energúmenos, rabiosos y ponían en el juego sus cinco sentidos.

Lo raro del caso era que después de cada «tenida» en el billar ninguno de los jugadores ganaba un solo centavo; esto resultaba de que cada uno salía con lo que había apos-

tado al juego o que se bebía cuanto había traído en dinero.

Mientras estos muchachos se empeñaban en jugar billar y en emborracharse, Juan López, Pancho Alvarez y Armando Pérez, sostenían la más entablillada charla, sobre puntos de actualidad:

—¡Caramba! ¿Con que Francisco Pereira, llegó?, exclamó interrogante y abriendo los ojos soñolientos Pancho Alvarez, al escuchar la noticia que esparcía por el billar Juan López,

—Pero, hombre, porqué te admiras?, interrogó López, para luego continuar: Algún día estaba obligado a volver a su pueblo.

—Francamente, yo pensé que se quedaría en La Paz, — sostuvo Pancho Alvarez. Y después añadió: —¿O vendrá por pocos días?

—Según he sabido, Francisco viene a instalarse definitivamente aquí y parece que tiene ideas de dedicarse a la agricultura y

además piensa fundar una junta impulsora de vecinos destinada a incrementar el adelanto del pueblo y a combatir el alcoholismo.

—¡No están mal esas ideas!.....¡Caramba que en La Paz se aprenden unas cosas!, dijo irónicamente Armando Pérez.

—Yo tampoco las rechazo; pero de Francisco Pereira, que ahora nos ha saltado volviéndose Franz no podemos aceptar ninguna idea! ¡Qué va tener ideas, Francisquito! Con estar algunos años en La Paz y meter nos lata y más lata, pretende de fijo transformar al pueblo y volverlo temperante. ¿Y quién es Franz Pereira para que venga a arreglar al pueblo? ¿Y quién es alcohólico en el pueblo? Recuerdas tú, Pancho, que jugábamos a la «tuncuña» y que siempre era medio zonzo, y le llamábamos el Cisco!.... ¡Qué caray! ¡No lo aguanto! ¡Cree que con haberse titulado doctor nos asustará y con su pura lata va a hacer adelantar a Breñas!

—¡No, caramba! El Franz es doctor y claro que por muy burro que sea, siempre podrá hacer algo más que cualquierita de los del pueblo. Yo creo que puede hacer algo y no lo dudes.....

—Eres muy guagua; Pereira lo que quiere es lucir delante de nosotros lo poco que sabe, y claro, por muy ignorantes que seamos, siempre tenemos la cara más blanca que él y conocemos mejor las necesidades del pueblo. Pereira dirá en la tierra de los ciegos el tuerto es rey; pero no sabe que para él no se ha inventado ese refrán.....

—Mira, Juan; tú te pones a hablar antes de ver lo que se propone hacer Pereira..... Para saber cómo es un cojo, es preciso verlo andar. ¡Qué caray!

—Si lo estoy viendo; todas las cosas que se proponga hacer han de ser una calamidad, plagadas de las cosas que dicen los periódicos de La Paz. A este Cisco le falta un tornillo; bien sabes que todos los de la familia

de los Pereira son chiflados y te juro que aquí no se ha de preocupar más que de hacer locuras.....; Ya tendrás tiempo de convencerte!.....

—¡Caramba!..... Franz ha estado trece años en La Paz, son suficiente mérito **para** hacer lo que a uno le venga en gana y hasta para arreglar el pueblo. Yo he estado en La Paz nada más que siete años y ya ves que no hay quien me pare en números.....

—¡La Paz!.....¡La Paz!..... En La Paz, lo único que se aprende es la farsa y la mentecatez, y después mucho de punta y nada de filo..... Yo por eso creo que los que somos verdaderamente breñosanos, no debemos permitir que un Cisquito nos venga a manejar y hacer en el pueblo lo que le dé la gana!..... ¡No debemos dejarnos imponer por nadie! ¡Afuera latas y farsas! ¡A ver, vengan ustedes! — Y con un gesto de llamada Juan López, atrajo a los jóvenes que jugaban billar;

cuando estuvieron formando todos un grupo, les habló:

—¿Les parece a ustedes propio y racional que venga un cualquiera a mandarnos y a decir que se haga esto y aquello en el pueblo?

—¡No, no!,—corearon débilmente los demás.

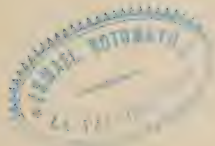
—Bueno, pues yo sé de fuente fidedigna —esto de fidedigna suena muy bien en el pueblo—que ese Franz Pereira ha venido de La Paz con muchas ínfulas y que mañana reunirá a la juventud del pueblo, en la casa del corregidor, para invitarnos a formar parte de una sociedad impulsora de vecinos..... ¡Mañana no debe asistir nadie a la junta! Lo único que quiere ese tipo es fundar la sociedad, para hacerse nombrar presidente. ¿Lindo el programita?

Y si no ya veremos lo que pasa!.....

—Yo estaba por asistir— dijo Armando Pérez,—pero ya que se trata de un asunto del pueblo en el que se juega nuestro honor, asistiré.

—¡Bravo! ¡Muy bien!.....—celebró con fruición Juan López.





El gregarismo

La modesta casa del señor corregidor fué designada para la reunión de los vecinos conspicuos y principales de Breñas. Allí debía realizarse la reunión a que invitara Franz Pereira.

La humilde salita de recibo del señor corregidor fué convertida, gracias a la iniciativa de Pereira, en salón de audiencias.

¿Queréis ver la salita del señor corregidor?

Las paredes eran bajas y pintarrajeadas de cal, sobre las cuales se dispersaban un reloj cubierto de polvo y descompuesto por las inclemencias del tiempo; oleografías de la casa Reuter y reclames de las pildoritas del doctor Ross y un fotograbado que

mostraba de cuerpo entero al diputado por la provincia. Dos mesas rinconeras, un sofá destartado y visiblemente condenado a una vejez prematura por el mal trato, algunas sillas que estaban apostando a «cual cae primero», y una mesa rústica e improvisada, componían el menaje de la salita de la primera autoridad cantonal.

El corregidor, derrumbado, de pie contra el marco de la puerta de la salita, veía crecer la hierba, mientras llegasen los señores vecinos. Don Pascual, tal era el expresivo nombre de este extraordinario ser, a quien había tocado el turno entre los vecinos para regir los destinos permanentes de Breñas. La gordura de don Pascual tenía en el poblado una leyenda proverbial; era, pues, este don Pascual un verdadero escándalo de sebo, una montaña de carne que había adoptado la forma humana por equivocación. Don Pascual tenía la tracita de unos Sancho Panzas de cromo, oficializados por los ilustradores. Don Pascual tenía la cabeza esférica y completamente erizada de agresivos pelos; las mejillas de puro gordas le pendoleaban, cuando andaba con sus pasos de paquidermo y, además, sobre su cara oscilaba una nariz gorda y roja como una be-

terraga que sostenía en su punta unos espejuelos negros divorciados completamente de los ojos. (Los ojos de don Pascual andaban cada uno por su cuenta y riesgo, orientados el uno al cielo y el otro al infierno).....Coloque el lector este atrabiliario conjunto sobre un zeppelin del último estilo, sostenido por dos barriles, antes habiendo tapado estos artefactos con un sombrero amplio cubierto con un poncho de vicuña que resguarde un «saco», un chaleco y unos pantalones, y tendrá, poco más o menos, el retrato del corregidor de Breñas.

Este señor don Pascual, y además corregidor, era tenido en el pueblo por el hombre más espiritual y de buena chispa. Su humorismo consistía en hacer apuestas pantagruélicas; de puro gracioso se comía antes de almorzar con un hambre guardada de catorce días, como simple aperitivo, un ternero asado en compañía de dos ollas de patatas cocidas al natural, luego dos latas de salmón y por refresco un barril de chicha, y después se disponía a almorzar.....¡Vaya si era un hombre de chispa este don Pascual!

* * *

Eran ya las cuatro de la tarde, cuando don Pascual, aburrido de esperar por segunda vez a los señores vecinos y al mismo Franz bostezaba siniestramente y de rato en rato pasaba con orgullo sus manos que eran como un racimo de plátanos, sobre su epigastrio. El corregidor, no obstante su habitual estado de paciencia, de tranquilidad y su cachaza a toda prueba, sentía que la garrá del fastidio le rasguñaba al ver que nadie acudía a la cita, inclusive el promotor de la asamblea, cuando entraron en la sala don Primitivo Pereira en compañía de su hijo Franz.

—Buenas tardes, don Pascual.

—Buenos días nos dé Dios, don Primitivo.

—¿Cómo le ha ido, don Pascual esta temporadita que no lo he visto?

—Gracias a Dios, don Primitivo, felizmente sin novedad.

—¡Vaya, gracias a Dios!

—¿Y qué me cuenta usted de novedades? ¿Qué sabe usted, de La Paz? El jovencito traería noticias frescas

—Así es. ¿Y qué me dice usted de la reunioncita que ha propiciado usted?

—A ver don Primitivo cómo no más nos resultará. El «tata» me ha dicho que ha de venir con sus dos sobrinos. Don Telésforo también me prometió no faltar. Lo único que siento manifestarle es que estoy por creer que la juventud no ha de concurrir.

—Esperemos, don Pascual, yo creo que vendrán todos, porque nadie tiene por qué fraccionar al pueblo no concurriendo a esta reunión patriótica.

La charla amenamente principiada entre don Primitivo y don Pascual, fué interrumpida por la llegada del «tata» López y del profesor.

—Aquí me tiene usted, joven, a su disposición. Espero que le «haiga» ido bien desde el día de su feliz arribo — saludó a Franz ceremoniosamente con voz bronca y doctoral el profesor.

El cura López hizo un gruñido que fué interpretado por los concurrentes, demasiado lince, como un saludo, y luego se ubicó en una silla, que por su aspecto exterior, no ofrecía las mayores seguridades para el mantenimiento del equilibrio.

Hubo después largos momentos embarazados del más hermético silencio, durante los cuales el cura López no cesaba de rascar-

se desahogadamente la verruga que coronaba su nariz.

Al fin don Pascual, se movió de la puerta y desde medio patio gritó:

—¡Postillón!.....

No acabó de gritar don Pascual, cuando todo agitado se presentó el postillón a quien dió orden para que trajese una copa y una botella de pisco. Entre tanto llegue el postillón con la copa y la botella, el lector puede conocer fugazmente a este sujeto. El postillón es un indígena comunario que hace gratuitamente sus servicios de «pongo» al corregidor, y pertenece a esa zoología indígena sufrida y diligente que presta resignada y «ad honorem» servicios bajos, a los cuales no está obligado.

El postillón ha entregado la botella a don Pascual y don Pascual ha entrado radiante en la sala:

—Mientras lleguen los demás, ¿gustan que le pongamos algunos tragos?

La primera copa fué ofrecida por deferencia especial a Franz.

—Una copita para el frío doctor Pereira, no le ha de hacer del todo mal.

—Gracias don Pascual.

—¡Qué gusto me da verte así tan joven, yo que te he tenido sobre mis rodillas! ¿Te acuerdas lo que te torcía los cordeles para el trompo?

—Sí, don Pascual, me acuerdo,—contestó Franz al señor corregidor entre cortado y lleno de fastidio por sus atenciones, que al flamante abogado le parecían majaderías.

Luego de la misma copa bebieron todos, primero el «tata» López, y así en orden de rigurosa categoría, con la familiaridad más fresca del mundo. Es que en el pueblo parece que todos se consideran de la misma familia, para las cosas de higiene, a tal punto que hasta desconocen la repugnancia.

Después se produjo un prolongado silencio, que se encargó de quebrar el señor cura:

—Son las cinco, y si no vienen jóvenes dentro de unos minutos, con permiso de ustedes me voy a retirar, porque tengo que ir a hacer rezar el rosario a mis fieles.

Franz, semiavergonzado entre tanto público, habló:

—Padre López, yo por mi parte le ruego tenga usted la bondad de quedarse unos momentos. Mientras tanto lleguen los demás invitados, me parece que podemos ir adelan-

tando algunas ideas y resolviendo asuntos preliminares.

—¡Vaya doctor Pereira!,—asintió el cura López, y después continuó:

—Y creo que para realizar este su proyecto de la junta de vecinos se debe nombrar un presidente, cargo para el cual les ruego a mis amigos que no me tomen en cuenta.

Después Franz propuso:

—¿Que les parece a ustedes señores que por aclamación nombremos presidente de la junta de vecinos al padre López? Desde luego les propongo su nombre y que este asunto se resuelva en esta forma.

—¡Magnífico! ¡Aprobado!, — corearon los pocos concurrentes, a los cuales se había añadido el juez parroquial y el señor agente cantonal.

El padre López dió por instalada la sesión.

Franz Pereira expuso en breves y y explosivas palabras los propósitos que abrigaba para contribuir de un modo eficaz al progreso material y moral del pueblo, y concluyó pidiendo, para colmar sus anhelos, el concurso desinteresado y patriótico de todos los vecinos.

Agregó que uno de los tópicos principales de la sociedad sería fomentar la temperancia en el pueblo, luchando abiertamente contra el alcoholismo.

Después que dejó de hablar Franz se oyeron cuchicheos en los que se aprobaba su discurso. «¡Qué bueno el discursito!»..... «Promete el doctor Pereira», etc., etc.

El maestro de escuela, don Toribio Quiroga, se creyó en el deber de hablar y habló poco más o menos en estos términos, con los cuales tuvo suspenso al auditorio durante algunos minutos:

—Pido la palabra, señor presidente.

—La tiene el distinguido catedrático de Breñas, don Toribio Quiroga.

—Señores:

«Fiat lux», dijo Goethe al atravesar los Alpes, y ese «fiat lux», para nosotros, distinguidos señores que me escucháis atentos, es el alfa y el omega que hemos tenido nosotros para venir a este sagrado recinto de donde fluye la ley. La comunidad de afecciones que nos complementa a todos en este grato instante que marcará en el reloj de los siglos y en los fastos de la historia de la humanidad doliente, el llamado que nos hace la cultura y la civilización. Es preciso compren-

der como muy bien se expresó el eminentísimo doctor Franz Pereira que estamos aletargados en el abismo sin fondo de la indiferencia retardataria y que sólo el esfuerzo mancomunado de los vecinos de esta olvidada villa, puede labrar su felicidad, llevándola por el camino del progreso, tirada por los caballos del trabajo y de la actividad incesante y permanente.

«No se fuga a la impenetrabilidad mental de ustedes distinguidos señores, que los altos propósitos que anima al distinguido egregio doctor Pereira, deben ser secundados brillantemente por esta pléyade progresista del pueblo, para contribuir con un jarro de arena al avance de la patria, sin lo cual sus deseos quedarían insembrados y es fertilizados.

«He dicho, señores».

Un bravo intenso y prolongado cerró el discurso de don Toribio Quiroga.

El cura López no quiso quedarse atrás y también «hizo uso de la palabra».

—«A las elocuentísimas palabras manifestadas en forma tan manifestamente brillante, por el orador que me ha precedido en el uso de la palabra, voy a agregar algunas reflexiones de carácter particular, Dios me-

diente y la ayuda de María Santísima, el cielo podría depararnos la gracia de construir un templo, trabajo al cual la junta prestaría preferente atención. Creo urgente la compra de un reloj y pienso que con estas mejoras trascendentales el pueblo y los vecinos quedarían satisfechos.

«¿Qué más puede aspirar Breñas? Tendrá, cuando los años corran con la vertiginosa carrera de los días, que bendecir a don Franz Pereira que organizó esta junta, para construirle un templo y proveerle de un reloj público que harta falta le hace.

«Bien haya, jovencitos que como el señor Franz, aspiran por su pueblo, a quién me hago un deber el agradecerle por haber propuesto mi humilde persona para el cargo de presidente con que ustedes me han honrado de un modo tan franco y expontáneo».

«He dicho».

También habló don Pascual:

—Por mi parte, les digo que contraten una banda de músicos.

* * *

Después de un corto intermedio, en el cual se trató de esperar a los demás invita-

dos, gracias a la distribución equitativa de pisco, todos se tornaron de meditativos y serios que estaban, en decidores y bullangueros.

Don Toribio Quiroga fué nombrado secretario y redactó el acta de la fundación de la sociedad con el nombre de «Junta Impulsora de Vecinos de Nuestra Señora de la Asunción de Breñas», nombre que se le dió a propuesta del cura López y en respeto a la patrona del pueblo.

Tan luego como terminó la lectura del acta, se clausuró la sesión y se nombró una comisión ejecutiva, para enviar oficios a los cuatro ámbitos del mundo y de la República, anunciando que en Breñas se había fundado una sociedad cuyo presidente honorario era don Franz Pereira, presidente el cura López, vice el corregidor, secretario don Toribio Quiroga, tesorero don Telésforo el dueño del billar «La Boz del Pueblo», y don Primitivo Pereira, don Antonio y don Rufino, vocales.

Se realizaron posteriores sesiones, a las cuales solamente asistieron don Pascual y Franz, lo cual fué presagio, desde luego muy malo, de que la sociedad en germen debía fracasar irremisiblemente. Los viejos se pre-

sentaron en el primer momento, decididos partidarios del proyecto acariciado por Franz, pero por negligentes y porque les importaba dos cominos ocuparse de estos asuntos que no le brindaban ninguna «tajada», abandonaron a Franz. Los jóvenes se declararon en franca beligerancia y ninguno concurrió a una sola sesión, mostrándose, al contrario, siempre adversos a su política blanca y extremando la guerra chica por todos los medios que estaban a su alcance.

Pasó algún tiempo y en el pueblo nadie se acordó de la tal sociedad y hasta parece que el mismo Pereira se olvidó definitivamente de sus proyectos. Unicamente el cura López mandó timbrar tarjetas con el mote de «Presidente de la Junta Impulsora de Vecinos», para usarlas, especialmente cuando escribía a La Paz.

Así se derrumbaron al nacer los sueños del infeliz Franz.



La serpiente sonríe

Franz Pereira, después de presenciar el naufragio de sus más áureas esperanzas, y viendo que en su derredor se le «hizo el vacío más completo», resolvió, a los pocos días de que se acentuó su descalabro, «no meterse en nada», cerrándose en su casa, al abrigo de la lumbre familiar y entregándose por entero a la lectura de sus libroles.

Franz tomó esta decisiva actitud, después de haber sostenido un duelo entre su voluntad y su corazón, empañado por la más gris desesperanza. El pueblo y sus vecinos, se dijo Franz, no son más que cerros, a quienes no había que tomar en cuenta.

* * *

Juan López, el hijo del cura, desde el día que arribó Franz al pueblo, gastó y empleó todas las energías de que era capaz, para difamarle y calumniarle, a fin de conseguir su desprestigio y hurtarle a la consideración de los vecinos. Movido por esos malévolos deseos, hizo correr por el pueblo versiones teñidas de los más sombríos matices, para deslustrar la reputación del pobre buen Franz. Y nadie le detuvo en sus insidias, y nadie dudó de que cuanto salía de la boca de Juan López era bilis que se destilaba al calor pasional de su envidia lugareña.

Había que oír cómo Juan López preparaba sus infamias contra Franz Pereira.

Juan López y Pancho Alvarez están instalados en el «Villar la Boz del Pueblo»,

—Oye, Juan, me resisto a decir lo que me impones, porque francamente no puedo comprometerme.

—¡Déjate de cosas y ya verás! Con gente cobarde como tú no se puede hacer nada. A este diablo del Cisquito, tenemos que agarrarlo y después ponernos firmes. Ya ves que no hay tal junta porque nosotros no hemos querido y ahora no hay más que meterle

los monos. Donde puedas debes decir que el tal Cisco, el abogadillo está loco, loco de atar, con delirio de puro borracho, y que todos esos sus proyectos no han sido otra cosa que cuestión de copas.

—Juan, yo no digo eso, porque es una barbaridad y es ante todo una mentira..... Eso no nos consta a ninguno de los dos.

—¡Qué sabes!.....Precisamente hay que hablar así, porque es una mentira, pero una mentira necesaria para que zafe este imbécil del pueblo y para librarnos del caciquismo de su padre y de él.

—Bueno, digo que es un loco ¿y qué?

—¿Te parece poco lo que conseguiríamos con eso? Pues no se mete con nadie, conseguimos que nadie le haga caso y hacemos de cuenta que no está aquí, y vivimos tan felices, sin sus tonterías, como antes y sin su pécora.

—Juan, ¡pero esto es atroz!

—¿Lo haces o no lo haces? Don Telésforo, media tira de pisco.....

—¡Salud, Pancho!

—¡Salud, Juan!

—Anímate hombre, ya verás los resultados que obtenemos con esta nuestra táctica. Claro está que yo me valgo de tí, porque eres mi amigo de más confianza y luego por que a tí te lo creen.....

—Sí, sí, lo hago, yo pienso contigo: hay que embromar a estos farsantes que vienen de La Paz.

—¡Salud amigo!.

—¡Salud!

—Ya verás después cómo lo vamos a embromar a este Cisco. Dice que es ateo, también le tomaremos por ese lado, después meteremos en baile a su madre y le sacaremos el origen de la fortuna de don Primitivo.....Y si no.....a puño limpio.....Eso será.....

* * *

Bien conocía Franz a estos sus enemigos baldíos, la indiferencia que le inspiraban creía que había de refrenar su incontenible y despiadada maledicencia y canallería, ¡que muerdan los talones! ¿qué más da? ¿Acaso molesta el polvo al viento?, se decía Franz.

El anillo de hierro formado por las malas lenguas y los comentarios bajos que se hacían en torno de las versiones propaladas por Juan López y su fauna, fueron estrechándole el campo en progresión geométrica. Franz, para substraerse a él llevaba una vida aparentemente oculta e inactiva como el molusco.





Un sabio

Una casita blanca, que nada tenía que ver con esas otras casitas igualmente blancas e imprescindibles en los cuentos de hadas, porque llevaba el uniforme de las estaciones de ferrocarriles de segundo orden, se perdía sobre el arenal de Breñas y se hallaba a la vera del camino que conducía al río.

Esta casa era, casi o sin casi, sencillamente misteriosa para las gentes tontas y sencillas de Breñas. En ella les atraía la atención todos los mínimos detalles que presentaba; aquello de que fuera de madera les producía frío, esto de que estuviese siempre cerrada les hizo forjar una leyenda de patrañas sobre la casa y sobre la vida de sus moradores. Se la conocía con el nombre de la

«casa del gringo», y no se sabía ciertamente nada más; pero sin embargo se hablaba de que allí vivía un gringo terrible, muy flaco, que no dormía y que escribía larguísimas cartas en unos papeles también largos, y que además tenía una mujer muy rara que se bañaba todos los días y usaba blusas muy delgadas y transparentes. Nada más que en esto consistía la leyenda, desde luego sorprendente, claro está que lo bastante, para asombrar a las gentes de Breñas, quienes sentían especial placer en espantarse de todo y por todo.

La verdad del caso es que en esa casita vivía un inglés con su esposa. Y también la verdad es que el inglés escribía unas cartas muy grandes tumbado sobre una mesa, porque era nada menos que el ingeniero en jefe del ferrocarril que pasaba por Breñas y, con la cachimba en la boca y el lápiz en la mano, dibujaba los planos referentes a los últimos detalles de la refacción de la obra.

Ninguno de los del pueblo conocía personalmente ni de vista a la pareja de la casita, porque mister Richards Browing y su señora no salían nunca de su hogar. Allí disponían de toda comodidad, y mientras mister

Richards, dibujaba planos, la señora Michi, leía novelas de Paul de Kock o de Carolina Invernizzio.

Mister Browing, desde luego, no era el nombre con que le designaba su esposa. Le llamaba cariñosamente Richi. Don Richi era inglés de nacimiento; salió de las costas británicas con un puntapié propinado por su padre y una libra esterlina en el bolsillo. Salió de Inglaterra y viajó durante veinte años por todo América, desde el istmo de Panamá hasta Magallanes, siempre construyendo ferrocarriles. Al cabo de los veinte años un resbalón de la suerte le empujó a Bolivia y de añadidura a La Paz. Como en La Paz ya era ingeniero de ferrocarriles y ganaba veinte libras diarias, fumaba cachimba todo el día y hablaba mal el castellano, fué aceptado en salones de las más altas familias. Como consecuencia se enamoró de una señorita paceña. Conocer a Michi, pedirla en matrimonio y llevarla a la casita blanca ubicada en el arenal, todo fué uno y lo mismo.

Don Richi era un inglés largo, flaco, de cabeza cónica, con una nariz de zanahoria y de ojos dominadores y vivaces.

Michi, la mujercita del gringo, era una morenita sabrosa. Desparramaba una fra-

gancia cálida, chata, de carnes apretadas y gordas. Mostraba una cara opulenta que rimaba perfectamente con sus senos mórbidos y turgentes. Era una jamonita apetitosa.

Michi, pudiendo ser romana, tiene todo el perfil de una mujer bíblica. Se piensa en Debora, en Rebeca, en Judith y hasta en la Sulamita.

La geografía caprichosa de sus negros cabellos traza sobre su cabeza y sobre su frente escrituras que son a la vez firmas complicadas de grandes millonarios y encajes fastuosos tejidos por manos de hada. Hay en su frente, que es la explosión vital de su espíritu, todo el encanto de la placidez y de la serenidad. Ocultos entre la ojiva medioeval de sus cejas que tienen sombrías afirmaciones religiosas de pecado y misticismo, se agita el disco de la plural alquimia de sus ojos que guardan avaros el misterio de las cosas y el secreto impenetrable de todas las desgarraduras. Los ojos de Michi, tienen la humedad pagana de las visceras sagradas, el calor tremante de todas las exaltaciones.

Sobre su rostro, que ofrece las redondeces impecables de un soneto de Góngora y Argote, se alza la geometría recta de su na-

riz, que con un poco de audacia tal vez como la de Cleopatra, hará variar la marcha del mundo.....

Bajo la lívida insolencia de unos finos capilares, se apunta el terciopelo rojo de sus labios que ocultan la pincelada láctea de su fina dentadura.....

Agradecido por todo ese esplendor de galas, emerge el cuello como una magnolia, para resistir el peso de la detonación augusta de sus senos que son los Sinais donde se reciben las tablas de la ley amorosa..... Los brazos agonizan desde el dombo sedño de sus hombros como los cuellos de dos cisnes que terminan en la blanca sinfonía de sus manos.

Su talle es un ocho estrangulado por la estética, y es todo un Marne de la esbeltez. El recio peristilo de su cuerpo gallardea con señorío sobre el raso de sus zapatillas y la impalpable finura de sus medias de seda.

Aun no se había amartelado, después de dos años de retirada y sosegada vida, aunque era una señorita de sociedad habituada al mundanal bullicio. Michi, era una mujer cargada de frivolidad y de convencionalismos ridículos. Parecía enchida con vanidad

y el poco campo que sobraba hueco estaba ocupado por una ignorancia refinada. Así retirada en Breñas se preocupaba del movimiento de la moda y sostenía correspondencia con la mayor parte de sus amigas íntimas residentes en La Paz, con el solo objeto de «estar al corriente» de los chismes, de las pendencias familiares y de los líos escandalosos. En la época que la conocemos ha pasado el arrebató de la luna de miel y Michi siente las más hondas nostalgias por su ciudad amada, sueña con aquellas noches de retreta, esas encantadoras tardes en el Prado, los jazz dancing del París, rumorosos y perfumados, las tandas vermóuth, frívolas y pecaminosas, y aquellos amores locos y apasionados con Pedro Mena. Michi, era ligera, fácil a contraer simpatías momentáneas y rápida en olvidar agravios; era, pues, una mujer casi desahogada. Las novelas de adulterios y la vida cursi y semimundana de La Paz, hacían que le atrayese la aventura, el riesgo; su alma dispersa y frívola, contribuía también a eso. Había sido de soltera extraordinariamente coqueta, una «flirteadora» insigne, y de casada anhelaba continuar en sus antiguos ajetreos exótico sentimentales. Lo desgraciado del caso era que en

Breñas no había una persona aparente a quien manifestar sus deseos amorosos y se resignaba a practicarlos a mal de su agrado con su marido, y los dos pasaban días íntegros, atortolados llamándose al oído: Michi y Richi.

* * *

En estas circunstancias es que a mister Richi, se le despertaron unas ansias infinitas e históricas, complicadas con presunciones de arqueología y de un modo terrible y desenfrenado. Y se dió a escarbar cuanto «chulpar» había a la redonda de su casa, obteniendo siempre resultados desfavorables; jamás tropezó con una «chulpa», ni con ningún resto histórico.

Don Richi ya estaba a punto de abandonar sus intentos históricos, no solamente porque no había encontrado en sus excavaciones «chulpa» alguna, sino también porque Michi, se hallaba fatigada de acompañar en las frecuentes e infructuosas excursiones a su marido; pero uno de esos días don Richi fué aconsejado por el jefe de estación, que era una de las pocas personas con

las que mantenía contacto social, para que hablase con Franz Pereira, el único en Breñas que podía suministrarle datos, sobre la existencia de «nuevos chulpares».

Don Richi animado por su fiebre histórica, trabó amistad con don Primitivo Pereira, el cual se limitó a decirle que se entendiera con su hijo Franz, que era doctor y que sabía muchas cosas.

En efecto así fué.

—Yo decig a usteg que mi muestra donde hay chulpas jóvenes. Mi está acabado de encontrar todas vacías.

—Sí, mister Browning, tengo noticias de que en el cerro llamado «Tincusicha», existen chulpares que aun no han sido excavados.....

—Ah, esto mucho lindo!.....Mucho lindo.....Mi ir con usted con mi mujer, unos dos bichos el domingo para hacer una hurgamienta.

—Estoy a su disposición, mister Browning, queda acordado para que realicemos la excursión el domingo. Yo iré a buscarle a la madrugada.

—No esto, no gustar mi esto. Véngate, véngate el sábado a la noche y durmimos juntos, para la madrugamienta.

—Le agradezco mucho; pero yo estaré el domingo a primera hora.

—Convinido.

—Convenido.

* * *

Don Richi se fué contentísimo de su adquisición y comunicó a su esposa el feliz resultado de su viaje al pueblo:

—¡Oh, mi hija! Es macho lindo. Este es un doctor del pueblo que conoce unas «chulpas jóvenes».

—Sí, Richi; vaya me alegro. ¿Y cómo es este doctor?

—Yo creya que es parecido a este de La Paz que tenía unos bigotes linguísimos..... ¿Seruchi? ¿Seruchi?

—¡Ah, parecido al doctor Serrudo!

—Muy bueno, está bien encajadito. Il mismo.

Michi se sintió consolada con las noticias que le traía su marido, al saber que en Breñas hubiese una persona parecida al doctor Serrudo, un tipo de esos con quien ella en La Paz nunca quiso bailar.

¡Un Serrudo en Breñas era lo mismo que un secretario de Legación en La Paz!

La mala voluntad y la desgana que ponía siempre en anteriores viajes Michi, esta vez se tornó en entusiasmo pimpante. Arregló diligentemente una cantidad de fiambres en las alforjas, dispuso las herramientas y forjóse mil proyectos absurdos para «flirtear» con Franz, a quién no conocía hasta ese momento.

* * *

Era un amanecer encantador. Fría intensamente fría era la mañana, y el sol, en tanto que desaparecían las últimas estrellas rasgaba las cortinas del cielo, esparciendo sus oros sobre Breñas. A poco que las cabalgaduras de mister Richards su esposa y Franz, salieron del pueblo, el sol bañaba todo el campo inundándolo de vida y luz.

Cruzaron senderitos interminables que serpenteaban los cerros, ascendían penosas cuestas y bajaban laderas ante las cuales se estremecía la médula por la atracción del abismo.

El paisaje impresionaba múltiplemente; de improviso los cerros parecían soldarse en sus cúspides formando una llanura, dividida en cuadriláteros caprichosos; luego se presentaba un picacho que se perdía al borde de una pampa, y después una llanura escueta..... Todo el paisaje dormía a la caricia inédita de la luz mañanera.

—Sí, señora su mula ya corre.

Michi durante el viaje hablaba hasta por los codos:

—Sabe usted, doctor Benítez, que esta mula no ha querido subir la cuesta? La he pegado un esfuerzo y ya la ve usted como corre.....repuso Franz.

—¡Qué lindo país! ¡Qué lindo país!. entretanto soliloquiaba el inglés.

—Sí, mister Browning, este país es muy lindo, le contestaba Franz, suponiendo que el gringo se dirigía a él.

—¡Qué es de las chulpas, doctor Pereira! Ah, me estoy muriendo por ver los

«chulpares» con chulpas. ¡Qué lindo debe ser! ¿Es muy encantador, doctor Pereira?, interrogaba incesantemente la señora Michi.

--Sí, señora; muy encantador. Pasamos este cerro y creo que estaremos en el chulpar que conozco. Ya verá usted.

—Mi no creer esto, doctor. Todo el mundo de Bulivia, siempre decir «aquicito» hay chulpas, pasamos esta ladera y llegamos.....¡Oh que lindo! Llegamos a la ladera y no hay un solo chulpa.....¡Oh, que lindo país, doctor Pereira! Otra vez decir, yo juro a usted que «ora» siempre llegamos, pasamos esto y llegamos.....

Y después pasa un gris plateado este lugar y otro y no llegamos.....¡Oh que lindo país!.....

—¡Richi! Eso dicen los indios, argumentó su mujer. Pero el doctor conoce, y no debes confundir las indicaciones que te hace él, con las de esas miserables gentes.....

—¡Oh Michi! Yo soy muy borrica

El caso es que Michi, fuera de ciertos reparos que puso a Franz, por aparentar cierta descortesía y por su aire provinciano, le encontró simpatiquísimo, sin reservas. Ya

tenía con quien matar sus terribles tedios de Breñas. Aquellas noches interminables y pobladas de murria se concluirían; dejaría de leer esos novelones que tanto le había llegado a fatigar, y sobre todo llenaría esa necesidad espiritual que ansiaba vivamente calmar, flirteando con alguien. Y sin más deliberación de conciencia, resolvió abandonarse a los requerimientos de Franz, para los cuales ella presentaría coyunturas admirables.

Los excursionistas subieron una cuesta, voltearon a la izquierda y se encontraron en presencia de una pequeña colina que estaba coronada por una construcción de barro en forma de colmena esférica en su parte superior y afectando la estructura de un horno de pan. La ausencia del clásico agujero hizo pensar fundadamente al inglés que la culpa estaba poblada.

El entusiasmo de mister Browning era insuperable; todo él era un comprimido de alegría y su corazón se le derretía de júbilo. ¡Al fin veía colmados sus anhelos!

Entre tanto los indígenas practicaban en la parte central de la rancia construcción un agujero a propósito para que mister Bro-

wing pudiera introduciéndose libremente, el inglés, Michi y Franz se dedicaron a cumplir con el estómago, almorzando copiosamente en plena colina. El inglés y su esposa gozaban de un apetito desenfrenado y Franz no manifestaba deseos de tomar nada. A Franz le llamó la atención el vivo apetito de Michi, no solo por sus ansias de comer, sino por la finura con que comía con sus dientes finísimos e iguales. Mientras comía don Richi, volteaba frecuentemente, para ver el estado de la obra, hasta que un momento de esos y el más inesperado, dió un salto e invitó a Pereira a que le siguiera. Ágil y nervioso don Richi se introdujo por el agujero y con la misma premura que penetró, tornó a salir.

—Qué atrocidad! Esas chulpas son muy cochinas, porque están viviendo en un muladar.

—¡Ay! Esto está hecho un nido de ratones!, gritó asustadiza Michi.

— Esos son los sacrificios que demanda la ciencia, añadió Franz.

La curiosidad de don Richi era voraz, y sin esperar que se disipara el polvo penetró en el chulpar y contentísimo gritó desde el antro:

—¡Oh, que lindo! Doctor, aquí hay chulpas vivos.....

Al oír el grito de su esposo, Michi se acercó al margen del agujero, y mientras mister Browning, rompía con ayuda de las uñas una especie de estera, formada por paja entretrejida, pudo ver que debajo había tres bultos ovales de paja, cerrados tercamente; pero el denso polvo la hizo retirar.

Con ayuda de los indígenas el gringo, más curioso que una colegiala extrajo las «chulpas» que rodaron sobre la tierra. Cuidadosamente, ante las miradas ávidas y penetrantes de su esposa y de Franz, iba rasgando de arriba abajo la estera que en forma de cesta cubría a un ser humano.

Michi, lanzó un grito destemplado que resonó en la inmensidad y habría caído al suelo víctima del accidente nervioso si Franz, muy cortés y muy caritativo no corriera apresuradamente, para sostener a la accidentada señora. El calorcillo amable de las carnes succulentas de Michi agradó extraordinariamente a Franz y con deleite continuó sosteniendo entre sus brazos a la desfa-

llecida esposa, en tanto que don Richi, impasible y sereno continuaba rasgando la estera.

A poco se pudo ver el cuerpo de un hombre completamente esqueletizado por la fuerza destructora del tiempo en una actitud difícil afectaba la postura del párbulo ovi-llado en el claustro maternal, se apoyaba sobre los vacinets y encima de sus rodillas bien ceñidas al cuerpo descansaba la calavera que aún conservaba restos de pellejo y alguno que otro pelo; las piernas estaban completamente abrazadas por las extremidades superiores. Don Richi acarició por todas partes a esta especie de momia.

No podía durar mucho tiempo el síncope de Michi; en efecto, al cabo de pocos segundos estuvo completamente recuperada. La mirada oblicua e inteligente junto con el «gracias» expresivo, picarescamente dicho por la esposa del gringo, hicieron comprender a Franz que esos ojos le hablaban de dulzuras inefebles y esos labios de prometedoras sensualidades.

*
* *

La excavación realizada por mister Browning, obtuvo el más lisonjero y cumplido éxito, y de entre los apuntes tomados por este inglés con pujos de arqueólogo, vamos a copiar unos párrafos, previa la traducción libre.

«En Bolivia, en las puntas de los cerros los indígenas autóctonos, conservaban el hábito de dormir en unas habitaciones en forma de cono truncado. Cierta vez (el año 2,000 antes de Jesucristo) hubo una peste debido a la creciente propagación de los ratones; a consecuencia de la cual los hombres desgraciadamente murieron, sin dejarnos apuntes al respecto. Habían algunos hombres que, como es lógico suponer, no querían morir por efecto de la peste y se encerraban en estas casas. Estos indígenas cobardes que poseían un gran miedo a la muerte, morían asfixiados por los excrementos, de ratones.

«Y sobre todo si se tiene en cuenta mis opiniones (Obras completas, tomo III, Richi Browning) que el ratón es un animal que se destaca por sus hábitos antihigiénicos, pues Fabre ha demostrado que aún no ha aprendido a limpiarse las narices.

«Estos mis asertos se basan en observaciones que he realizado en compañía del doctor Franz Pereira, mi mujer y dos indígenas. ¿Cómo explicar la abundancia de ratones y tanta inmundicia ratonil? Todo esto nos habla a las claras de que mi teoría sobre la muerte de estos hombres es la única verdadera y aceptable».

* * *

Los estudios paleontológicos e históricos de mister Browing, fueron progresando de un modo inusitado. Todo el espacio que le quedaba de tiempo, después de su trabajos lo llenaba con asuntos de paleontología e historia. Se pasaba forjando teorías, como las que hemos apuntado antes, construyendo suposiciones, dibujando planos, en fin.....

Entretanto, Michi se aburría obstinadamente, sus tedios se hacían más prolongados e intensos; las lecturas le causaban empacho, y solo se distraía haciendo equilibrar en su mente la imagen de Franz, de quien a momentos esperaba una franca declaración... Se arrepentía, de haber presentado a Perei-

ra coyunturas tan salientes como las que a cada momento le brindaba para que asumiera una postura varonil, declarándose abiertamente.....

Franz, a insinuación frecuente y constante de Michi, desde el viaje a los chulpares, concurrió a su casa con cierta frecuencia.

La primera vez sorprendió a Franz el peregrino modo de portarse del inglés, cuando fué a visitarle:

—¡Ah, doctor, ya usted aquí! ¡Macho lindo, doctor!

—He venido exclusivamente a saludar a usted y a su digna señora, para expresarles las gracias por las atenciones que me brindó usted durante el viaje que hicimos el domingo pasado.....

—¡Caramba! Mi agradecer más bien a usted. Charle usted con Michi, yo tenga que trabajar mucho.

—Y el inglés dejaba a su esposa para que formase duo con Franz.

Michi en sus charlas, siempre llevaba a Franz por caminos escabrosos, a los que él sabía hurtarse diestramente. Michi con

cualquier motivo le enseñaba sus piernas gordas y tentadoras, le rogaba que le asegurara un corchete, que desabrochaba a propósito, todo, todo, con el solo objeto de tentar a Franz y provocar un franco idilio que ella esperaba con ansias.

De más es decir que este señor doctor don Franz Pereira permanecía indiferente a las liviandades y solitudes insistentes de Michi, y hasta parecía que no se daba por apercibido de ellas.

La desvergüenza y el desenfado de Michi, no complacían a Pereira. Por ella no sentía el más remoto deseo, ni anidaba en su alma la más leve inclinación que pudiera traducirse en amor. Si bien es cierto que concurría a casa de Browing, era para desalmidonar su espíritu estirado por una especie de escepticismo, acaso para frecuentar el trato de gentes más finas que él, pero jamás con el objeto de hacer el amor a Michi, a quien respetaba cuerdamente como a la esposa de su amigo.

Michi a la larga terminó por molestar-se con las niñerías de Franz. Y pensó que era un hombre perfectamente idiota, incapaz de vivir entre gentes de sociedad uno

de esos inadaptados a las refinadas costumbres modernas y por último le juzgó, casi como a un perfecto estúpido. Primero el respeto de Franz calificaba como ñoñez tímida, luego como astucia, después como discreción, más tarde como tontería y por último como geométrica estulticia.

Las inquietudes de Michi y sus fiebres, no causaban a Franz sacudimiento alguno, hasta que la señora del inglés resolvió producir una escena y precipitar pronto la situación:

—¿Dicen que piensa usted casarse señor Pereira?

—No señora, jamás he pensado en tal cosa.

—No me explico por qué los hombres se afanan en ocultar las cosas que piensan hacer y los proyectos que alimentan,

—Si yo no he soñado nunca casarme señora. Le digo la verdad desnuda. Además, soy muy sincero y no tengo porqué ocultar nada que sea tan natural como el matrimonio.

—¿Verdad que no me oculta usted nada? Pues yo soy muy sincera y digo siempre lo

que siento. — Y después de una pausa añadió:

—¿Pero no ama usted a nadie, doctor Pereira?

—No, señora.

—Usted es un hombre como mi marido. El tampoco ha sentido nunca la necesidad de amar, en cambio yo sufro mucho por amar, a alguien, y lo peor del caso es que no tengo a quién hacer sentir estos mismos deseos...

—A su esposo,—insinuó con malevolencia Franz.

—¿Mi esposo? El amor que siento por mi esposo, no es amor. Ahora arde en mi pecho un amor loco, un amor primaveral, de colegiala que busca un novio de veinte años ¡Sufro mucho, amigo Franz!

—Es muy lamentable, señora.

¡Qué hombre imbécil!, pensó Michi, haciendo brillar sus ojos iluminados por una ráfaga de ira, y alzándolos como dos reproches.

Michi y Franz callaron.

A los pocos momentos Franz y Michi se despedían, muy cortésmente en la puerta de la casa.....

Ella pensaba, mientras le estrechaba la mano.

—¡Qué imbécil!.....¡No ha sabido aprovechar!.....

Y él pensaba al propio tiempo:

—¡Qué mujer tan sinvergüenza!

En ese instante Pancho Alvarez cruzó cerca de la casa del inglés, y él fué quien propagó, rápidamente la noticia por el pueblo, con terribles relieves.





La moral

La ténue y vacilante luz de un quinqué esparcía sus mortecinos rayos por la salita del cura López, cuya atmósfera estaba embriagada con humo de cigarrillos y un cierto olor a tierra húmeda.

Todos los viernes del año la salita del cura López, adquiriría un prestigio sobresaliente con la concurrencia de los amigos del párroco a la «manito de rocambor». Todo parecía estar allí alentado por el mismo buen talante que mariposeaba en el espíritu y en el cuerpo de su propietario.

Los monos grotescos del «Maestro Ciruela», que tapizaban las cuatro paredes de la habitación, parecían animarse lo mismo

que los cromos de «La Ilustración Francesa». Sobre el marco de la puerta de la salita sonreía el retrato del cura López, mostrándolo en los años de su moceril edad, encajado en un marco de madera. En las esquinas de la salita hacían guardia cuatro chineros, cargados con cachivaches ridículos e inverosímiles; muestras de minerales al lado de un retrato del obispo Bosque, una bicicleta minúscula en frente de una cholita amasada en una pequeña escultura indígena, en fin.....

La mesa de rocambor estaba colocada cerca de la pared, de la cual emergía un sofá ventrudo de cal y piedra, y de añadidura pintado de rojo y cubierto por una manta rústica. Sobre este sofá reposaban don Primitivo y Julio Antúnez. El cura López ocupaba la cabecera de la mesa, cómodamente sepultado en su sillón ventrudo y solemne. En frente del cura López se encontraba ubicado don Pascual, el corregidor.

En todos los rostros se dibujaba el anhelo de jugar y todos los ojos resplandecían iluminados por ese solo deseo. El cura López repartió las fichas que al caer sobre la mesa delataban su origen de marfil.

Todos sacaron una carta de la baraja y resultó ser mano el señor corregidor.

—Buenas cartas para mí, don Pascual.
—atizó el cura López.

—Espere «tata», usted se apura mucho,
—arguyó don Pascual.

—Corte, don Primitivo. Don Primitivo cortó la baraja con la mayor ceremonia, como si se tratara de firmar un acta protocolar.

—Ahora sí le doy con el mayor gusto, «tata» López, las cartas que usted quería,—apuntó don Pascual y entregó las primeras cartas al cura López.

—¡Caspitana! Yo soy mano, esta sí que es suerte. Me los voy a sonar a ustedes,—hablaba entusiasmado el presbítero.

—Van cartas.

—Paso.

—Vuelven.

—¡Juego! — gritaba con entusiasmo el «tata», estirando su brazo regordete hasta el centro de la mesa y llevándose la primera basa.

—Van cartas.

—Paso.,

—Paso.,

—¡Juego!

—¡Codillo, codillo!, — y no cabía de gozo dentro de su camisa el cura López, Y luego continuaba:

—No les decía yo que esta noche iba a ser la mía. Ese codillo estaba preparado; tenía mis dos matadores seguros y con don Primitivo se fué a solo de oros, claro que se las pegué. Se las pegué.....

Y después comenzaba una discusión acalorada sobre el codillo:

—El «tata» jugó a la mala.

—No diga usted eso — se interponía don Primitivo, y después añadía:

—Todo ha sido cuestión de suerte....., porque para afortunado el «tata».

—La cuestión es que a ustedes no les cabe el codillo. ¡Qué bueno!, ¡Que bueno! Don Pascual, llama jugar a la mala, al saber jugar bien.....

Después de la discusión el cura López cobraba angurriosamente.

—Bueno, pues, mis amigos, a empozar las fichitas a la viuda.

—Vamos otra vuelta decía don Pascual.

—Lo que es en esta ya nos veremos las caras,— Apuntaba sentenciosamente don Primitivo.

—Paso.,

—Paso.,

—Juego — apuntó Antúnez.

—Volteo, — agregó don Primitivo.

Y ganó la vuelta Julio Antúnez. Era preciso ver la cara del cura López. Estaba totalmente transformada. Sus mejillas se encendieron, su nariz se iluminó como farol de botica de turno y sus manos se crisparon de ira sagrada. Era sabido que el cura López tenía el monopolio de ganar en rocambo y cuando alguien practicaba una jugada superior a él, respiraba mal humor, rayano en descortesía grotesca.

—Me he descompuesto,—pretextó el cura López — No juego más y me retiro a dormir.

Todos protestaron de su retiro repentino y pronto. El no se hizo rogar y continuó en su puesto.

La tercera mano la ganó el cura López y ya no pensó en dormir.

De tarde en tarde el juego era interrumpido por tazas de té, que eran introducidas a la salita por la hermana del presbítero, según él, y por la «mulita», o sea la esposa

morganática del señor cura según los invitados.

El «té con té», como llamaban en Breñas al té enardecido por el «pisco», tornaba a los rocamboristas en habladores y comunicativos y cada uno sacaba a relucir sus debilidades y habilidades.

En uno de esos intermedios, lució sus conocimientos mineralógicos Julio Antúnez. Este señor era uno de esos veteranos de las minas que han pasado la mayor parte de su vida como las vicuñas en busca de fortuna en los cerros y ciudades. Y con motivo de sus excursiones mineralógicas se encontraba alojado en la casa del cura Lopez, quien prestaba hospitalidad a casi todos los viajeros que venían del «lado de La Paz», claro está no ofreciéndoles más comodidades que a un franciscano en penitencia.

—¿Y cuando piensa usted trepar a los cerros? — preguntó don Primitivo a Antúnez.

—Mañana de madrugada.

—Si se le ofrece le doy cualquiera de mis indios.

—Le agradezco mucho, señor Pereira, usted sabe que yo no necesito para mis excu-

ciones de cateo ni piqueta ni lampa. A mi me basta recorrer el terreno y sacar una muestra con un cortaplumas. La mayor parte de mis descubrimientos de cobre y wólfra-m los he hecho con ayuda de tacto. Ex-tiendo las manos y cierro los ojos sobre el cerro y en el sitio que supongo se encuentra la veta. ¡Ah la rabdomancia!..... Si existe un venero siento en mi organismo una extra-ña atracción que me lleva como un sonámbulo hasta el yacimiento. Y si no hay, pues no me ocurre nada

—¡Es admirable,—exclamó el cura entre ingénuo e irónico.

—Y me río de los ensayadores, continuó su exposición Antúnez.—No son más que unos fanfarrones y embusteros; pues yo no necesito de aparato alguno, ni de substancia alguna para efectuar mis análisis.

—¿Y cómo los hace usted?,—interrogó pasmado don Pascual.

—Conozco por el olor y el sabor la ley que tienen y las substancias que entran en su composición.

—A ver ¿esta muestra de qué es?,—inquirió el cura López, indicando con su índi-

ce torcido la muestra de un mineral que lucía como adorno en uno de los chineros de la salita.

Antúnez se levantó rápidamente de su asiento y corrió a traer el trozo de mineral. Se lo llevó a las narices primero, y después a la lengua, y expidió sin vacilación de ninguna clase el resultado de su sorprendente análisis:

—Esto es casiterita. Contiene 30 por ciento de estaño, 50 de ganga, 3 de plomo, 5 de protosulfuro de antimonio y dos por ciento de polibromuro de arsénico.

Los tres rocamboristas miraron con verdadero asombro al perito minero; pero el cura no pudo disfrazar su burla ante la petulancia de Antúnez:

—¡Usted debe estar rico con solo estos sus conocimientos!

—Si no estoy rico es porque no amo la ciencia antes que el dinero y veo con orgullo que otras personas a quienes les he prestado mis servicios por sumas insignificantes actualmente son los reyes de algún mineral.

Luego el rocambor tornó a comenzar con mayor animación que los momentos anterior-

res, resultando después de la refriega ganancioso el cura López, que estuvo aquella noche con mayor fortuna que la habitual.



A las doce de la noche el cura López dejó el «té con té», en razón de que al día siguiente debía celebrar su misa de oficio.

Antúnez fué el primero en fatigarse con el rocambor y se despidió de sus amigos, pretextando que debía viajar al día siguiente, y por ese motivo debía madrugar. Don Pascual también arguyó razones para marcharse y se fué. Don Primitivo quiso marcharse juntamente con el señor corregidor; pero el cura López le retuvo expresándole que se le ofrecía hablar unos instantes en reserva.

El cura López se arrellanó nuevamente en su sillón y brindó asiento a don Primitivo en la silla que había abandonado don Pascual, muy próximo a él. La cara del cura adquirió una solemnidad religiosa; la berruga, cierto aire zumbón y maleante, y fingió henchirse de gravedad. Sus ojos, por efec-

to de haber enarcado sus sienes se ocultaron en sus órbitas con miradas de víbora y después de haber invitado a don Primitivo a que allegase más su silla, le habló:

—Usted bien sabe, señor don Primitivo, que jamás me ha gustado mezclarme en cuestiones del pueblo, ni en los asuntos de la vida privada de las personas; pero apesar de que los conozco tanto a ellos, esta vez las circunstancias me han obligado. De su hijo Franz siempre tuve la mejor idea, conceptuándole un joven de moralidad intachable como todos los jóvenes del pueblo. Desgraciadamente la noticia que le voy a dar, me ha puesto en la forzosa situación de pensar que su hijo ha manchado con actos inmorales el buen nombre de usted.

Los ojos de don Primitivo, al oír las cosas del cura López se inundaron de curiosidad, brillando de un modo extraño que denunciaba su zozobra y que instaban al cura López, para que continuase con sus noticias.

Y el cura López le sopló esta:

—¡Su hijo es un adúltero!

—¿Qué dice usted, «tata» López? Interrogó con avidez don Primitivo.

—Así como lo oye usted. Su hijo Franz es un adúltero, y usted comprende que la situación inmoral que se ha creado su hijo en el pueblo, no puede ser soportada por el vecindario por más tiempo.

Don Primitivo no contestó nada a las frases del cura López, y se limitó a bajar la cabeza, como para denotar que deseaba seguir escuchando lo que hablaría el cura.

—Su hijo mantiene relaciones impúdicas con la mujer del gringo que trabaja en el ferrocarril.

—¿Con mister Richards?

—Sí, con mister Richards.

—Sus revelaciones me desconciertan, «tata» López.

—Tiene usted mucha razón. Lo que a usted le corresponde como a buen padre, es, desde luego, cortar esas relaciones; usted es un buen cristiano y no creo que permitirá usted semejante atrocidad. Breñas es un pueblo dechado de moralidad. ¿A quien se puede tildar aquí? No estaría bueno que un pueblo cristiano y honrado como Breñas sea manchado con una inmoralidad tan escanda-

losa y terrible como la de su hijo. ¡Cosas de La Paz, don Primitivo!

Don Primitivo que había escuchado casi perplejo los chismes del cura López, se tonificó con los improperios que lanzó el presbítero contra su hijo y se defendió:

—Lo que usted dice, «tata», es una gran calumnia. Son invenciones canallescas de esa gente del pueblo.

Mi hijo es un hombre honrado y acaso es el más austero del pueblo; los corrompidos son ellos, y también son ellos los calumniadores.

—¡Amor de padre!.....Está usted equivocadoA su hijo lo han visto salir a horas inconvenientes de la casa de mister Richards, lo que prueba que el pobre gringo está coronado públicamente por su hijo.

—Es una falsedad—protestó don Primitivo.

—Mire usted, don Primitivo. Lo único que hago es avisarle....., usted allá se las «haiga». Su hijo con sus enormidades se ha desprestigiado desde su llegada, y con esta vileza más, que ha venido a dar mal ejemplo a los honrados jóvenes de Breñas, yo no sé cómo tenga cara para salir a la calle.

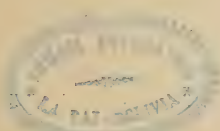
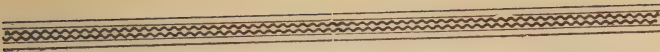
Don Primitivo no quiso escuchar más al cura López y levantándose rápidamente, tomó la puerta.

* * *

El cura López continuó sentado en su sillón gozando con refinada perversidad del efecto que había producido en el ánimo de don Primitivo la noticia que le dió. Y retornando sus ojos adormilados pensó:

—A este doctorcito le vamos a poner en su lugar. Mi hijo ha tenido razón en hacerle campaña. O sale del pueblo o tiene que ser nuestro. Sus tufillos de sabio, de regenerador le han de costar caros; es preciso aislarlo, dice mi Juan y yo lo mismo, hasta que reviente.

Y divagando, principió a pendolear la cabeza sobre la cruz de su pecho; hasta que le despertó Anita, una de sus hijas, para que se fuese a dormir.



Rebeldías

Franz Pereira ha cerrado cuidadosamente el libro desencuadernado que sostenía entre sus manos, y después ha contemplado largamente los libros dispersos sobre su escritorio americano, recién llegado de La Paz.

Abrió la puerta de su habitación y penetró en ella una racha de aire caldeado, que acarició con cierta sensualidad su epidermis endurecida por el frío de la «puna».

La mañana estaba esplendente y luminosa, la luz solar era cegadora y esmaltaba de vida todo cuanto lamía con sus vivificadores rayos. Los cerros que circundaban al pueblo estaban como siempre yermos y eri-

zados de paja brava, herían con hostilidad las retinas de Franz.

Y Franz, pensó:

—Este cerro árido, es como mi alma, ella como esta colina, ha perdido el jugo prolijo de la vida, y solo produce la paja brava y el perfume de la desesperanza. La inmovilidad de este cerro me encanta, tanto como la voluptuosidad inefable que siento dejándome vivir, en la más nirvánica quietud espiritual. Mi padre tuvo razón. Yo no debía «meterme a nada», así no habría sufrido uno de los más tristes y violentos desencuentros de mi vida.....

¡Progreso! ¡Regeneración! Ahora sí, hallo la vaciedad sonora de estas palabras que son como cántaros henchidos de aire. Yo sufrí una estafa, me engañé a mi mismo, pensando en ampliar la vida desgraciada de este pueblo infeliz y pensando poner en vibración mi alma adormilada y soñolienta.

La charca de este pueblo se ha petrificado en su exterior, y no hay cómo remover ese lodo sin enfangarse. Yo fui un iluso, creyendo que había terreno fecundo, lo que existía era costra de lodo, y es imposible sembrar sobre el fango.....

La tempestad espiritual del abogado era intensa y sentía por decirlo así, algo como si le pellizcase el corazón, y no obstante los agitados golpes de sangre que irrigaron su cerebro anublandolo, tornó a sus reflexiones:

—Hay que ganarse la vida a fuerza de amor.....¿quién dijo eso?.....Sí, yo quise ganarme la vida a fuerza de amor, con el amor a mi rincón amado, repartiendo mi corazón en pedazos y echándoselo en manos de mi pueblo, a quien yo creía ansioso de conquistar una vida buena, una vida sana, noble, culta. Fuí un utopista irredento, que tengo que expiar mi pecado. Lo que yo creía realidad y lo que es verdad palpable y vivida, la muchedumbre mínima de mi desdichado Breñas, lo ha tomado como el ensueño absurdo y quiméricamente imposible de un loco.

—¡Apocados!, ¡Cien veces apocados!—exclamaba Franz.

Y después de otro rato tornaba, mirando el azul horizonte a sus cavilaciones.

—La vida es lucha y es preciso luchar aunque sea con un mondadientes.....Sí, sí, yo debo aferrarme con tenacidad con la idea de

«hacer algo por mi pueblo». La voluntad lo puede todo, yo no soy un Quijote, ni un Hamlet, yo soy un ensoñador activo y debo enardecer el espíritu gélido de este pueblo, para hacer carne de realidad mis ideas.

Pronto Franz se contradecía y se abandonaba a sus primeras ilusiones:

--Sí, yo soy un soñador, yo no debo hacer nada.....La inmovilidad de este cerro me encanta y debo seguir gozando de la sensualidad indolente de no hacer nada..... Me he dejado vencer. Esto no importa. ¿Y quién te dijo que te metieras a apóstol, Franz? ¡Pobre mi Breñas!

* * *

Las reflexiones de Franz, fueron interrumpidas por la visita de don Primitivo a su habitación, quien vino mohino, con la cabeza inclinada y en actitud melancólica, bien embozado en su chal.

Don Primitivo soltó la bola que traía:

—Lo que me has ocasionado, Franz. Tengo en frente mío a todo el pueblo.—Don Primitivo hizo una pausa prolongada en tan-

to que Franz le miraba lleno de sorpresa e interrogantemente. Luego añadió:

—Desde que tú has venido al pueblo es imposible mi vida; un día es una vecina que cuenta de tí cosas insoportables a tu madre, o un vecino que me sopla dos frescas sobre las cosas que murmuran de tí en el pueblo.... Mira, ayer el cura López me ha atravesado el corazón con una enorme calumnia, con la más enorme calumnia. Me ha dicho que eres un inmoral y que tienes por querida a la mujer del gringo.

—¡Hable, padre hable! La estupidez moral de estos hombres pasa los límites de la calumnia bochornosa y soez. Pasiones chiquitas nutridas de alcohol e ignorancia con las que son capaces de la vileza más ignominiosa. ¡Yo querido de la mujer del inglés!.....Esto es ridículo padre, solo unos reptiles y degenerados espirituales como estos beodos del pueblo pueden ser forjadores de tamaña monstruosidad.....Aquello no fué más que una amistad fugaz y desdeñada.....

Franz calló, mordiéndose los labios, con las mejillas teñidas de púrpura y los ojos encendidos por una llama de indignación.

Le voz hueca de don Primitivo, tornó a resonar:

--No ignoro que esto es pura «calumnia». Ayer te llamaron pretensioso, fátuo, vanidoso.....Después loco; hoy te dicen inmoral... Todo es envidia, y nada más que envidia. El autor de todo esto, como sabes es el hijo del cura, que tiene su grupo organizado y desde allí por medio de sus tipos desparma el ácido de su corrosividad. Y los cuatro gatos hacen estragos.

—No padre, no es tal. Los autores de las infamias son todos. La canallería es de esos cien, que forman una muchedumbre diminuta. Forzoso es que tengan una cabeza y esa cabeza es el más canalla que es el bendito «candelero».

—Esto se debe arreglar. Yo no puedo permitir que tu nombre se arrastre por la lengua de todos estos desgraciados. Tú debes salir de Breñas y mientras lo hagas, para calmar los furores de estos, por favor no visites más al inglés..... ¡Bendito inglés y benditas «chulpas»!

—¡Padre! ¡Salir de Breñas! ¡Y, a dónde voy! Mi única salvación sería viajar al exterior; pero a La Paz, no! La Paz es un

Breñas grande, más grande y más monstruoso! A La Paz no voy. A la casa del inglés, hace tiempo que he dejado de visitar. Eso es un detalle insignificante.

—Quiero que salgas de Breñas; venderé la finca más grande y saldrás fuera.

—¡Sería mi ideal!.....¡Ojalá se preocupe usted padre, de esto! Mientras tanto estaré en mi retiro, acompañado de lo único que tengo, de usted, y de mis ilusiones, de mis sueños.....

—Tú debes renunciar a toda idea noble y dejar tiempo al tiempo. Breñas es una tierra imposible.

—Sí, padre; Breñas es una tierra imposible. Cada uno de sus habitantes es una fiera disfrazada de cordero y cada cordero es un reptil.



El amor

Breñas parecía adormilada por la suave caricia de la luz crepuscular, que en forma de vapor sutil envolvía a las construcciones pequeñas y bajas del pueblecito, anunciando la pronta llegada de la noche.

En esta hora indecisa y vaga, Breñas ofrecía un aspecto pintoresco y sugestivo. Todo el mundo salía con la tripa repleta, después de comer, a pasear por el pueblo, o por lo menos a sentarse al margen de su tienda o en un poyo de la plaza, hasta que llegara la noche, que no siendo de luna barría con todos, despachándolos temprano a sus domicilios. Y el silencio y la quietud se adueñaban de la comarca.

Para los únicos moradores que encerraba un singular atractivo el paseo de por la tarde era para la familia del maestro. Antes faltaría en Breñas el sol o el pan en la casa del señor maestro, que él, su señora y su hija en la plaza a la hora del crepúsculo, todos los días. Y allí en la plaza del pueblo daban vueltas y vueltas, saludando al cura, al dueño del billar, a la pulpera de la esquina, al casero de la derecha, a don Primitivo, a don Juan, a don Pedro, a don.....

El maestro con su familia salía de su casa, después de yantar a eso de las cinco y daba sus vueltecitas por el arenal, por el cementerio, para rematar en la plaza donde ambulaban hasta que a don Toribio Quiroga le diese calambre en la pierna izquierda; entonces entraban a visitar en la casa de don Pascual o en la del cura. Esto era pues, de todas las tardes del año, desde hacía algunos lustros, que eran tantos que el mismo don Toribio había perdido la cuenta.



Don Toribio Quiroga, era un vejete que recordaba el retrato de uno de sus abuelos

del tiempo de la independencia. Era alto, su esqueleto bien vestido de carnes; sobre sus hombros amplios y cargados hacia el pecho, reposaba una cabeza egregia, resplandeciente de una calva obcena y cubierta siempre por un «tongo» estilo chistera. Los mo-fletes de su cara eran estallantes de sangre, pletóricos y ornados por unas patillas brumosas.

Una capa que de puro vieja se había tornado en morada, cubría hasta las choquezuelas el cuerpo del maestro. Este don Toribio Quiroga tenía el gesto desdeñoso del gran señor que había sido mimado por la fortuna y que ahora vivía en Breñas, quejándose de una hipertrofia al corazón, que en su tiempo, como él decía, se llamaba apenas «mal de corazón». Guardaba cierto aire caballeresco que a ratos se hacía fanfarrón; era medio aquijotado y tenía sus petulancias de nobleza, no de esa nobleza de pergamino, sino del aristocrático orgullo que él ostentaba por sus altísimos méritos, que nadie conocía.

Don Toribio Quiroga no debía usar sino capa, porque sus antepasados la habían llevado. Don Toribio no debía doblarse el pantalón, porque eso no era de gente noble,

ni de caballeros como el maestro de Breñas. Se conformaba con su pobreza, porque era de gente que tiene sangre española en las venas el ser pobre. De la pobreza, decía don Toribio, saca el fuerte riqueza más noble. El camino más corto para poseer las riquezas es despreciarlas, este era un pensamiento de Séneca que no olvidaba nunca. Era, además, don Toribio incrédulo y librepensador.

El maestro pacífico de Breña, había sido revolucionario en tiempo de Linares, por cuya figura guardaba verdadera adoración. ¡Oh, Linares!, decía don Toribio, y se estremecía de gozo. Amigo del orden, en tiempo de Adolfo Ballivián, para hablar del cual se quitaba el sombrero. Después, llevó una vida accidentada y difícil, hasta ser nuevamente revolucionario en el Crucero. Desde la revolución federal permanecía en Breñas en calidad de maestro de escuela, animado con la esperanza de su jubilación y ligado al cordón umbilical del presupuesto por su haber de cincuenta bolivianos.

De brazo de este estrafulario hombre, casi colgada de él, venía su esposa, doña Patrocinio del Carmen Buenavista de Quiroga, conocida en Breñas, con el nombre familiar

de doña Patoca, que indudablemente era mucho más breve que todo el larguísimo apelativo y patronímico que cargaba esta ínclita mujer del señor maestro.

Doña Patoca, era menuda, sombrero y todo le llegaba a don Toribio al nivel de su tetilla izquierda. Bajo un sombrero amplio de paja, que ella llamaba «mi pastora», se ocultaba un hacinamiento incongruente de pelos intrincados que culminaban en un moño en forma de obelisco, debajo del cual se adivinaba la cara, una cara más arrugada que una nuez que guardaba unos ojos chiquitos y opacos. La cabeza de doña Patoca, descansaba sobre un cuerpo endeble y senil, con la columna vertebral angulosa, que estaba cubierto por un abrigo largo semejante a una sotana de cura y que en edad le iba en zaga a la capa de don Toribio.

Doña Patoca, fuera de ser madre de Rosarito, no revelaba virtud alguna, ni tenía otros rasgos salientes dignos de apuntarse, fuera de ser rezadora empedernida y comulgadora consuetudinaria.

*
* * *

A estos esposos modelos, que era una de las parejas más morales, más respetables, más aristocráticas y más cariñosas del pueblo, acompañaba en sus excursiones vesperales un apéndice: su hija Rosario.

Rosario era quien indicaba en el paseo el camino que los cónyuges debían seguir, haciendo el oficio de sacristán.

Rosario era pues, una mocita turbadora producto jugoso de una radiosa plenitud y que sugería nebulosamente la evocación de los melocotones maduros. Esta su belleza como vestida de luz, estaba agravada por la frescura de sus carnes satinadas, por la magestad de sus senos opulentos y por sus formas hermosamente esculpidas. El rostro de Rosarito era agradable, esplendente de dulzura y en sus ojos chicos como dos diamantes negros brillaba una luz de picardía ingénua, mientras en sus labios de púrpura y de sangre, ardiente como dos rojos cauterios se cristalizaba la sal de una sonrisa, de una sonrisa amplia y jovial.

Rosario había renunciado a usar sombrero y solamente ostentaba el lujo de su peinado, igual que el de la lechera de Greutzer. Su piel alfombrada por una aterciopelada pelucilla, no había sido sometida a

las intoxicaciones químicas de las cremas y de los polvos. Era aseada y todo su cuerpo respiraba a salud y agua. ¡Daba gozo verla! Una blusa de piqué color cielo, ocultaba sus opulencias, y un traje negro defendido por un delantal como tablero de ajedrez, componían toda su indumentaria sencilla y pueblerina.

La hijita del maestro, se educó en La Paz, a la sombra de unos parientes, y allí concurrió al liceo de señoritas y cursó hasta el tercer año de humanidades, bagaje suficiente con el cual ayudaba a su padre los días en los que don Toribio estaba de mal talante para enseñar el a b c. Rosario era una muchacha dicharrachera y marisabidilla, aficionada a poetas y a lectura de novelones folletinescos, medio sentimental, algo romántica, muy sensible al dolor y fácil a hacer aspavientos por futilidades. Un alma dispersa que alimentaba un mil de sueños y que esperaba al príncipe rubio, sentada a la vera del camino de la vida, sin que éste se le hubiera aparecido hasta la edad que tenía, en forma del tipo ideal que había forjado en sus horas de romántico anhelo. No obstante de eso, en el pueblo se murmuraba que el cura López «le había echado el ojo para su yer-

na» y que Juan López la buscaba para reque-
rirla de amores, prodigándole ella en pago
los mas crueles desdenes.

* * *

La familia de don Toribio Quiroga, después de haber cumplido con su cometido de dar vueltas y vueltas por el pueblo, llegó a la plaza a continuar su afán.

Juan López, estaba en una esquina, con mirada lasciva y preñada de dardos sexuales.....

La tarde había declinado y la noche comenzaba a imperar en la aldea. Un viento frío y penetrante soplaba con insistencia. Con esta amenaza, la familia de don Toribio fué invitada a regresar a la lumbre del hogar.

Franz Pereira, con objeto de distraer la vista y de olvidarse de sus cavilaciones y devaneos infecundos y para descongestionarse de las lecturas que realizaba durante el día, se asomó a la puerta de su casa que daba a la plaza principal de Breñas. Desde allí contemplaba el cielo que se teñía de violeta, y cómo poco a poco se iba cubriendo de man-

chas cada vez más opacas y cómo los cerros se perdían de la inmensidad del horizonte negro.

La melancolía soñolienta de la tarde puso en el alma de Franz una pincelada de lírico recogimiento y su espíritu parecía estar dispuesto a las emociones más suaves.

Don Toribio, doña Patoca y Rosarito, distraidamente, huyendo del viento, pasaron cerca de Franz.

La visión de Rosarito, produjo a Franz una inquietante emoción, mezcla de estetismo y de un amor que nacía violentamente. Rosarito a través de su prisma rosa de sugestionado, fingió presentársele en forma de una mujer espiritual, vaporosa y nimbada con todas las galas de la belleza.

—Esta es una mujer linda—pensó Franz. Y después de que pasó la hija del maestro, la siguió con la vista hasta que sus ojos contemplaron el horizonte azulado y sembrado de estrellas. Y allí en el cielo vió la figura de Rosario, equilibrándose en su fantasía enamorada. Luego añadió a sus pensamientos.

—Su rostro es de una perfección impecable. Tiene un perfil evocador de la Venus de

Milo, que junto con sus mirares desvaídos y lánguidos, hacen palpitár su carne rosada en todas las perfecciones deseables. Su carne es amasada con ambrosía y corolas de flores.....

El corazón de Franz sintió el vértigo de amor y palpitaba fervientemente. Franz amaba a aquella mujer desconocida, que le parecía la encarnación de su ideal soñado.

Luego Franz se avergonzó de si mismo y prosiguió pensado:

—Yo no puedo enamorarme. El amor solo hace hombres desgraciados, por el amor se es hermano de la muerte. No, no; yo no debo aspirar a enamorarme.

Los pensamientos de Franz se perdieron entre una muchedumbre de ideas inconexas a las cuales no podía dar consistencia... Pero prontó adquirió nuevamente la posesión de si mismo y cuando el corazón se le subió a la cabeza tornó a pensar:

—¡Amor!.....El amor es la única fuerza de que dispone el hombre, el cual, cuando es verdadero, es fuente poderosa de todas las virtudes.

El hombre que es incapaz de amar es un degenerado y yo quiero probarme que

no lo soy todavía. La pasión amorosa al servicio de una idea es la fuerza de los soñadores, que han realizado las grandes obras del ingenio humano. El amor consagrado al arte ha hecho florecer las más altas concepciones artísticas de la humanidad. Y por la mente de Franz desfilaron Platón, Lucrecio, Goethe, Dante Wagner, Rafael, — Sí, yo debo amar a esa mujer..... ¿Quién es ella? No importa. Yo debo amarla profundamente, con todas mis fuerzas juveniles. Cuando el amor no engendra la obra filosófica, artística y política, por lo menos produce un hijo.....Y yo quiero, siquiera tener un hijo, y ser un buen señor que tenga su mujer, su hijo y de quien nadie se acuerde

* * *

Aquella noche, Franz durmió pensando en Rosario, y soñó que la hija del maestro era su esposa.



El pensamiento

Don Toribio Quiroga, con ánimo de ofuscar a Franz con sus conocimientos, le invitó mediante una cortísima y melosa esquelita a que concurriese a los exámenes que debían rendir sus alumnos y a la distribución de premios.

Las inquietudes espirituales que experimentó Franz no se habían cicatrizado, y al contrario, cada día fueron creciendo con altos exponentes. Halló, pues, una ocasión propicia para ver a Rosarito que, de fijo, asistiría a la fiesta ofrecida por su padre. Y fué.

La habitación de la escuela para aquel clásico día, fué transformado totalmente. Todo, todo se alteró, menos la amplitud de

la habitación que continuó siendo pequeña y de tumbado bajo. Estaba engalanada con cadenillas de papel y faroles chinescos. El mapa de Bolivia que cubría uno de los muros estaba también ornamentado con cadenillas y cintajos, lo mismo que un cuadro de «Los Incas» y otro del «Corazón de Jesús». Los cajones forrados, que de ordinario servían de asiento a los niños, desempeñaban ahora el papel de cómodas butacas en las cuales se despertigaban las señoras, señores y señoritingas de la localidad. La habitación estaba dividida en dos partes por una especie de telón: una servía de asilo de la concurrencia y la otra de toril en donde estaban ocultos los examinadores.

Allí, en el humilde local de la escuela, estaba congregado todo el pueblo, o mejor dicho, allí no faltaba nadie. Las mujeres ofrecían el espectáculo de sus centros nuevos y almidonados, y de sus zapatos crujientes; los caballeros fueron en sus vestidos habituales, y los futres de Breñas se trajearon lo mejor que supieron. Las señoritingas estaban atractivas y deslumbrantes con los colores que cacareaban, plegados en forma de trajes sobre sus cuerpos, tan cruelmente tratados.

Aquello era un conjunto multicolor y pinturero: una masa informe de doscientas personas congestionadas en un ámbito que no daba cabida sino a cincuenta. ¡Un horror!

Franz presentaba el espectáculo de su cara enardecida y sentía que su sangre se evaporaba de calentura, no obstante de encontrarse en el lugar más ventilado: entre los examinadores, que eran una buena parte de los vecinos conspicuos del pueblo.

Sonó una campanilla chillona y con ayuda de los examinadores y concurrentes solícitos pudo descorrerse la especie de telón que dividía la estancia.

En un ángulo apareció una mesa rodeada de todo lo más saliente del pueblo, tanto por su intelectualidad, cuanto por su dinero y prestigio. Allí estaba ocupando la presidencia el cura López que hoy tenía la verruga de su nariz más culminante que de costumbre. Luego don Primitivo, don Pascual, don Telésforo, don..... Franz y don Toribio acompañado de su hija Rosario que desempeñaba las funciones de secretario del tribunal.

Enfrente de este ángulo, se apiñaban una veintena de chiquillos flacos, con las ca-

ras asustadizas, las cabezas rendidas, y vestidos «ad hoc» para el día del exámen. Muy cerca de este grupo, estaban las señoritas, unas ocho, que vestían trajes negros o más bien blancos pero perfectamente sucios.

El silencio era trágico. Solo turbaban los sentidos y especialmente al olfato un olor complejo y repugnante que flotaba en el ambiente cálido de la habitación. ¡Franz sufría!

El cura López declaró instalados los exámenes correspondientes «al presente año».

Rosario tomó la lista y llamó, con voz suave, amable y baja, a cinco muchachas; Juana Sánchez, Laura Pantoja.....

Las chiquillas se sentaron sobre un banco largo, apretujándose, porque no cabían cómodamente.

Mientras las chiquillas decían sus cosas aprendidas para el exámen, Franz miraba ávido a Rosario, en quien siguió encontrando mayores atractivos que el día «aquel». Y pensaba: su cuerpo es reflejo de su alma. Esta mujer respira bondad. Su voz es suave, amable y baja. ¡Este es su mayor encanto! Sus ademanes son sencillos y desahogados, cosa extraña en estas aldeas grotes-

casSí, sí; esta mujer es una mujer que yo puedo amar.....

Don Pascual, cortó el hilo de las divagaciones a Franz, ofreciéndole con mucha amabilidad la «tabla».

—A ver usted, don Franz.....Una preguntita.

—¡Ah, muchas gracias! ¿Pero qué voy a preguntar a esta niña?

Entonces viendo don Toribio la indecisión de Franz, le dice:

—Don Franz, pregunte usted a la chica el número 14.

Franz se fijó en la tabla. El número 14 decía: «Descripción del caballo».

—A ver, señorita. Describa usted el caballo.

La chiquilla se puso roja, bajó la cabeza, orientó su cuerpo hacia su examinador y después con vocecita monótona e igual dijo:

—El caballo es un animal que tiene cuatro patas.

—Muy bien, señorita.

Y Franz pasó el programa a don Toribio, quien viendo la indiferencia del abogado, continuó examinando a la alumna:

—¿Qué cosas más tiene el caballo?

—El caballo tiene..... El caballo tiene una cola en forma de pincel.

—¿Qué cosas más tiene el caballo?

—El caballo tiene un pincel.

Los examinadores hablaron despacio y escribieron unos números sobre unas listas. Las chiquillas continuaban sentadas hasta que el cura López, dijo:

—Juana Sánchez, con 21; Laura.....con 21; etc., etc.

La pirotecnia de las miradas entre Rosario y Franz, había aumentado progresivamente. Los ojos pequeñitos y centelleantes de Rosario estaban iluminados por el fuego del amor, y sus miradas eran unas miradas largas y melancólicas en las que parecía que se le escapaba el alma para bañar a Franz de emociones suaves, hondas y turbadoras, en tanto que él permanecía silencioso, pensativo, gozando de la visión de aquella mujer que encontraba tan adornada de gracia, virtud y belleza. ¡Franz estaba superabundantemente correspondido por Rosario!

* * *

Celebróse un intermedio después de realizados los exámenes que fueron breves. Los examinadores se trasladaron del salón público a las habitaciones particulares de don Toribio, en tanto dispusieran el decorado apropiado para que se representara el drama de todos los años.

Allí en el comedor del maestro estaba doña Patoca, rabiosa y poseída de singular enfado:

—¡Hasta cuándo les iba a esperar con mi cerveza!

—Patoca, los exámenes no acababan y era preciso concluir con todos los chicos.

—Sírvase usted don Franz.

Y así invitó a todos doña Patoca.

—Nos serviremos, pues—invitó don Toribio.

Y bebieron la cerveza en unos vasos con tapas de níquel que al momento de asomarse a los labios descolgaban la lámina sobre las narices de un modo muy atrayente.

Rosario no bebió, y en sus gestos y ademanes y en el resplandor de sus ojos, mostraba ese no sé qué, que afectan todas las mozas enamoradas.

Doña Patoca la observó, como buena conocedora y luego gruñó:

—¡Yo no sé que es lo que te pasa hoy día, Rosarito! ¿Qué pulga te ha picado?

Rosario calló, mientras Franz y los demás circunstantes festejaron su grotesca broma.



Se descorrió el telón y se presentó un muchacho que leyó un discurso escrito por don Toribio Quiroga y en honor suyo en el que hacía un «elogio imparcial y sincero» sobre la «brillante labor desenvuelta por el ilustre maestro de Breñas» y en el que el chiquillo a nombre de sus compañeros y compañeras lo felicitaba y además lo alentaba en su noble magisterio.

La sala aplaudió frenética al muchacho y todos miraron con ojos chorreando envidia al padre de tan feliz criaturita. Don Telésforo el dueño del «Villar la Boz del Puevlo» se irguió orgullosamente sobre su butaca.

Luego se presentaron en escena dos muchachos y las piernas de don Toribio quien se

hallaba de consuetudine oculto tras de bambalinas. A poco aparecieron otros dos muchachos, luego otro, y después otros. Los chiquillos hablaban, gesticulaban, todo automáticamente, sin alma, sin gracia, desgánadamente, cuitados y preñados de susto. Estaban como cuando los patibularios tiemblan ante la guillotina.

Y se produjo el mismo drama de todos los años, en el que uno de los muchachos daba mal examen y desesperado por librarse de la zurribanda de su padre, se tomaba un frasco de veneno que era una botella de soda water. Claro está que el chiquillo no se tomaba todo el contenido de la botella, pues el residuo que quedaba servía para humedecer la garganta de don Toribio. Este efectuaba la operación a la vista del público y haciéndose la ilusión de que nadie le miraba. Después se suicidaba otro muchacho y así todos hasta el apuntador, con lo que concluía la obrita.

Aquel drama se llama «La barbilla de Severo», y hacía desmayar de dolor, todos los años a las mismas personas. Las lágrimas de las mamás corrían a raudales, los suspiros evacuaban de los pechos en tropel, la mamá del muchacho que se tomaba la soda

water echaba todos los años un grito desgarrador y el publiquito permanecía durante cuarenta minutos en una tensión nerviosa postradora, por efecto del formidable drama.

Esta obra nacional, estremeció a Franz Pereira de piedad y de dolor, aquello era el colmo de la ridiculez.

Cuando cayó el telón los aplausos, como todos los años, fueron largos y nutridos, mientras que adentro se desarrollaba una escena interesante fuera de programa: el cura López abrazaba a don Toribio entusiásticamente. Después de la función, como todos los años los concurrentes lo felicitaron al maestro y hasta Franz hubo de hacerlo, por si acaso.....

A poco de cumplido el programita, se realizó la distribución de premios. El cura López llamaba a los niños que habían merecido premios, y don Toribio entregaba en manos de los examinadores los objetos de bajo precio que debían ser obsequiados a los chicos.

* * *

A la salida era curioso ver a todos los alumnos de la escuela de don Toribio con las manos apretadas contra un premio.

¡En la escuela de don Toribio todos los alumnos merecían premio!

Aquello era el colmo del optimismo y también era el colmo del saber vivir. Si don Toribio no daba premio a todos los muchachos del pueblo, al día siguiente sus padres lo linchaban o cuando menos le aplicaban una paliza formal o le declaraban hostilidades, la guerra sorda, y la intriga pequeña. La maledicencia idiota y la calumnia pueril, habrían ya hecho estragos en don Toribio, si no hubiese tomado ese sabio partido.

* * *

Franz en la soledad de su aposento, pensaba románticamente en Rosario y sentía con fruición el vigoroso, fuerte y franco apretón de manos que le diera, al despedirse.

Y gozaba contemplando esas manos regordetas y rojas, sin los encantos de las manos virginales de una dama perfumada y ves-

tida de cosméticos y pinturas. La mano que apretó Franz, era una mano que a la rudeza y a su descuido, se unía la belleza natural y el hechizo sugestivo de la mano que sabe fregar un perol.....

El mal de Franz no tenía cura.

Estaba el pobre enamorado, como un bobo.



La patria

Franz Pereira cruzó las piernas, colocó su sombrero sobre la mesa, y entre tanto llegase don Toribio a quien fué anunciado por la «imilla» paseaba sus ojos por la habitación. Esta era amplia, de cielo bajo, cubierta por largas tiras de jergón, y desempeñaba las funciones de sala de recibo al propio tiempo que de comedor.

Esta habitación guardaba el mismo sello que las otras del pueblo y armonizaba con la pobreza de su dueño, en ella reinaba el mal gusto más desconcertante y una relativa limpieza. Siempre las figuras de cigarrillos coladas contra la pared en forma de abanico y siempre exhibiéndose las mismas oleografías.

Don Toribio, su señora e hija, creyeron que era seguramente de buen tono hacer esperar a la visita mucho tiempo y así lo hicieron. La espectación de Franz era grande, mientras Rosarito se levantaba de cama y con la mayor gracia se colocaba sus prendas, doña Patoca hacía igual operación, si bien es cierto con más diligencia que Rosarito; don Toribio paseaba de un lado al otro del dormitorio, blasfemando contra su mujer e hija, por la extremada tardanza, hasta que resolvió salir solo.

En el momento en que don Toribio estrechaba la mano a Franz las campanas de la iglesia tocaban a ánimas, es decir eran las ocho de la noche.

* * *

Rosarito está de pie contra la mesa del comedor, doña Patoca sentada a la diestra de Franz y don Toribio se pasea dando vueltas en torno de la habitación.

—Amigo Pereira, aquellos tiempos, cuando Linares yo estuve de guardia en el palacio el día del motín del 10 de agosto.....

Cuando lo mataron al general Prudencio confundiendo con el presidente. Aquella vez que el pueblo creyó que el muerto fué el doctor y cuando se sorprendió a poco rato, escuchando su palabra. ¡Aquello era oratoria y aquel doctor Linares era un hombre! ¡Linares! ¡Linares!

Don Toribio callaba, y después añadió:

—Usted sabe amigo Pereira, las cosas que hizo Linares en el poder?

Franz permaneció silencioso, por que la charla de don Toribio no le interesaba un ardite, ni le excitaba la curiosidad siquiera, pues que estaba embebido mirando a Rosarito y pensando en ella. «Me engaño, decía Franz, esta Rosarito no es tan bella como la pude creer esa inolvidable tarde: entonces todo en ella se me antojó que era la encarnación de la belleza y hoy la veo con todas sus imperfecciones: tiene los ojos demasiado chicos y poco vivaces, su boca es muy grande y además sus dientes son amarillos.....»

Y don Toribio continuaba su charla; componiendo con gesto de consternación irónica.

—Usted sabe, amigo Pereira, lo que hizo Linares en el poder?

Franz, como sorprendido por la pregunta, dijo que no.

Don Toribio sintió un dolor grande, al saber que Pereira, el doctor del pueblo, el doctorcito graduado en La Paz, no supiese lo que había hecho Linares en el poder, y con tono grave como para tatuar en la memoria de Franz cuanto hablaba dejó correr sus palabras.

—¡Linares!.....¿Pero usted no sabe lo que hizo Linares? Yo se lo voy a decir. Aquel hombre admirable, aquel hombre genial, aquel hombre era un proscrito de la antigua Roma, porque era un verdadero patriocio. Se preocupó de hacer un ejército verdadero y yo fuí soldado de ese gran ejército; sepa usted, amigo Pereira..... ¡Linares! Linares hizo códigos, y sobre todo fué dictador.....¡Dictador!.....Linares debía tener una estatua en La Paz y si no la hay, yo le erigiré una en Breñas. ¿Verdad, señor Pereira que usted me ayudará? Linares se lo merece.

Pereira hablaba con desgano, en tanto que doña Patoca miraba a su esposo absorta llena de santa unción, como si de sus labios carnosos manara la sabiduría.

—Sí, Linares se lo merece,—ratificó don Toribio.

—Yo no le eregiría una estatua a Linares.—dijo Franz.

—¡Ah, no!. protestó don Toribio y después añadió: Ya le he dicho que Linares se lo merece. ¿Y entonces que haría usted?

—Déjese Ud. de estatuas, buenas para la vanidad petulante. Las estatuas y la posteridad, don Toribio son una justicia decorativa. Yo creo que vale más el recuerdo generoso que guarda un hombre como usted, sobre Linares, que cien estatuas.....Esto es más sentimental, es más romántico, es decir, más bello, más espiritual.....¿Acaso sabemos hoy día a quién fué consagrado uno de esos bustos de Grecia o Roma que nos miran con sus ojos apagados? Hoy tenemos la manía de las estatuas. Y Linares, me parece que es un gran hombre, para merecer tan poca cosa.....

—Sí, sí, Linares no merece una estatua.

Franz deseaba que don Toribio, o por lo menos que doña Patrocinio o los dos juntos, evacuasen la habitación para hablar con Rosario Ninguno de los cónyuges pensaba en moverse y al contrario se sentían muy satisfechos de recibir la visita. Doña Patoca, continuaba el sueño iniciado en su dormitorio.

rio; Rosarito se aburría como una ostra escuchando la charla y Franz estaba a punto de marcharse.

Don Toribio dió otro giro a la conversación:

—Yo tenía un negro de sirviente.

Al oír estas palabras doña Patoca abrió los ojos y comenzó a escuchar la historia como si la contasen por primera vez.....cuando se la sabía de memoria lo mismo que Rosarito, quien de su parte también prestó atención a esa historia que le era familiar, para corregir a su padre en caso de que omitiese algún detalle.

--Yo tenía un negro sirviente, y este pobre muchacho.....

--No, Quiroga no era pobre, el negrito.— interrumpió doña Patoca y después siguió: Porque cuando usted era subprefecto..... —doña Patoca miró a Franz, y dirigiéndose a él, le dijo:

—Quiroga ha sido subprefecto por el año tal,—hubo una pausa y prosiguió:

—El negrito Quiroga no era pobre, era joven. Bueno, ahora puedes seguir contando.

--Vaya, Patoca! El negrito era joven y se enamoró de una negrita que vivía al lado de casa y.....

--Quiroga,—tornó a interrumpir doña Patoca,—se olvida usted de que la negrita era sirvienta de mi comadre Sara, que hicimos confirmar a su hija en La Paz, cuando usted era subprefecto.....

--¡Patoca,.....Bueno, el negrito—continuaba don Toribio—era joven y se enamoró de una negrita que vivía al lado de casa. El negrito era de mi comadre Sara. Este negrito quiso casarse con la negrita, y antes de que se realizaran sus bodas mi mujer lo llevó donde el cura, para que lo instruyera en la doctrina cristiana, porque para beata mi mujer.....

--No beata Quiroga—protestó doña Patrocinio,—sino cristiana, y no hereje y atea como usted, que está con el pie en la sepultura y está blasfemando contra Dios.

--Don Toribio, un si no es cortado por la embestida de su mujer continuó la historia:

--El cura le preguntó al negrito si sabía catecismo. El dijo que no. Luego le preguntó si sabía los mandamientos y también

dijo que no. Después le preguntó cuántos dioses habían.

—Rosarito!—tornó a interrumpir doña Patrocinio—Hija, dí a la «imilla» que traiga unas copas de anisado para convidarle al doctor.

Salió Rosarito, provocando a Franz con sus andares picarescos y luciendo su organismo bien conformado.

Doña Patoca habló:

—Usted comprende, señor Pereira, que no conviene que las niñas oigan ciertas cosas y especialmente la barbaridad que va a contar este hombre. Bueno, ahora puedes continuar, Quiroga, ya que no está la niña.

—¿Cuántos dioses hay?—le preguntó el cura. El negro dijo que solo dos. ¿Cómo dos?— Sí, dos, por que hace mucho tiempo que me enseñaron la doctrina cristiana y entonces me dijeron que había tres y como ha pasado tanto tiempo, creo que se debe haber muerto uno.....

Pereira rió de buena gana por la historia cien veces interrumpida. Doña Patoca le miró con los ojos cargados de indignación. Fué una mirada pulverizadora que decía: «Usted es un ateo, yo lo desprecio».

Rosario tornó con las copas de anís y las ofreció, alcanzando la primera a Pereira.

Don Toribio estaba en vena para largar sus cuentos y cuando se le habría el grifo era el cuento de nunca acabar. Iba a comenzar el segundo, cuando doña Patoca le interrumpió:

—¡Por Dios, Quiroga! no cuente usted nada. (esto quería decir, ahora déjame hablar a mí). Y comenzó la señora su discurso:

—Cómo quisiera verte de subprefecto como el 96, entonces sí que eras una persona. Todo el mundo se te quitaba el sombrero; doctor, nos invitaban a todas partes y siempre los primeros, yo y Quiroga. Ah! cuando Toribio era subprefecto!.....¡Qué le cuento doctor Pereira! Entonces sí que disfruté de lo lindo y desde entonces es un abrigo que siempre me lo pongo y que no lo cambiaría por todo el oro del mundo. Lo que es mi Rosario no ha gozado nada, estaba chiquitita.

Franz no sabía que responder a aquellas informaciones inoficiosas y a las ínfulas fátuas de la señora Quiroga. Bajó la vista miró a una tira de jergón, hasta que sus ojos fueron a tropezar con la figura garrida de Rosario que ahora estaba sentada con los

brazos cruzados, apoyada contra la mesa luciendo sus senos juveniles y redondos que fingían dos pomos y a cuya visión cruzó por la médula de Pereira una onda de voluptuosidad.

Doña Patoca proseguía hablando, mientras don Toribio, rugía de indignación y de vergüenza, por la soltura que había dado su mujer a la sin hueso. Aquello era un diluvio de palabras sobre un campo de vanidad pueril e ingénuamente femenina.

—Cuando Linares, yo no estaba casado con esta mujer, —dijo virilmente don Toribio. Cuando se es soltero se puede hacer muchas cosas y sobre todo cuando se es joven. Pero casado y viejo, es imposible. Cuando Linares.....

Tenía razón, don Toribio de hablar de esta guisa delante de su esposa, porque la tal doña Patrocinio era una mujer insoportable, no solo por lo lenguaraz, sino tambien porque en sus charlas, cualquiera que fuese la índole de ellas, forzosamente había de enjaretar aquellas muletillas: «Cuando Toribio era subprefecto».....«Cuando mi marido era subprefecto».....«Cuando tu papá era subprefecto».

* * *

Franz se retiró de la visita temprano. El pueblo se hallaba sumido en el más completo y profundo silencio y dormía sin que ruido alguno turbase su tranquilidad elegíaca.

Un cielo turquí, claro, constelado de estrellas y sobre el cual flotaban algunas nubes que ocultaban a la luna, mostrándola como la cara de una monja pálida envuelta en mantos negros.

Breñas fingía con su silencio y con el prestigio que le comunicaba la luna, ser una aldea ilusoria y Franz a esa hora, un fantástico aparecido. Los pasos de Franz, sonoros, retumbaban en la plaza, y un eco lejano los repercutía,



El nirvana

El amodorramiento y la paz de Breñas fueron turbados por una especie de agitación: una agitación muerta que era como el bostezo de un ocioso primitivo, enfermo de parálisis.

Era agosto y el pueblo festejaba a la virgen de la Asunta.

Aquella semiactividad era inquietante para Franz quien se acostumbró a la perezosa paz de Breñas. Desde muchísimos días anteriores a la fiesta los indígenas poblaban los aires de músicas monótonas, lánguidas como ayes de enfermo. Desde el alba hasta el crepúsculo se escuchaba aquel golpe isócrono y lento del bombo, aquel «ritornello»

quejumbroso de la flauta y apacible sonar del tambor.

En medio de la desesperante quietud de Breñas, esa música dolorosa y melancólica, producía la misma impresión que un responso en la quietud fúnebre de un cementerio.

Los días se fueron sucediendo y Franz resignado, sufrido, escuchaba la música indígena que venía de las comunidades y de las fincas cercanas al pueblo.

* * *

La víspera de la fiesta, una muchedumbre indígena, que al parecer rebosaba de júbilo, inundó el pueblo. Los tenduchos que durante todo el año permanecían cerrados, abrieron sus puertas, luciendo en sus veras repletas latas de alcohol y rollizos tambores de coca.

Era una calentura de enfermo la agitación precaria de Breñas que se manifestaba por el ajetreo incesante de los indígenas en las calles, y especialmente en la plaza principal, donde concurrían casi todos so pretexto de arreglar los altares, para la procesión que debía realizarse al día siguiente.

De cuando en cuando estallaba un camaretazo que estremecía el aire. El pabellón nacional tremolaba en las puertas de las tiendas.....

La plaza se iba poblando poco a poco, aquí cerca de la casa de Pereira se instalaba una mesa de «ancla», allá, en frente a la casa del cura descargaba una mujer las frutas traídas del valle y en todas partes se iban ocupando puestos de comida, de alcohol, sobre todo de alcohol.

La víspera, a las seis de la tarde, la fiesta se declaró con todo su vigor; la plaza presentaba un aspecto pintoresco y hostil. Toda ella estaba sembrada de toldos, y por todos los ámbitos veíanse farolillos que brillaban en los puestos de cada vendedora. Sonaban los dados del «ancla», los gritos de los borrachos ya se dejaban escuchar, se oía el chisporroteo de los buñuelos fritos y el toque de las músicas indígenas, siempre lastimero y quejumbroso.

La puerta de la iglesia estaba decorada con oropeles fletados y ofrecía el espectáculo áureo de un arco del cual pendían naranjas, bacines de plata, platos de plata, limones, higos, patatas, cucharas, lacayotes, zapallos,

medias, muñecos, tambores, flautas..... En torno de este arco de oropeles, la muchedumbre indígena se arremolinaba ávida de ver el magnífico cuadro que presentaba la portada del templo, para divertirse con tan sabrosa e interesante visión.

A poco, cuando la borrachera era casi general en el pueblos, y todos desde el cura hasta el más humilde ciudadano estaban perfectamente embriagados, hubo fuegos artificiales, que regocijaban intensamente a esa muchedumbre imbecilizada por el alcohol.

El espectáculo era desolador, Franz lo miró desde la puerta de su casa, con lástima, con indignación. Allí estaba reflejado todo el espíritu y el cuerpo degenerado de un pequeño pueblo que no sabe vivir. Allí estaba cristalizado su arte, su estética.....

Franz devoró mentalmente sus protestas: Este pueblo está perdido.....Lo mata el alcohol y algo peor que el alcohol, la envidia, el hibridismo, la mezquindad, la vileza, la canallería.....¡Es un pueblo degenerado; más que degenerado, desgraciado!

* * *

Las señoritingas de Breñas paseaban en racimo, cerca de la iglesia, escuchando arrobadas la música indígena que no cesaba un momento su uniforme cantilena. Los jóvenes del pueblo, que en su mayor parte eran los concurrentes al billar «La Boz del Pueblo», estaban desperdigados en distintos puestos de venta, bebiendo «ponches».

Rosarito componía parte del racimo de señoritingas y estaba de bracero de ellas, resaltando indudablemente por sus atractivos naturales. Había estrenado un vestido celeste claro que contrastaba con los verdes y rojos, tornasoles y morados de las demás. Rosarito tenía mal gusto, pero sus amigas le daban acento y raya. La cursilería de Rosario era un grano de anís delante de esas pirámides de Egipto.

En la puerta del billar, se arremolinaban Juan López, Antonio Pérez y un otro del grupo. Los tres lucían trajes nuevos de colores imposibles: el traje de Juan López era verde, ornamentado por una corbata roja, un sombrero negro y zapatos amarillos, el de Armando Pérez, café con rayas negras que contrastaba irrisoriamente con su corbata color episcopal, su sombrero verde y unos zapatos de charol.

Juan López no se cambiaba por otro y hablaba con cierto dejo de suficiencia a su amigo Pérez, que le escuchaba con atención. Pronto cesó de hablar López, para dirigir su vista hacia el grupo de las muchachas que reían tímida y cuitamente, cerca de la iglesia.....Sus ojos fulguraron; fué una mirada faunesca, de bestia en celo la que dardeó a Rosarito quien se sintió turbada hondamente por la insolencia del mozo. López continuó mirándola, no obstante el desdén y displicencia que mostraba la muchacha para él.

Juan López, hacía mucho tiempo que venía con anhelos de adueñarse del corazón de Rosarito; pero la hija del maestro se resistía orgánicamente a ver siquiera la figura de López, que le producía una irresistible repugnancia. El otro no ignoraba las bascas que provocaba a la hija del maestro, y apesar de eso, vez que se presentaba una conjuntura amable, no rehusaba manifestarle su brutal cariño, por medio de miradas soeces. El amor de López era de macho, un amor producido por urgencias sexuales, un amor terrible.Por eso Rosario, que adivinaba la pasión de López, temblaba al verle, y esa noche, a poco que vió al hijo del cura, fué en busca de su familia para cobijarse y hurtar-

se en alguna forma a las miradas horribles de ese hombre.

López prosiguió de pie, bebiendo en la puerta del billar, y convencido de que Rosario había desaparecido, se dirigió a Pérez:

—Estas mujeres pretensiosas son imposibles!Créeme, esta Rosario me gusta..., yo me casaría con ella. Su desprecio me enamora más y si me desprecia, prueba de que me quiere.

—Un poco de constancia, y te aseguro que para la Pascua será tu mujer, —asintió Pérez.

—El tata la otra noche me ha prometido que será mi mujer mucho antes. Tú sabes que él puede mucho y lo conseguirá. Y si Rosario no quiere casarse deberá querer, y si no quiere siempre, tendrá que aceptarme. ¡Qué caray! Por algo soy el hijo del tata y además tengo donde caerme muerto.

* * *

La agitación de la plaza fué calmando poco a poco. Las velas de los faroles chinosos fueron apagándose. Los fuegos artificiales se suspendieron, los gritos de los bo-

rrachos callaron, y la paz, la santa paz de Breñas, se desplegaba otra vez sobre el pueblo. De rato en rato se escuchaba el eco apagado de una voz escapa de alguna tienda y que entonaba una cueca, o el rasgueo de la guitarra, o el descorchar de una botella de cerbeza!

La paz se desplegaba otra vez sobre Breñas.....

* * *

Las campanas huecas, roncadas, lánguidas repiqueteaban en la torre de la iglesia, llamando a los fieles a la misa de la fiesta. La gente se movía tarda, lenta, agotada, para dirigirse al templo. Los altares instalados en las cuatro esquinas de la plaza, resplandecían de oropeles y cacharros, de tul y de flores de trapo.

El arco de la puerta del templo lucía todo su mal gusto indígena y su chocarrería pomposa, con más intensidad a la luz meridiana.

Era de ver la iglesia interiormente. El altar mayor estaba agobiado por un peso de tules, oropeles y faroles. Los santos res-

plandecían, enfundados en sus trajes nuevos y parecían estar muertos de frío por lo abrigados que se encontraban. El altar de la vírgen de la Asunta estaba despampanante. Era una caricatura grotesca de alguna escultura bien modelada. Estaba vestido de amarillo, sosteniendo un niño Jesús barroco y tosco, vestido con hojotas y sombrero indígena. A los pies de la vírgen se extendía un cuerno de luna que era tan grande, que parecía un buñuelo. En este altar de la patrona de Breñas se celebraba la misa de fiesta y de ahí emergían las espirales de humo que se esparcían por los ámbitos de la iglesia para mezclarse con el olor sulfhídrico de la muchedumbre indígena, saturando el templo de un olor complejo y terrible.

El órgano de la iglesia sonaba de rato en rato afónicamente, sus notas se perdían en la iglesia arrítmicas e incoherentes, en medio del bullicio general que imperaba durante la misa de fiesta.

A poco de haberse celebrado la misa de fiesta; salió de la iglesia parroquial la gran procesión de la vírgen patrona de Breñas.

El «ponguito» de la iglesia que en argot cural se llama «fiscalito» apareció encabe-

zando la procesión, vestido como una especie de peinador, llevando la cruz alta y acompañado de dos «llocallas», también munidos de peinadores y agitando estúpidamente las campanillas quecolgaban de sus brazos. Detrás de estos heraldos de la fe, apretujados y seguidos por una multitud espesa y multiforme, provisto de jarros y botellas, venía un grupo de bailarines indígenas; destacándose el diablo que mostraba los colmillos afilados de su careta de estuco, donde se enredaban dos serpientes y enfundado en su traje rojo que terminaba al final de la columna vertebral en una prolongada y sarmentosa cola. Era, pues, este diablo una parodia de Mefistófeles que trazaba teorías fantásticas con su tridente, en el suelo; levantaba la cabeza en actitud acometiva asustando terriblemente a los chiquillos y luego daba unas vueltas enhiestándola como para embestir. Al diablo seguían los «kenalis»: una comparsa de indígenas vestidos con una especie de poncho de cuero de tigre, con sombreros espejados y tocando incesantemente sus flautas monótonas, con acompañamientos de «tarcas» y bombos. Luego, hacían cola a estos los «sicuris», indígenas que parecían entablillados

dentro de unas casacas rígidas bordadas de oro y lentejuelas, luciendo unas melenas rizadas, máscaras de estuco con caras de viejos y azulendo sus ojos de añilina. Sobre la muchedumbre indígena culminaban las plumas rojas y blancas que empenachaban los sombreros de «sicuris», violentamente agitados y trasladadas de un lugar a otro por efecto de movimientos bruscos y sin gracia. Tras de los disfrazados seguía la orquesta de los «sicuris», que soplaban sus zampoñas con dejo melancólico imprimiendo las notas breves de una sinfonía llena de calderones y de inflexiones tristes, aún cuando tocaban piezas alegres y hasta piezas de repertorio europeo.

Entre «el anda» de la vírgen de la Asunta y el grupo de los «sicuris», flotaba otra fracción grande de muchedumbre indígena, que avanzaba, lenta tras de los danzantes.

Aquí viene el anda de la vírgen.

La música de las «kenas» y de las zampoñas, resuena en toda la plaza; de tiempo en tiempo estalla una camareta, repican sorda y apresuradamente las campanas y se oye en medio de esos caos de sonidos la voz del cura López que canta en alta voz.

La vírgen flota sobre los hombros de

cien indígenas que se disputan el placer de llevarla sobre sus espaldas, mientras ella se da tumbos de un lado a otro, como una barca sin timón y movida por olas rebeldes. De repente cae el sombrero del niño Jesús y se produce un remolino de gente que interrumpe el paso, de gente que grita alborotada buscando el sombrero del niño.....El sombrero va de mano en mano, cada indígena quiere ser el único en tomarlo y lo despedazan. La procesión prosigue y el niño coge un carrito!

Del anda de la vírgen se descuelgan múltiples cintas, una lleva don Pascual, otra don Toribio, otra don Telésforo, otra don Primitivo, y así....., todas las autoridades y personas culminantes de Breñas tienen en su mano un cintajo. El cura López viene tras de la vírgen, cantando a voz en cuello congestionado y con la verruga que le estalla. Al cura siguen unas doce cholitas, vestidas con traje de fiesta. Enseñan al sol sus polleras policrómicas, sus mantas de matices llamativos y sus sombreros blancos. Todas llevan turibulos que zahuman a la vírgen. Cerca muy cerca del cura iba la «preste», una chola gorda que mostraba cierto aire de dig-

nidad, iba contrita, casi arrepentida por los gastos que le ocasionaba el «pasar la fiesta» o porque había comulgado en la misa.

Después de la pandilla de cholas venía otro batallón indígena provisto de «incenciaros, mistura y flores que iban esparciendo por el trayecto de la procesión. Luego desfilaban las indígenas con caras sufridas y relucientes, con ojos oblícuos y trajes nuevos; llevaban unas chaquetas de felpa de colores cacareantes y sostenían heroicamente el peso de más de diez polleras. Las indígenas también tenían sus preste que «pasaba la fiesta».

Los jóvenes, cruelmente encorbatados y estallantes dentro de sus trajes nuevecitos, también acompañaban la procesión, lo mismo que las «niñas» en promiscuidad con las cholitas.

La procesión dió una vuelta a la plaza, deteniéndose en los altares formados en cada esquina, donde el cura López decía unos cuantos gorgoritos en latín y las «prestes» distribuían trago entre los concurrentes que se arremolinaban pedigüenos en torno de

ellas. Era el católico momento de la repartición.

* * *

A las doce la vírgen tornó a la iglesia y en las casas de los prestes había una descomunal comilona. A estas comilonas concurría todo el pueblo y después de ellas se iniciaba borracheras neronianas.

Todo el mundo bebía en las tiendas, en las casas, en la plaza, en las calles. Por todas partes solo se veía el espectáculo de la borrachera y en todas partes el espectáculo del vicio. El pueblo estaba convertido en una gran taberna de tercera clase. ¡Oh, aquello era terrible!

Había baile en muchas partes y las pandillas indígenas cuadraban la plaza con sus fanfarrias.

* * *

La fiesta de la vírgen de la Asunta en Breñas era un foco donde se encontraba el espíritu alcohólico del pueblo y era cuando la crisis de la beodez adquiría su mayor relieve. Franz había permanecido durante ella, cerrado en su casa, inquieto con la bu-

llanga tumultuosa y agresiva del pueblo, leyendo febrilmente. Por sus ojos pasaron una cantidad de libros, que los leyó de un tirón, sin que dejaran huella alguna de impresión en el cerebro. Sólo así logró sustraerse a la fiesta enfermiza de Breñas. Pero no obstante de su retraimiento y de su abstinencia en las fiestas, siguió siendo víctima de las infamias del pueblo. Todo lo supo por intermedio de su padre.

Don Primitivo, a poco que finaron los festejos de la Virgen de la Asunta, habló a Franz:

—Tu situación en el pueblo, Franz, es insostenible,—dijo con toda austeridad el viejo padre y luego añadió:

—Yo creo que debes abandonar el pueblo lo más prontoTe marcharás., Te marcharás.

Franz escuchó silenciosamente las palabras de su padre y mentalmente contestó mirándole fijamente:

—Es demasiado tarde padre, estoy enamorado como un niño de Rosario y no puedo abandonar el pueblo.

Don Primitivo miró fijamente a Franz y echándose el chal de vicuña al hombro, alzó la voz, para despertar a su hijo y hacerse escuchar.

—Yo creo que debes marcharte de Breñas.....Tu vida aquí es imposible; tu vida aquí es imposible.....

Franz contestó a su padre con melancolía:

—Sí, padre.

—Mira. Ayer fuiste la comidiela durante la procesión. Todos, todos, osados, me lo dijeron, que era un desgraciado con un hijo ateo como tú. La pregunta que todos se hacían es ¿por qué no concurriste a la procesión como los demás jóvenes? Yo dije la verdad: que faltabas porque no tenías voluntad. Don Pascual que no es del grupo de los de Juan López, me dijo que extrañaba mucho tu presencia. Y los jóvenes del billar han hecho prosperar sus infamias; aquello de que eres loco, chiflado, bebedor y ateo, y que eres un pobre hombre, merecedor de su más profundo desprecio. Comprendes, hijo, que un padre no puede escuchar tantas atrocidades de su hijo. Lo que desean es que te vayas, que les dejes libre el campo....

Franz casi colérico contestó a su padre:

—Y esos, ¿qué quieren de mí? ¿Acaso no puedo hacer lo que me dé la real gana? Padre, todo es envidia, y todo porque fui un iluso que me propuse hacer algo por el bien-estar de este pueblo. Solo por ello me llamaron loco, después adúltero y ahora soy ateo. ¡Ateo! ¿Y eso les inquieta? Sí, padre; yo debo salir de Breñas. Me iré. Me iré.—Al decir esto en los labios de Franz se delataba una sonrisa irónica que quería decir: Padre, yo no me voy de Breñas, porque amo a Rosario.

* * *

Aquella misma noche se escuchó un vocerío en el pueblo que avanzaba hacia la plaza. Era el grupo de los de Juan López, que saliendo de alguna borrachería decía dicterios contra Franz. El grupo se detuvo cerca de la casa de don Primitivo; las voces arreciaron y pronto las pedradas rompieron algunas tejas del alero.

El escándalo fué grande y solo se fué esa multitud de veinte, satisfecha, cuando vió rotas las tejas que bordeaban el techo.

Pronto vencidos por su propia desgracia y por su impotencia, se retiraron gritando terriblemente:

—¡Abajo el ateo! ¡Abajo el adúltero Cisquito!

Franz protestaba en su cama:

—¡Imbéciles! ¡Cien veces imbéciles!, rompiendo las tejas se vengan de su degeneración y de su estupidez.

Las voces se fueron alejando poco a poco.



Un beso

Bajo el dosel de la noche el silencio rumoroso ofrecía el perfume hechizado de su prestigio.

Era en las noches en que la quietud soporífera del pueblo se manifestaba con toda su trágica intensidad. Parecía que una maldición de silencio se hubiese encantado en aquel pueblo; la naturaleza no palpitaba, no soplaban el viento, no crugía una viga, no caminaba ni un perro. Todo era allí como si el ritmo de la vida se hubiese detenido en una culminación de parálisis.

El silencio, la obscuridad por todas partes y el espectro de la muerte que hacía evocar la tranquilidad del pueblo. Allí todo se conjuraba para que la vida presentase los

caracteres de la muerte: la paz, la quietud, el silencio, el estancamiento.

Un cielo azul de invierno, límpido, diáfano, clarísimo y salpicado de estrellas, cobijaba al pueblecito, y en él como sobre un telón de añil se recortaba la viñeta de Breñas. La torre de la iglesia enhiesta y airada, se alzaba sobre las construcciones chatas que en forma de rebaño se agrupaban en torno suyo. Las calles retorcidas, escuetas, desaliñadas, se veían a la vaga luz de las estrellas y en ellas espejeaban las hojas de lata que forraban las puertas de las tiendas.

Eran las diez de la noche y Franz salió de su casa. Tuvo miedo al contemplar la trágica visión del pueblo y su aspecto desolado, y avanzó despaciosamente, con andares felinos, procurando que sus pasos resonaran débilmente. Pasó la plaza, torció a la derecha, dió la vuelta hasta la casa paralela a la del maestro, y se detuvo ante la puerta falsa de la escuela, por las sienes la sangre le martilleaba con vigor y el corazón se le agitaba en un vértigo de velocidad. Tal era el silencio de la noche, que Franz sólo escuchaba el latir de su corazón.

Franz miró el paisaje noctámbulo y cerró los ojos extáticamente. Le acometieron

deseos irreprimibles de volver a su casa, como movido por el resorte de la persecución, pero siguió: el amor fué más fuerte que el miedo.

Rosario salió a la puerta de «atrás», después de una espera demoledora y larga.

* * *

Rosarito abandonó el lecho y logró semivestirse rápidamente. Escuchó la respiración de su madre que dormía como un bendito y pasito a paso, muy callando, cruzó el enorme patio, temerosa de ser sorprendida, atravesó el gran corral, alborotando un poco a las gallinas y se aproximó a la puerta, le asaltó la duda de que Franz no habría acudido a la cita.

Franz sintió un roce leve, una agitación suave, el chirrido de las bisagras y el caer de una tabla, avanzó siempre tembloroso y Rosarito fué envuelta por una mirada plácida de y llena de júbilo.

—¡Rosario!—casi gritó Franz con alborozo,

—Hable usted más despacio.—fueron las primeras palabras que escuchó de los la-

bios de Rosario, que estaban florecidas de amor.

Y luego Rosario añadió:

—No tenemos mucho tiempo, no sea que mi madre despierte.

—Rosario, la temo.....

—Pero, ¿por qué me teme usted?

—No sé; pero la temo, es que la amo demasiado y dudo que mi amor sea correspondido.

—Usted no debe pensar así, señor Pereira.

Rosario bajó la cabeza y sus ojos diminutos brillaron con la misma intensidad resplandeciente que las estrellas, mientras en sus labios relampagueaba una sonrisa de amor y de promesa. Los enamorados se habían entendido y pronto el tono rígido de los recién conocidos pasó a un tratamiento más familiar. — Yo sé que eres buena, Rosario. Lo único que amo en tí es tu bondad, porque la bondad es la luz y resplandor de tu alma. Y porque los encantos exteriores de tu cuerpo pleno de juventud son la expresión plástica de esa tu bondad.

— ¡Qué cosas dice usted! ¡qué cosas dices! — se rectificó riendo Rosario.

—¿Me amarías Rosario?

—¿Y harías el sacrificio de amarme?

—Sí, sí, Rosario cometiera el dulce sacrificio de entregarte mi corazón. Soy todo amor para tí Rosario.

—¿Me amarías Rosario?

—¡Sí,

Franz deslizó suavemente su mano por entre la manta que cubría el cuerpo grácil de la muchacha, la tomó de la mano, de esa mano casi viril, en la que imprimió un beso abrasador y glotón.

Rosario protestó

—¡Eso nó!

—Pero, ¿acaso no me amas, Rosarito?— dijo Franz entre suplicante y humillado.

—Sí, te amo; pero, eso no

Franz al tener en frente suyo a una mujer llena de todas las arrogancias juveniles, no tuvo tiempo para pensar y pronto cogió entre sus brazos a Rosario, que se abandonaba deliciosamente, con fugaces protestas y ténués suspiros, y con « nos » dulces y apasionados.....Y la cubria de besos, en los labios, en los ojos, en la frente.....

Entre tanto Rosario decía:

—¡Ay, no!..... ¡Ay no!....., ¿Me quieres Franz?

—Sí, Rosario; con todo el alma.

—Entonces, ¡déjame!

Franz pudo darse cuenta, a aquel momento de que estaba más enamorado de lo que creía y soltando de las manos a Rosarito, le dijo:

—Rosario; fué un momento de arrebato, Es porque te amo, discúlpame.

—Sí; te disculpo; pero no lo vuelvas a hacerlo otra vez.

—Sí; Rosario. No te besaré más. ¿Y te veré siempre?

—Si me amas tienes que resignarte a no verme, sólo por las tardes, cuando salgo de paseo con mi familia.....Es la única hora. Mi madre te odia, y no consentirá que vuelvas a casa sin que pases una vergüenza.

—Me resignaré, Rosario. Te amo. Y por tu amor todo, Rosario; tienes que salvarme, eres el único retazo de vida que me une al mundo. Todo lo he perdido, no tengo ni esperanzas. Solo creo en tí.

Hubo un pequeño ruido en el corral, Rosario se inquietó e invitó a Franz a retirarse.

Franz se quedó algunos momentos más delante de la puerta de la casa saboreando sus emociones, gozando íntimamente de los besos que la dió con tanta candidez. Y pen-

saba: Esta mujer me salvará. El amor de esta mujer me dará todas las fuerzas morales que he perdido. Esta mujer me redimirá de mi ataraxia; el amor de esta mujer me comunicará vigor espiritual, y solo así podré renovar mis luchas. Me falta una fuerza que me anime y esta fuerza será Rosario. Solo el hombre enamorado de verdad puede acometer las grandes empresas de la vida. Sí, sí, yo debo amar a esta mujer.

Caminito de su casa Franz prosiguió pensando sobre este mismo asunto.

Creo que esta mujer no es la elegida de mi corazón; parece que le falta vida, parece que tiene el misticismo de la bondad. Rosario tiene una esquivéz molesta y creo que es incapaz de inspirarme una pasión violenta como yo deseo. Rosario es muy fría. ¡Ah, pero es buena! Yo creo que estoy desilusionado de esta Rosario, no me gusta. ¡Bah, caprichos del corazón! ¿Porqué me enamoré de esta mujer? Ya es tarde para pensar, o mejor dicho no puedo pensar. ¿Por que no me enamoré de otra mujer y no de Rosario? ¡Vaya usted a saber! Sí, sí; toda reflexión se acaba al borde del misterio del amor. Yo no debo pensar, yo no puedo pensar. ¿Para qué? Si estoy enamorado, como un cafre

ciado y me dejó arrastrar por la violencia de la inquietud amorosa que hierve en mi pecho. Y se le presentaba la imagen de Rosario: ¡Es bella! ¡Sí, sí; la amo! A una mujer se le puede perdonar todo menos que sea fea. Sí, sí, Rosario es bella y además estoy enamorado. ¿A qué pensar?

Con estos y otros pensamientos dislocados por compañía, llegó a su casa Franz.

Rosarito se acostó nuevamente y sentía en sus labios el suave estremecimiento cordial que le produjo en sus labios el beso de Franz y se durmió soñando con su enamorado. La hija del maestro estaba satisfecha de su conquista y el único obstáculo visible que se oponía a la realización de sus ideales era su madre.



El Cristo

La iglesia parroquial de Breñas era pequeña, estrecha y sucia; una penumbra sepulcral bañaba el sagrado recinto, que ni inspiraba ni recogimiento ni fervor, respiraba algo así como la expresión de ese catolicismo hueco que sienten las pobres gentes aldeanas. ¡Un cristianismo descristianizado!

El techo del templo era bajo, y las paredes estaban ahollinadas con el humo de las velas encendidas por los devotos. Los ladrillos del pavimento estaban gastados y movidos, cubiertos por un espeso aluvión de mugre. Tenía tres altares. El altar mayor protegido por una verja mohosa y vieja, lucía un Cristo barroco y de medianeja escultura; un Cristo cubierto por gusanillos de

sangre y por grandes manchas violáceas. En el altar mayor estaba el tabernáculo, que guardada la hostia santa en adiamantino y dorado caliz, la lamparilla de aceite que brillaba con mortecinos rayos.

En el altar de la derecha, detrás de una vitrina se veía a la patrona de Breñas, la virgen de la Asunta que vestía trajes de lana laborados en Breñas y el niño sin sombrero y sin bufanda.

El altar de la izquierda estaba consagrado al apóstol Santiago que con su apostura ecuestre sugestionaba hondamente a las gentes de Breñas. Montado en su caballo blanco, épicamente gallardo, parecía querer zafarse del altar, con las barbas al viento. encasquetado con un sombrero de oveja criollo y defendiendo su garganta por una bufanda de vicuña

Cerca del altar de Santiago había una mesita forrada de lata, en donde parpadeaban melancólicamente los pávilos de las velas de sebo.

Las paredes de la iglesia adornadas por una serie de cuadros, ennegrecidos por la pátina del apenas podían ser vistas a la penum-

brosa luz del templo. Eran los pasos de la pasión y alguna que otra vírgen.

En la iglesia de Breñas se veneraba aquella famosa obra pictórica de autor desconocido, que era una verdadera irrisión de arte, escarnio de la Biblia y de la iglesia católica. El cuadro grande colocado cerca de la puerta, ornado por un marco que en tiempo del rey que rabió debió ser dorado; que entonces solo desempeñaba las funciones de asilo cobijador de las moscas. El cuadro no tenía perspectiva ni fondo. Un cielo azul servía de espejo de atacaña, y cerca del cielo, casi sin diferenciarse de la superficie, se veía una tierra yerma. El cielo, cargado de nubes en medio de las cuales fingía descolgarse un ángel con las alas y todo corriente, igual que la estatua del Mane Kempis, Debajo en la tierra Abraham con sus luegas barbas, munido de una escopeta y en actitud de victimar a su hijo por orden del señor. El momento preciso en que Abraham va a descargar el tiro a su hijo, el ángel en vez de detener la mano del fiel servidor de Dios, irriga el hilillo cándido de sus beatíficos orines en el caño mismo de la escopeta, apagando la pólvora y privándola de sus trá-

gicos efectos. ¡Aquello es maravilloso y el cuadro se llama «Sacrificio de Isaac»!

* * *

Eran las siete de la mañana y se celebraba la misa, oficiada por el cura López. De cuando en cuando sonaba el organillo melancólicamente, tétricamente, o sonaba la campanilla y el cura se volvía a sus fieles para decirles «dominus vobiscum». Sonaba otra vez la campanilla y el cura decía: «Ite misa est», con una voz cascada, con voz hueca, como del otro mundo. El órgano sonaba otro poco más y luego dejaba de vibrar. El cura López se entraba a la sacristía acompañado del sacristán que era el «fiscalito».

Los fieles que oían la misa eran muy pocos, lo que contribuía a dar un aspecto sepulcral a la iglesia. Allí estaban cuatro indígenas, dos cholas y algunas «doñas» del pueblo, entre las que se contaba doña Patoca; todas ellas sentadas sobre sus piernas, a gatas, escucharon la misa sin fervor, pero extáticas, sin moverse, imperturbables.

Doña Patoca, mientras sus ojos opacos, recorrían las páginas de su devocionario con ayuda de un lente de aumento, pensaba cosas terribles y las pedía fervorosamente al señor del cielo.

--Dios mío que Rosarito no se case con Pereira, con ese ateo y malvado, con ese impío. Que no se case Rosarito. ¿Qué puedo hacer, Dios mío, en este trance? ¡Ilumíname!--doña Patoca volteó la hoja de su devocionario y dejó de leer, concentróse un momento y tornó sus ojos sobre las páginas del libro y como si hubiese tomado una resolución firme, alzó la cabeza y dijo para sí: Le consultaré al tata López sobre este asunto que me hace sufrir, lo que me diga él, será.

Acabó la misa y doña Patoca prosiguió rezando y más que oraba se perdía en divagaciones sobre la suerte de Rosarito y sobre todo en el terrible mal que entraría en su casa, si se realizara el matrimonio con Franz. Los amores de éste y Rosario hacía muchos días que la traía atrozmente preocupada.

Doña Patoca vió salir al cura López de la sacristía, eructando fuertemente. Doña

Patoca le interrumpió en su paso, saludándole, con la mayor zalamería. El cura López sonrió, al propio tiempo que su berruga se congestionaba terriblemente.

—Sí, misia Patrocinio; usted no necesitaba decírmelo; uno también se preocupa de la salud espiritual de los de su casa y yo siempre pensé que lo más acertado sería casar a Rosario con mi sobrino Juan. Este alimenta muchas simpatías por su hija. No veo el motivo porque ella no desee aceptarle, y si no quiere, yo creo que usted obrará como buena madre.....

—Vea usted, «tata», quien iba a pensar que la niña hubiera despuntado tan mal, trabando relaciones con un impío, casi con un desgraciado. Lo que es yo, por mi parte, no me opongo al matrimonio de Juan con Rosario. Le aseguro «tata», que es el único joven honrado que me gusta en el pueblo.

—Ya le he dicho misia Patrocinio, que Juan quiere matrimoniarse con su hija con todo el alma; pero quien le muestra siempre mala cara es su Rosario. Tal vez la pobre

chica no sabe lo que hace. Lo que ha ocurrido con la joven es que se ha alucinado con el hijo de don Primitivo, un joven que tiene todos los defectos del mundo. Imagínese usted, que es un loco de remate, un loco, y lo peor de todo, misia Patrocinio, ¡Un adúltero! Y después ateo, ateo. ¡Qué horror, ateo! Usted misia doña Patrocinio debe echarlo de su casa, y desde luego no permita usted que ni crucen una mirada entre ellos. Así obrará usted como buena madre y como Dios manda.

—Sí, tata. Yo no he aceptado al hijo de don Primitivo en casa, es mi marido que se empeña en que vaya; pero le prometo que no permitiré que vuelva a pisar el umbral de mi casa.

—Hará usted bien y se portará usted como buena madre. Y después veremos el día que los casamos, serán felices basta que sean cristianos, no lo dude usted misia Patrocinio.....

Las palabras del cura López a doña Patoca le supieron a gloria. Había obtenido precisamente lo que deseaba: que el cura Ló-

pez empeñase su palabra para que su hija se casara con Juan. No le quedaba, pues, a doña Patoca, más que obrar en el espíritu de Rosario de un modo enérgico, quien al ver el magnífico partido que se le ofrecía no se negaría a echar de su lado a Franz, y a brindar su amor, su vida, sus esperanzas al brutal alcohólico de Juan López.



La libertad

El frío en Breñas había llegado a su mayor altura y don Toribio con los años que llevaba no podía permanecer en pie, sino hasta las seis de la tarde, hora en que regresaba de su paseo cotidiano.

Acostado en su cuja de madera toscamente labrada, estaba don Toribio, enterrada la cabeza por un gorro indígena, de cien colores. Doña Patoca zurcía unas medias y Rosario perdía el tiempo hasta que le llegase el sueño, haciendo una malla.

La cara de Rosario no mostraba el resplendor de salud de siempre; su color estaba quebrado y una ténue palidez cubría sus mejillas abultadas. Tenía una cara pesarosa que dejaba adivinar fácilmente las turbaciones que sufría. Rosario pensaba:

—Mi padre está viejo; mi madre también lo está. Para tener un sostén firme en la vida yo querría casarme. Franz es un excelente joven, es inteligente y tiene el título de abogado. Además casi todas las amigas de mi edad se han casado y no estaría muy bien que yo me quedase a vestir santos.

Este hombre me ha impresionado y parece que me quiere; su modo de portarse es muy digno y según me ha dado a entender él quiere casarse conmigo. Yo le amo y acepto sus deseos..... Pero, ¿me casaré pronto? De una vez quisiera librarme del infierno de mi casa y de mi madre. ¡Mi madre! ¡Qué señora, me hace sufrir mucho!

—¡Rosario!,—gruñó de pronto doña Patoca, cortando el hilo de los pensamientos de su hija.

—¡Mamá!

—¿Has acabado la malla?

—No.

—¿Y por qué no has acabado? Si tenías tiempo de sobra. La cuestión es que te has puesto insoportable desde que has conocido al gijo de don Primitivo, que ya ni tiempo te das para hacer la malla.

—¿Por qué dice usted eso, mamá?

—Hazme el favor, por Dios, de no replicarme. No seas impávida, Rosario, y oye lo que te voy a decir. Eres una mujer impávida, una hipocritilla. ¿Por qué no has avisado a tu madre que el hijo de don Primitivo, te habló? Yo te habría aconsejado. Pero, como te crees muy sabia y muy interesante para todo, allá lo aceptastes, sin consultarme para nada.

—¡Mamá, si yo no tengo que ver con ese joven!.....

—No seas sinvergüenza, Rosario. Lo sé todo. Has tenido muchas citas con ese hombre; sin pensar en que tu honor pierde, haciendo esas cosas. Tú sabes bien que lo único que tiene una mujer es su honor y después de perdido ya no le queda nada.

—¡Mamá, no hable usted así!—y Rosario se echó a llorar a pierna suelta.

—Lágrimas de cocodrillo! Yerro que tiene su enmienda no es yerro! Mira, Rosario, el hijo de don Primitivo es un pobre hombre, un infeliz. Así me lo ha dicho el tata López, y para que me lo diga él, tendría sus razones.....La palabra del sacerdote es

preciso aceptarla. Rosario nos haces sufrir mucho a mí y a tu padre con estas cosas.....

—¡Que le hago sufrir yo!

—Perra cállate. Es que no nos haces sufrir?..... Que el pueblo te mira como a una de lo peor. ¿Todo lo que haces te lo he enseñado yo? Yo y tu padre tan católicos y tu saltas como hijo de un réprobo, una bandida. Dios mío!.....

Don Toribio que parecía dormido se incorporó, sacó los brazos del interior de la cama e irguiéndose preguntó:

—Que es lo que pasa, Patrocinio? ¿Lloras Rosario? ¡Ya tenemos fiesta en casa! Lágrimas y la lengua desatada de mi mujer!.....¡La catástrofe!

—Usted no sabe nada de lo que pasa en su casa, Quiroga, y puede usted seguir dormido

—¡Claro que no lo he de saber si no me lo avisan! A ver, Rosario, cuenta, ¿por qué tanta bulla en casa? Apostaría que la vieja de tu madre tiene hambre.

—¡Quiroga, no hable usted así porque se va a exponer! es algo muy serio, lo que ocurre.

—¡Caracolillos!..... Ven, Rosario, cuéntame tú, lo que es con tu madre es imposible entenderse.

Rosario continuó silenciosa, hasta que doña Patoca habló:

—¡Qué va a contar nada de lo que está pasando, si ella tiene toda la culpa! Su hija, Quiroga, es una perdida.....

—¡Qué lengua, Patrocinio! Hable usted; ¿de qué se trata?

—¿Que quiere usted saberlo? Pues sépalo..... Su hija está deshonrada, nuestro nombre anda por los suelos por ese alacran de Pereira.

—¿Y cómo así esté deshonrando? Pero, ¿cómo esta palomita nos va a deshonrar, mi Rosario? No, mujer; has comido víboras.

—Sí, he comido víboras y tu hija es una santa y sin embargo se está haciendo besar con el hijo de don Primitivo. ¿A eso llama usted santidad?

—Es joven! Y qué de particular tiene eso. Llega una edad en que una joven debe amar, así como no debes alarmarte de esta chica como más que cuando nació..... Si es la cosa más natural de la vida.

—¡Claro, como tú eres un hombre corrompido y viejo tienes que hablar así!

—¡Esta es la única que faltaba! Que mi Rosario ama, pues que siga amando y después que se case si ella quiere. Soy partidario de la libertad más completa; que Rosario ama a un hombre, sea quien fuere, con tal que lo ame que se case con él, porque cuando las mujeres aman no hay quien les convenza de lo contrario. Y ahora si es Franz, el hijo de don Primitivo el que la corteja, mejor. Franz es una excelente persona.

—¿Con que eso llama usted libertad? Quiroga, eso se llama corrupción, eso es criminal. Cómo se ve que usted es hombre sin religión.

—No había pensado nunca en que la religión tuviese que ser con los curas, ni menos con los amores de mi hija.

—Pero, Quiroga; usted no piensa que somos sus padres de Rosario y tenemos que responder ante Dios, de su felicidad.

—No veo para qué se pueda meter Dios en este asunto. Y además, el amor cuando pica no tiene remedio. Cada cual es dueño de su propio destino. Si Rosario se empeña

que quiere casarse con Pereira y el otro se empeña, aquí estoy para decir que sí.

--No, señor, eso no lo permitiré nunca. Rosario debe casarse con el novio que le den sus padres. Y así será.

--¡Eres una mujer estúpida, Patrocinio! Su hija se casará con quien desee y no con quien quiera usted. Eso no es pensar con un poco de cordura y sobre todo no se puede contrariar los sentimientos de la niña. ¡Cómo la hemos de entregar en brazos de un hombre a quien no conoce, a quien no ama! Eso sería infame y solo a tí, madre católica, se te pueden ocurrir ciertas cosas.

--Pues, está usted equivocado, señor Quiroga. La religión manda que los hijos deben obedecer a sus padres, y Rosario se casará con el novio que le den ellos.

--¡Y qué digo yo! Usted, doña Patrocinio no quiere entender la razón. Los padres no tenemos derecho sobre la conciencia, ni los sentimientos de nuestros hijos. Yo jamás he exigido que Rosario sea librepensadora como yo; en cambio, usted, le ha hecho comulgar cien veces. Así como no le he impuesto una religión a mi hija, tampoco le impondré un novio. Encauzar, dirigir, hacerle

ver los peligros y las bondades de la vida esto es lo que he hecho como padre y estoy satisfecho de mi obra. Pero como Rosario no ha obrado mal enamorándose de Pereira, me alegro que se case....., y buenas noches doña Patrocinio. ¡No me embrome más la paciencia!

—¡Maldito! ¡Quiroga, vas a entregar a tu hija al hijo de don Primitivo, al hijo de un viejo salteador, un viejo ladrón!..... ¡Eso sí que no consiento yo!

—Ya le he dicho buenas noches, doña Patrocinio, y dejo a mi hija en plena libertad; que se case con quien piense, aunque sea con el diablo.

—¡Pues no será así. Rosario se casará con otro, con un hombre de sentimientos morales y religiosos, simpático, rico y bien nacido.

—¡Católico, simpático y rico! No podías haber escogido un novio más a tu gusto. Y ese novio quieres encajárselo a tu hija con plata, claro con plata; con finca, claro con finca. Eso te encanta, mujer..... ¡Católico! Tu gloria..... ¡Simpático! Eso sí que no lo creo, aquí en el pueblo no hay más que estaferos. Y el único aceptable es Pereira, si-

quiera porque sabe lavarse, lo que es los otros.....

—Sí, los padres de buen corazón y sentimientos cristianos deben preocuparse de que sus hijos tengan lo necesario! La vida es muy difícil, y no quiero que mi hija sufra hambre casándose con un pelagato.

—Me parece que piensa usted como un judío, señora Patrocinio. Es mejor que la ponga usted precio a su hija, para después casarla y que usted reciba el dinero en billetes fuertes.

—No se trata de eso. Se trata de asegurar la felicidad de mi hija al primero que pase por la calle. El hombre que le guste a Rosario, tiene que gustarme a mí.

—No se trata de eso sino de lo mismo y que usted tiene que enamorarse con anticipación del novio de su hija y después cedérselo.....¡Qué vieja cínica!

—Mejor es que no hablemos, señor Quiroga, y que Rosario se case con el novio que yo le dé.

—¡Yo no permitiré eso! Mi hija se casará con el hombre que le guste y no con el que le imponga su madre. ¿Entiende usted, señora Patrocinio?

—Lo que entiendo es que usted quiere entregar a su hija al hijo de un viejo salteador y en manos de un adúltero, de un ateo, de un canalla. Eso es lo único que entiendo.

—Pues, así le gusta a Rosario. Y además, señora Patrocinio, quiere usted saber quién es Franz Pereira? Ese pobre muchacho es una víctima de la infamia, de la calumnia y de la maledicencia de este pueblo de gentes idiotas, y sobre todo del cura y de su candelero. No es más.....

—No levante usted, el nombre del cura!

--No es que levanto, sino que digo la verdad. El cura López es un bellaco, un verdadero inmoral que se escandaliza de que Pereira sea adúltero, en el caso que lo fuera, y no es inmoral aquello de que el cura se dedique a poblar Breñas. ¡Eso llama usted moral, señora Patrocinio!

—¡Eso es una desgracia del tata López! Y hay que perdonarle.

—¡Valiente desgracia! ¿Y también será desgracia, que el hijo de un ministro del señor sobre la tierra, sea un borracho y un verdadero degenerado?

—No le permito que hable usted de él,—gritó doña Patrocinio.

Rosarito que había escuchado casi impasible la discusión entre sus padres, al oír las últimas palabras de doña Patrocinio, mudó de color, las mejillas se le acarminaron y sintió un hormigueo inquietante en todo el cuerpo.

Don Toribio, se quitó el gorro y prendió un cigarrillo, mientras que doña Patoca se quedó sin poder continuar expresándose, hasta que don Toribio, la increpó:

—Bueno. Esto debo acabar. ¿Cuál es el novio que ha elegido usted para su hija?

—¡Cómo, no!

—¿Quién?

—Juan López.

—El propio hijo del cura! Sus beaterías le llevaban, señora Patrocinio, a lo inaudito. Tú, pobre Rosario, no pensastes nunca al nacer que tenías una fiera por madre y que ésta habría de elegirte un novio con plata y católico, tan católico que fuera el hijo del propio cura. Y luego dijo: dirigiéndose a Rosario. ¿Y tú qué dices de estas cosas?

Rosario calló, y a poco por sus mejillas corría abundoso llanto.

— Ya no puedo más. ¡Hagan ustedes lo que quieran de mí!

Doña Patrocinio se puso rabiosa y la discusión se enturbió más, a punto de que en uno de esos ratos, don Toribio estuvo en trance de salir de su cama y doña Patoca, llegó a pegar algunos golpes a Rosarito.

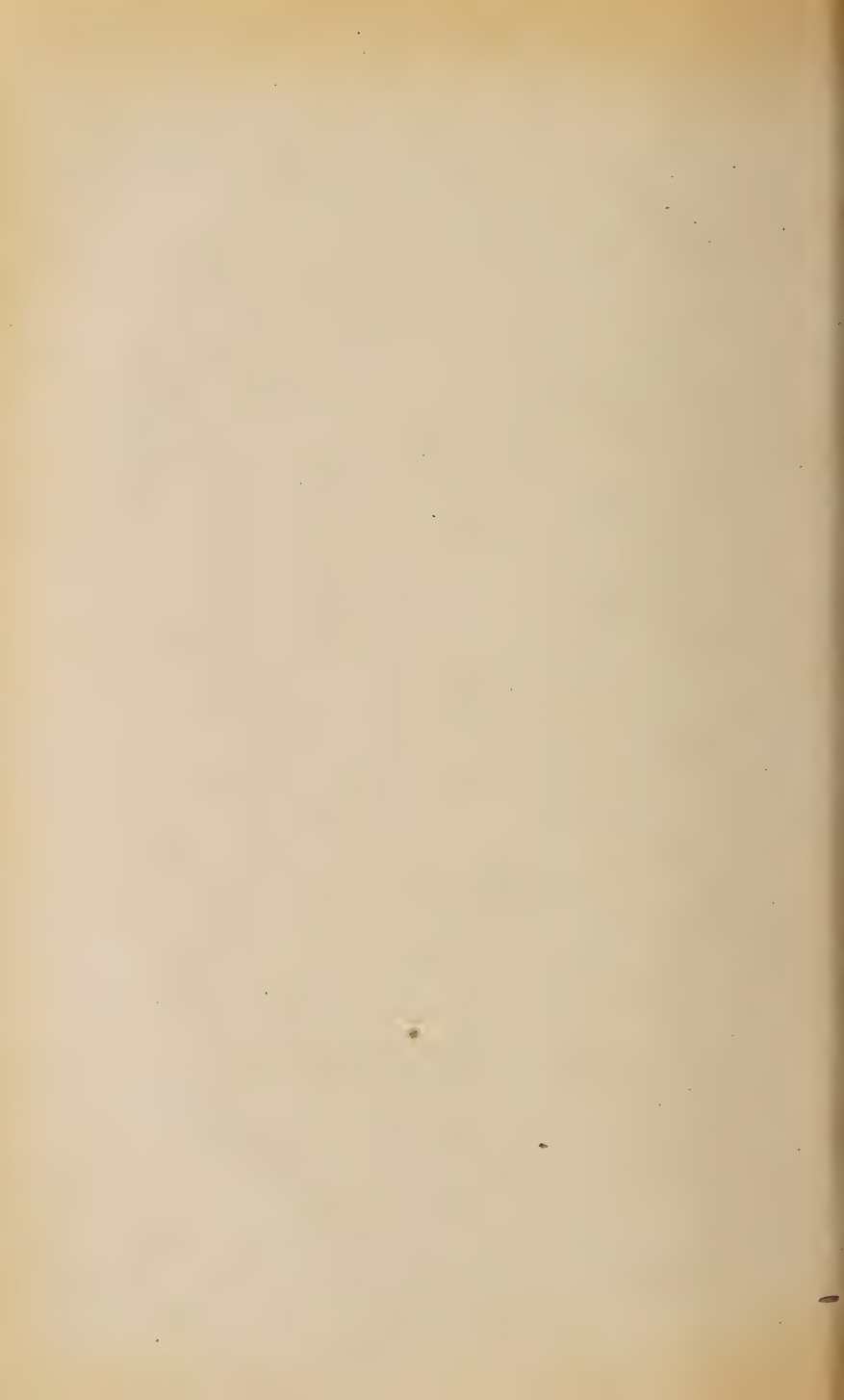
En la casa de don Toribio Quiroga ardió Troya, sin que doña Patrocinio hubiera cedido una sola palabra en sus razones, ni don Toribio consintiese nada a su esposa. Cada cual siguió aferrado a sus ideas. Aquello fué un verdadero «match» de intolerancia familiar.

*
* *

Lo cierto es que desde aquel día, Rosarito fué cosechando nada más que sinsabores y anduvo con el alma sumida en la más honda melancolía. Todo se convirtió en conjuntura, por que doña Patoca era terrible, era brutal con la «chota». No permitía que se hiciera un ricito más, se lo quitaba a tirones. Era brutal, era terrible la tal doña Patoca.

Mientras tanto, Rosarito, solo pensaba en Franz y en su claustro íntimo gozaba el dolor que sufría por ese hombre a quien amaba con toda adoración, aunque fuese odiado por su señora madre. El amor en Rosario, prosperaba grandemente y a medida que las violencias de doña Patoca subían de grado y el régimen de terror proficuaba, la pasión de Rosario se enardecía cada vez más y más.





El escándalo

Un sol caliginoso de Diciembre desparra sus rayos, dorando con su irradiación a la tierra enjuta y desolada de Breñas. El verano en la aldea que sirve de tablado a las andanzas de nuestro héroe, se manifestaba como en todo el altiplano solo por la rudeza con que actúan los rayos solares, sin que la naturaleza adquiriera el tumultuoso renacer de la vida. El bochorno era intenso y en la atmósfera flotaba un vaho cálido que parecía emerger del suelo.

Breñas resplandecía al beso del sol, el río brillaba como de diamantes y alardeaba sus finísimas arenas, que parecían de seda.

Las calles, en aquellos días veraniegos adquirirían una tonalidad especial. Se adver-

tía cierta turbación en su vida tirada a cordel, operandose una alteración uniformemente variada.

La convulsión era debida a que todo el pueblo se dirigía al río, para bañarse. Se realizaba como si dijéramos la fiesta anual del aseo.

Tres caravanas se organizaban en el pueblo para dirigirse al baño. Una, la de la «gente bien» encabezada por el señor cura y en la que formaban parte don Toribio, don Pascual y don..... Otra estaba agrupada por todos los elementos dispersos, entre los que se contaba don Toribio y su familia, don Telésforo y algunos bañistas de la capital de la provincia que viajaban al cantón con objeto de limpiarse las carnes. El otro grupo era formado por las cholitas y sus familias.

Para dirigirse al río era indispensable salvar la playa, que presentaba un aspecto multicolor visto de lejos, todo salpicado de cabalgaduras, y peatones que hormigueaban sobre él.

La costumbre impuso a los breñosanos que atravesaran el río, para construir en la otra orilla sus carpas fugitivas. Con motivo de pasar «al frente» se veían las escenas mas regocijadas e interesantes, constituyendo

el número más saliente entre todos los del verano. De repente se sopaba una muchacha y con este motivo o a raíz de una pierna desnuda, de unos calzones al aire, la lengua de los breñosanos se entregaba a las audacias más temerarias. Nada más primoroso que ver surcar las aguas del río a una señora de cierta edad a horcajadas en un indígena, que descargaba el peso de sus senos matroniles sobre la nuca insensible del pongo. Las cholas se sacaban sus zapatos, y estaban en la otra orilla, rasgando el agua y haciendo gala de sus piernas escultóricas y despertadoras de deseos concupiscentes.

Concluido el brillante número de la «pasada» del río, los jóvenes solícitos armaban las carpas en la playa, y allí las púdicas mamás y las mocitas se desnudaban, mientras los jóvenes y las muchachas que se daban de liberales se ponían en traje adánico al amparo de una frasada, que las detendía.

La ribera del río, parecía, pues un campamento de beduinos.

El río paternal y augusto, lleno de paz, se esparcía en un mórvido sensualismo, toda quietud diafanidad, esmaltando la pureza de las arenas impalpables que dormían en su fondo. Este era el mayor y el único orgullo

de los breñosanos. Era a la vez, monumento, gloria, riqueza, salud, dicha. Lo nombraban ellos con unción, y cuando un breñosano decía «nuestro río» se le alteraba la respiración y se emocionaba tan hondamente como cuando un hombre gana una batalla. El río de Breñas, según la leyenda ancestral que corre allí como un sortilegio, posee todas las virtudes sobrenaturales: devuelve el habla a los mudos, dá fuerza a los débiles, prolonga la existencia a los viejos y guarda la perenne juventud a los efevos- .

Pronto las calladas y serenísimas aguas del río se alborotaron. Se produjo un ruido confuso, mezcla de chasquido, de ansias de explosión. Las aguas se arremolinaban y el encanto del espejo quedaba roto.....

Los chapusones se sucedían. Eran los bañistas que iban cayendo como granizada sobre el río.

Allá se veía una pareja de enamorados nadando juntos, aquí una «chota» y por todas partes muchachos y jóvenes que con las carnes al viento, afectando posturas paradisíacas se fruían en medio de la linfa.

Franz Pereira se bañó junto con los de su familia y tornó al pueblo temprano, mucho antes de la caída de la tarde. Regresó

contento y de lejos miró a Rosario que estaba como una sinfonía de beldad. Además, le hizo una seña prometedora.



Después del baño como todos los días hubo una gran fiesta. La gente se agrupó en torno del toldo rectoral, en donde estaba instalada la orquesta, la cocina y la cantina.

Las notas alegres de las cuecas y de los bailecitos de tierra, poblaban los aires con sonajudas algarabias, y a su son oscilaban los pañuelos, y se retorcían los cuerpos de las mozas en movimientos rítmicos y voluptuosos.

Con este espectáculo delante de los ojos Rosarito estallaba de inquietud; su pensamiento volaba hacia Franz y de pie miraba aquella fiesta con desdén y orgullo. Le indignaba la cara zafia y adiposa del cura López, que bebía como una esponja y que dirigía de vez en cuando alguna palabra de grueso calibre, que habría hecho enrojecer de vergüenza a un sargento de carabineros. Examinaba despectivamente a Juan López y por con-

traste con Franz, lo halló más desgarrado y selvático que nunca.

Ella deseaba marcharse apesar de las esmeradas atenciones que le prodigaban las hermanas de Juan, y sopaban sus ocicos en miel para presentarse afables, amables y todo cortesanía.

Casi todos los concurrentes al ruedo de bailarines estaban completamente embriagados, tan embriagados, que al pasar por su lado podido una persona débil coger una borrachera estúpida. En medio de la calidez de las copas y en medio de lo denso del ambiente, como una serpiente brotó por ahí la insinuación de que bailara Rosario, pues hasta ese instante había permanecido rígida, marmórea y sola, acompañada de sus devaneos, engreída y huraña. A poco las voces clamorearon el coro, pidiéndole que bailara, Rosario se negó con impertinencia, y apesar de eso Juan se adelantó para solicitarle el brazo.

Rosario palideció, alzó los ojos al cielo con altivez señorial y escupió con fuerza:

—¡No bailo con usted!.....

Aquella escena produjo general comentario y risas algareras, incluyéndose algunas protestas.

Doña Patoca asumió enérgicamente su papel de madre autoritaria y tiránica, e impuso con un meloso;

—¡Baila no mas Rosarito!

Don Toribio ante la imposición de su cónyugue bajó la cabeza como un buey cansado y servicial. Su aparente frialdad era un reproche frío a la actitud indigna de su consorte.

Y salió Rosario al círculo que formaban los de la fiesta, impulsada por un pellizco discreto de doña Patoca.

La orquesta tocó una cueca. Las guitarras sonaron audaces y sus notas coloreadas por una pincelada de dulzura o ensoberbecidas de bravura, rimaban con las quenastristonas, con las mandolinas ágiles y murmurantes y con las concertinas quejumbrosas y plañideras.

Rosario al comienzo bailó sin entusiasmo, pero dándose cuenta que en aquel baile se jugaba su prestigio de bailadora de cuecas, bailó con mayor atención.

Llevaba la cabeza levantada, el talle quebrado y garrido, con ondulaciones suaves y sus pies se movían alados sobre las puntas.

Había descendido sobre su nuca la gracia y la sal en forma de una espiral etérea y luminosa, que hacía vibrar sus nervios con fervor pagano, como ejerciendo un rito sagrado. Sobre su cabeza tremolaba el pañuelo que alzaba en alto el brazo al nivel de las pulpas rosadas de sus orejas, mientras que con otro se ceñía en jarras la cadera grácil y peligrosa. Sus pies sobre la seda de la arena trazaban caprichosos arabescos, y el pañuelo arriba, en la bastitud de la atmósfera, construía catedrales de arrogancia y donozura.

Juan López, cachazudo, de movimientos tardos, llevaba la cabeza inclinada como si se fuera a morder el hombro izquierdo, mostraba su incipiente joroba y movía epilépticamente sus piernas en paréntesis, no obstante de que hacía prodigios de habilidad. Meneaba el pañuelo sin arte, y de rato en rato levantaba los ojos para agradecer con la mirada a doña Patoca y a Rosario con las córneas luminosas de deseo.

Las palmas sonaron recio y la cueca estaba en sus últimos espasmos.

Juan López en estos instantes hundió la cabeza como un toro presto a embestir, removió la arena, y avanzó al lado de su pareja,

practicando un arco con el pañuelo y amparando con él el peinado de Rosario.

Rosario seria, convertida en una esfinge, sin pestañar, hierática y triunfal, se levantó un poco la falda, mostró hasta el tobillo y con aire de magestad, bien esbelta, trazó con los pies teorías funambulescas, a las que siguió Juan López como un mochuelo a una flor. Rosario se quemaba de indignación y al propio tiempo concentraba sus sentidos, atenta al baile, que ejecutaba con verdadera devoción de artista.

Las palmadas estallaban y las guitarras parecía que fueran a ser reducidas a menudos fragmentos. Rosario dió la última vuelta como una reina destronada, llena de orgullo y de gracia, inclinó el cuerpo como el cuello del cisne y luego se detuvo automáticamente delante de Juan, al instante en que silenció la orquesta en una actitud de escultura y como una armonía cincelada.

Acabó el baile y Rosario huyó al lado de su padre. Juan López anotó cuidadosamente este nuevo desaire y la miró con un gesto desdeñoso y pueril, pero en lo profundo de su alma saboreaba el fruto prohibido de haber bailado con Rosario y, sobre todo

se sentía jubiloso por el apoyo incondicional de doña Patoca, que se puso en relieve descaradamente con su intervención. Juan desde aquel momento se sintió dueño de Rosario.

* * *

La noche tenía estremecimientos de desposada y las cumbres violáceas de las colinas se hundían en el brazo potente de las sombras. En estas noches de veraneo las calles de Breñas se encontraban alumbradas por las luces de lámparas y velas que se desparaban de las tiendas. La orquesta de los bañistas sinfonizaba un pasacalle, que daba el ritmo a los que formaban la pandilla. La pandilla estaba presidida por el cura López y doña Patoca, luego se engarzaban unas veinte parejas, todas, todas saturadas de aguardiente. La pandilla dió dos vueltas la plaza y poco a poco se fué disgregando en pequeños grupos.

Juan López, Pancho Alvarez y Armando Pérez, ingresaron acompañados de la orquesta al «Biillar la Boz del Puevo».

* * *

Juan López se había transformado rápidamente por efecto de los copiosos tragos de aguardiente; sus ojos estaban acandilados, las ventanillas de la nariz se le ensanchaban y una tos seca le congestionaba el rostro de rato en rato. Llevaba los cabellos caídos sobre la frente y traía el sombrero colado contra la nuca. Sostenía en la mano derecha una copa mediada y cuando alzaba la voz la arbolaba en alto.

Pancho Alvarez y Armando Pérez, estaban igualmente saturados de alcohol.

Los tres amigos ocupaban un ángulo de la cantina y el resto de los que formaban la pandilla estaban dispersos por la habitación, gregorizados otros pequeños grupos.

La voz de Juan López se modulaba amablemente y de cuando en cuando se ahuecaba para subrayar las palabras. Armando Pérez, no obstante su borrachera, conservaba ese su aire elegante y asentía con su vocesita femenina. Pancho Alvarez en su borrachera, hacía lujo de su lenguaje achilenaado. Los tres amigos habían llegado a ese momento propicio a las confidencias, en que la amistad parece estrecharse más al calor del vaho capitoso del alcohol. Los tres eran

uno y lo mismo, olvidaron sus nombres y confraternizaban, haciéndose mutuos elogios, abrazándose con frecuencia y llamándose «hermanos».

—¡Hermano, esta copita!

—¡A tu salud, hermano!

--¡Hermanos!

Y los tres sorbían las copas, casi con premura y dominados por el vértigo del vicio.

Pancho Alvarez refirió una de sus últimas aventuras amorosas, con grandes aspavientos e hiperbolizando trascendentalmente los sucesos.....Sus dos amigos le escuchaban admirados, con mezcla de envidia y de respeto.

Armando Pérez se quejó de su mala fortuna, dijo que había perdido toda esperanza amorosa y que odiaba profundamente a las mujeres, quienes no le hacían ni calor ni frío. Apoyó sus argumentaciones con citas de Vargas Vila y «Malditas sean las Mujeres» de Ibo Alfaro.

Juan López que hasta entonces había permanecido sumido en un hondo mutismo, luego de apurar el contenido de su copa, habló:

—Les voy a contar lo que me pasó esta tarde.....¿Nadie se fijó en mi aventura del río, no? ¡Qué se iban a fijar! La verdad, la verdad ante todo. Hace mucho tiempo que ando enamorado, como les consta a ustedes, de la hija de don Toribio, de la Rosario.....; y a todos ustedes les consta que la tal Rosario me hacía mala cara y que yo le aguantaba sus cosas, apesar de que no debía hacerlo. La muy bandida no me hacía caso, porque andaba de amores, con el Cisquito, con el hombre que más odio y que tantos daños ha querido hacer al pueblo. Pues ella me hizo un grandesaire, cerca de tanta gente en el río.....Su madre que me hace un buen tercio no permitió que me lo infiriera y le obligó a que bailara.....Como ven ustedes, todo esto es por el tal Cisquito, y estoy resuelto a hacer la mayor barbaridad, para eliminarlo del lado de Rosario y quitarle las ganas.....

—Lo pegamos,—apuntó Pancho Alvarez.

—Esa fué mi primera idea, añadió: Y la rechacé porque pegado y todo seguiría sus amores con Rosario. Yo he buscado algo más definitivo y que no dudo dará magní-

ficos resultados. Mi plan es muy fácil y sólo necesito que ustedes me ayuden.

—Oh, hermano; cómo no te vamos a ayudar!—exclamaron al mismo tiempo sus dos amigos.

—Es preciso que mañana amanezca el pueblo sabiendo la nueva. Todo está en que ustedes me guarden el secreto y que obren con sangre fría.

—¡Eres todo un hombre, ché!—elogió a Juan, Pancho Alvarez y después agregó:

—¡Oh, el poder de la palabra!

Juan juntó a sus amigos, atrayéndolos más a su lado y les soltó la bola:

—Que hoy, después del baile, la tomé de la mano a Rosario y le invité un trago y después muchos hasta que se emborrachó,..... Que en ese estado la llevé a un toldo y que allí fué mía.....Y dejo a la voluntad de ustedes los demás detalles. Nada más. Con que esta noche lo cuenten a algunos amigos, mañana sabe la noticia todo el pueblo y luego se queme.....Eso sí, amigos; mucho secreto.

—¿No es más?,—inquirió Pancho Alvarez.

—Palabra, que se cumplirá lo que dices;—asintió Armando Pérez.

—A ver si así logramos que este incoridio de Francisco, salga del pueblo y me deje el campo libre.

* * *

El escándalo que produjo la noticia en Breñas fué piramidal. Todo el mundo comentaba el suceso y la especie falsa iba adquiriendo cada vez mayores relieves y visos de verdad. En los primeros momentos, flotaba en el ambiente cierto escepticismo para recibir la noticia; pero por la tarde no había en Breñas una sola persona que dudase del suceso, claro está que sin contar a don Toribio, a Franz y a Rosario, porque doña Patoca pensaba de igual modo que todo el pueblo.

Cuando comenzó a rodar la bola de nieve y de infamia, fueron Armando Pérez y Pancho Alvarez los que presenciaron el «caso»: más tarde llegaban a veinte y por la noche el número ascendía a la población total de la aldea.

En la tienda de doña Santusa, se reunieron varias mujeres que comentaban el «caso»:

—¿Ha visto usted, con la que nos ha saltado la Rosario?

—¡Ay, por Dios, hoy día ya no se puede fiar en las jóvenes! Cualquiera nos salta con una de estas.....

—Sí yo no la hubiera visto salir del toldo llorando, jamás habría creído de la Rosario.

—Ella tiene la culpa porque el hombre es hombre.

—Yo lo siento por su madre. Lo que es por ella.....

—Yo lo siento por el mal ejemplo. Si estas jovencitas que se educan en La Paz, aprenden todo menos la religión y la moralidad.....

—Hay razón doña, en no mandar a nuestras hijas a La Paz. No hay mejor cosa que el pueblo para educar a las jovencitas y hasta para los varones.

—¿Y ahora, qué pensará su pobre madre?

—Deben no más hacerla casar cuanto antes, para que el escándalo no sea mayor,

porque sino ¡qué va a ser de la pobre chota.....!

¡Ay, sí! ¡La desgracia está en un pelo!—murmuró una de las señoras que había permanecido callada.

* * *

A los oídos de Franz llegaron las befas que todos los mozos del pueblo hacían de su persona y los elogios que se producían en honor de Juan López, quien con su infame y mentirosa aventura había conseguido ser puesto unos cien codos por encima del suelo.

Durante muchos días Rosario y Franz fueron el pasto de las murmuraciones y cada breñosano, elaboraba su leyenda a su propio sabor. Al rededor de la infamia se construyó todo un castillo de detalles, so color de información unas veces y de compasión otras. A él se le tomó por la burla y el sarcasmo y a ella se la trataba como a una hembra fácil, y poco menos que una aprendiz de prostituta«¿Si la quiere tanto que se case?»; era la frase usual que empleaban los jóvenes, para comentar el «suceso».

No obstante, de la difícil situación que vino a crearse entre Rosario y Franz, debido a la vigilancia de su madre y a la maledicencia despiadada del pueblo, los enamorados tuvieron algunas entrevistas pobladas de protestas de amor y en las que llegaron a resolver su casamiento a todo trance y a despecho de doña Patoca y de Juan López.

* * *

Don Toribio paseaba intranquilo por su dormitorio, frotándose fuertemente sus largas y espesas patillas. Todo él estallaba de inquietud y envuelto en una desesperación sin límites, mascullaba entre dientes:

—Yo voy a La Paz a arreglar esto!..... ¡Infames, infames!. ¡Canallas, canallas! Yo voy a La Paz a arreglar esto..... Les siento la mano a estos criminales..... ¡Criminales, criminales!.....

Rosario escuchaba imperturbable y serena el patético soliloquio de su padre, y decía: ¡Qué va arreglar mi padre yendo a La Paz! No le comprendo. Y luego insinuó a don Toribio:

—No me doy cuenta, papá, sobre el motivo de su viaje!

—Eres muy niña para calcular lo que sufro con esta vilezaAllí en La Paz arreglaré todo. Yo sé, como tú bien lo sabes, que el autor de la infamia es el «candelero», pues yo me largo donde el obispo o donde el Papa de Roma, para hacerlos votar a estos malhechores, al cura y a su familia.....¡Ya verás!

—Es un viaje inútil el que piensa usted hacer, papá. Está usted demasiado afectado al corazón.....

—Si precisamente viajo por las dos cosas: para sentar la mano al cura canalla y para curarme. Este golpe me ha hecho mucho daño. Así es que mañana viajo y ya puedes disponer unas mudadas y algo que comer.

—Sabe usted, papá

Rosario bajó la cabeza y a sus lozanas mejillas asomó un ténue velo de rubor, e interrumpió su comenzada frase:

—¿Qué es lo que sé, Rosario? Habla hija.

—Sabe usted papá.....

—¿Qué?

—Sabe usted, papá, que Franz. el hijo de don Primitivo, quiere hablarle,..... y puede que lo busque.....

—Pues dile que cuente con mi voluntad y que todo lo arreglaremos a mi vuelta de La Paz, cuando los hayamos sacado del pueblo a esos bandidos.

—¡Es usted muy bueno, papá!

—Te casarás con ese hombre porque se quieren y nada más..... Ya sabes que no te impongo nada. Pero antes hay que sentar la mano a estos canallas.....

Al día siguiente don Toribio besaba a su hija en la estación y decía a doña Patoca.

—¡Cuida mucho a Rosario!



La muerte

Don Toribío regresaba a la lumbre de su hogar en un rincón de un coche de segunda, hecho una rosca, presa de extraños escalofríos y ansioso de que arribase pronto el tren a su poblado. Concentraba su pensamiento, como para ayudar con esa fuerza a la desplegada por el vapor, cambiaba de postura a cada momento y se menzaba súbitamente, después el corazón le comenzó a latir violentamente y sintió un vago desfallecimiento y sus ojos se iluminaron por una luz mortecina.

La hipertrofia al corazón de que padecía don Toribio se había agravado hondamente en su viaje y con los trastornos y padecimientos morales de los últimos días. Su

viaje había sido totalmente estéril, buscó al ilustrísimo obispo más de cien veces habiendo cada una de ellas recibido respuesta negativa. Don Toribio no se olvidaba de la cara enjuta del familiar del obispo que le dijo:

—Su ilustrísimo está ocupado. Vuelva usted otro día.

Regresaba a su pueblo saturado de desilusión y con todas las esperanzas perdidas. ¡No había podido sentar la mano a ese cura canalla y a su hijo!

El accidente, al parecer fugaz que sufrió en el tren don Toribio, no fué notado siquiera por los demás pasajeros. Todos le miraban indiferentes, gélidos, creyendo que el señor de las patillas se había dormido.

En efecto, don Toribio parecía dormido tenía los ojos cerrados, el corazón le latía con más violencia, como si quisiera escaparse junto con él la vida, apretaba los puños y luego sintió una placidez en todo el organismo y un sentimiento de suavidad en todo lo que le rodeaba.....El ruido del tren se le antojaba una sinfonía magnífica y los olores múltiples del vagón le subían a las narices en forma de deliciosos perfumes, y por último su piel semejaba habersele convertido en terciopelo, dotada de extrema sensibilidad

que le hacía perceptible todo lo que palpita-
ba en su torno. De pronto abrió los ojos,
miró por todos los ámbitos del vagón y sin-
tió que una mano le apretaba la garganta
como para estrangularle, tentó gritar y no
pudo; quiso levantar un brazo y tampoco pu-
do.Por algunos instantes miró, cuanto le
rodeaba y escuchaba exactamente los ruidos
que poblaban el vagón.....Y voló su pensa-
miento hacia los de su casa, recordó a Rosa-
rio y la miró esperándole en la estación, vió
a su mujer sentada sosegadamente esperan-
do el tren.....Pensó en el porvenir de Rosa-
rio, en Franz Pereira; la vió rodeada de mu-
chos hijos y él se sintió abuelo con unas bar-
bas largas.....Recordó con terror las simpa-
tías de su mujer por Juan López, y se pre-
sentó Rosario vestida de novia del brazo de
Juan López, y después madre, joven, pero
marchita, flácida.....y pronto la vió muerta.

El corazón le dió un vuelco más violento
que los anteriores y ante el lienzo del recuer-
do de don Toribio, desfilaron sus luchas ju-
veniles, sus ansias infinitas de formarse una
personalidad, sus amores, sus lances revolu-
cionarios del tiempo de Linares, sus aventu-
ras íntimas, los amores románticos y locos
con doña Patrocinio. ... Se le presentó la imá-

gen de su madre moribunda y la figura de su padre anciano. Vió a Rosario niña, y con pasmosa fijeza recordó los deseos que abrigaban para ella; veíala casada con un general que lucía sus plumas pintorescas, o de abadesa en un monasterio..... Las imágenes y recuerdos se le truncaron, al sentir que el estrangulamiento que sufría en su garganta era más intenso y más vigoroso, cuando vió aparecer las imágenes de Voltaire y de Renán.....

Aquellos hombres simbolizaban la religión y la ciencia, para el viejo incrédulo..... Repugnó la idea de Dios y de su religión, mirando a su frente la cara adiposa del cura López; pero después se alzó en su alma un deseo de idealidad y el sedimento religioso que la cubría, sufrió una gran alteración, y vió la imagen de Cristo, pura, alta y noble.... Cristo simbolizaba para él, en esos instantes supremos, la Caridad, el Altruismo, el Bien, la Justicia, la Belleza, en fin, Dios.

Y el viejo ateo que había vivido en pugna durante toda su vida, con la religión católica y odiando al cura López que se le antojaba la encarnación abyecta de la religión del hombre de Galilea: canalla, inmoral, ruín....

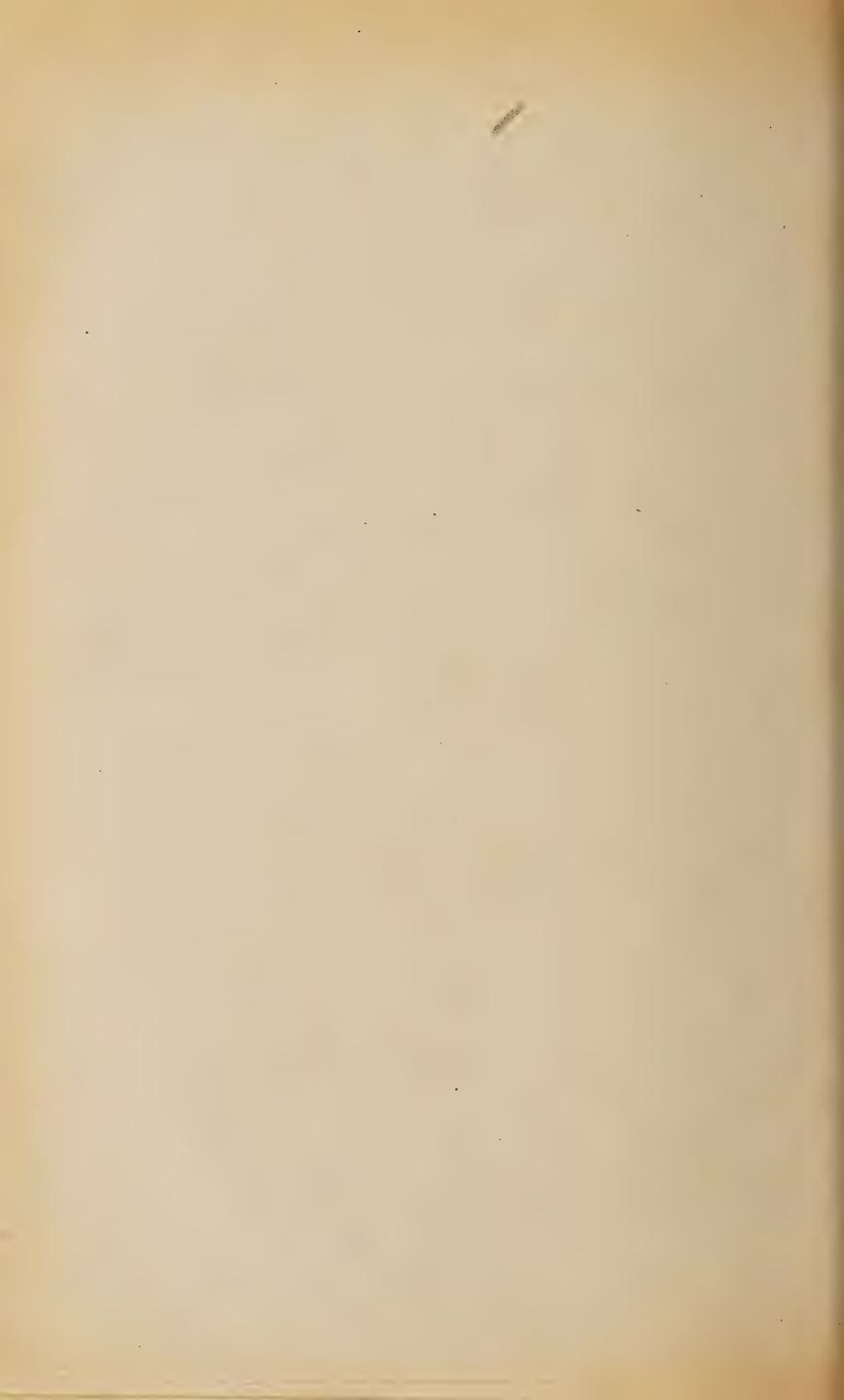
Y don Toribio lió el petate, con estos y otros pensamientos dentro del cerebro.

Faltaban solo tres kilómetros, para llegar a Breñas, y un arriero, que estaba a un brazo de distancia del cadáver de don Toribio, le empujó, creyéndolo aún vivo:

—Arregle señor sus bultos, que ya llegamos.

Don Toribio siguió extático, lívido, frío, y es entonces que se alborotaron los pasajeros, en una forma inusitada; las cholas le vaciaban en la boca copas de pisco, otros le gritaban al oído..... pero era tarde. Hacía más de media hora que don Toribio era difunto.





Lo trágico

Franz había recibido noticias de que llegaría don Toribio y fué a la estación, no precisamente por darle la bienvenida, sino por mirar, allí con ese motivo a Rosario.

El tren debía llegar a las cuatro y media y el reloj de Franz marcaba apenas las tres y media. Se dedicó a pasear por la estación de Breñas, que estaba completamente escueta.

La estación de Breñas, se alzaba roja y solitaria sobre el arenal, muy próxima al río y distante del pueblecito como dos kilómetros.

En torno de la estación había algunos vagones de carga rellenos de carbón y «to-

la».....Aliá a la media cuadra está la casa del «cambista». Aquí en la estación, como en Breñas todo era sosiego y paz, inercia y soledad. El silencio esa tarde era roto por el suave murmullo de las mansas aguas del río y por el silbido melancólico del viento. Los cables del telégrafo vibraban y en la habitación del jefe de estación sonaba el crac crac del manipulador.....

La estación era después del río otro monumento que ostentaba el pueblo de Breñas, gracias a la iniciativa del diputado por la provincia y era como el grito del progreso en medio de aquel campo extenso y desolado. La estación del ferrocarril había sido el sueño largo que habían alimentado los breñosanos; firmaron actas para solicitarla y durante mucho tiempo fué el jarabe mágico con el que dulcificaban el ánimo de la multitud pueblerina los candidatos que desfilaron por la provincia y que se dignaban visitar el cantón..... ¡Oh, la estación! ¡El tren!..... Eran palabras semejantes al semo de la fábula para las buenas e ingenuas gentes de Breñas que pensaban que con solo el paso del tren por Breñas, aquello habría de transformarse, brotar la abundancia y el oro, y que el bien estar se desparramaría por aquellos campos

estériles como el agua que brota de la estéril roca, al ser tocada por la vara mágica de un Moisés.....Había pasado el tren por Breñas, pero el espíritu de los breñosanos permanecía el mismo, apegado a las tradiciones: conservador, huero, ocioso, malediciente, alcohólico. Había pasado el tren; pero no se movió ningún brazo para mover las entrañas de la tierra. Los breñosanos, pensaban que habían progresado mucho, por que tenían estación, y sobre todo jefe de estación, a quién le llamaban sencillamente «el jefe».

El progreso es algo más interior—se decía Franz—y luego agregaba: el progreso es la fuerza moral que anima el espíritu del pueblo. La suma de cien hombres buenos, justos, sanos, hace un pueblo progresista. Pero Breñas.....¡Breñas!. Los breñosanos son alcohólicos, son degenerados, mezquinos, que con lo único que contribuían al sostenimiento de la patria y del Estado, eran con sus vicios. ¡Pobre Breñas! Aquí el pito de la locomotora no ha traído una sola acción bondadosa, una manifestación de arte, de belleza, de justicia, y ha traído lo que los breñosanos llaman su progreso. ¡Qué espectro de progreso y de civilización!

La estación se fué poblando poco a poco con algunos indígenas que llegaban jadeantes, creyendo hubiese pasado el tren. El espectáculo aquel dispersó el espíritu de Franz quien se dió a mirar cuanto le rodeaba, inquieto, porque no llegaba pronto Rosario.

Atrajo la atención de Franz un hombre de aspecto huraño, de unos cuarenta inviernos y picado de viruelas que lucía una gorra con resplandeciente bisera. Aquel hombre era el jefe de estación, a quien sólo llamaban «el jefe» por antonomasia. Este hombre era una de las víctimas del progreso de Breñas, un hombre sufrido y lleno de santa resignación cristiana que había quemado todas sus esperanzas y vivía allí, en la soledad de la estación, atendiendo al telégrafo y viendo pasar los trenes; un pobre hombre que vivía al minuto; todo, todo tenía que hacerlo con sujeción a horario fijo. Dormía a una hora fija, y hacía todo al minuto. Un pobre hombre convertido en mecanismo. Era hosco y hasta parecía malvado. Tenía el alma helada por la soledad y el silencio. Un pobre anacoreta que tenía por calavera un reloj y por cruz el manipulador del telégrafo. El jefe charlaba todos los días, cuando llegaba

el tren con el conductor y con el correista, después se distraía, comunicándose con el otro jefe. El domingo subía al pueblo y charlaba con el cura, con el maestro, con el agente cantonal; allí bebía un poco de cerveza, y luego se despedía apresuradamente porque era su hora y tenía que atender la línea..... Este hombre era el jefe y se llamaba Tadeo, don Tadeo.....

Franz paseaba a lo largo del andén, soportando el fuerte viento que le azotaba con rudeza la epidermis y le hacía tremolar las ropas..... Rosario acompañada de su madre y seguida de la familia, llegó a la estación a las cuatro. Doña Patoca mostraba las cejas fruncidas y estaba rostrituerta con Franz y contestó al saludo de éste con indiferente frialdad. Rosario estaba amable y miró a Franz con dulzura, como para sorbérselo. Rosario pareció a Franz, esa tarde, nimbada de belleza y se le antojó encantadora y la miró con intensa fruición.

Doña Patoca, su hija y la imilla saludaron al jefe:

--Buenas tardes, don Tadeo!

--Buenas tardes, señora Patrocinio!

Franz prosiguió paseando en inteligencia de miradas con Rosario. Los minutos avanzaban lentos, tardos, y casi no corría.....La estación continuaba poblándose de gente; llegaron algunas muchachas, varios mozos, cholitas e indígenas, ya para viajar o para recibir a sus parientes o simplemente para pasear, pues que el paseo en la estación era uno de los deportes favoritos de las señoritas y señoritos de Breñas.

—El tren está en la toma de agua!—gritó Rosario.

Efectivamente; apareció la máquina, jadeante. El corazón le saltaba de gozo a Rosario; doña Patrocinio estaba hecha unas castañuelas y a Franz, la llegada del maestro también le agradaba.

Pitó la máquina y a poco paró. Corrió Rosario a la ventanilla del tren, en tanto que doña Patoca fué a esperar la salida de su esposo a la puerta del vagón. Franz observaba los movimientos y andares de Rosario.

Es en estas circunstancias y en medio del bullicio de la gente, el movimiento de baules, los gritos de los pasajeros que se escuchó la voz sonora y trémula de una cholita:

—Hemos viajado con un muerto!

* * *

La casa de doña Patrocinio era el tablado, en donde se representaba el epílogo de la tragedia del tren.

El comedor de los Quiroga había sido transformado en sala mortuoria. Las paredes estaban ornamentadas con tules negros que fueron prestados de la tienda de doña Tomasa, y a través de los cuales se veía claramente los cromos que estaban pegados contra el empapelado. Las paredes estaban rodeadas por una docena de sillas, destinadas a ubicar a las personas que concurrían a la desgracia. El centro de la habitación estaba ocupado por un catre de hierro desvencijado y viejo, sobre el cual yacía extendido el muerto. Don Toribio tenía la cara descubierta y sostenía su mandíbula un pañuelo que llevaba las iniciales de Rosario.

El viejo maestro está rígido, enfundado en su levita negra, en aquella con que concurrió a todos los actos trascendentales de su vida, pasando por su casamiento, padrinzgos, jura de cargos, bailes, exámenes, hasta exhibirse en un catre desvencijado..... Los zapatos de don Toribio conservaban las huellas de las mediazuelas, recientemente colocadasSus manos huesudas calaban guan-

tes blancos y entre sus cruzados dedos se equilibraba un crucifijo.

Las cuatro velas que parpadeaban en la habitación, la cara macilante del cadáver, el aparato pobre con que estaba rodeado y el llanto de una comadre que rociaba su memoria, conmovieron hondamente a Franz, cuando entró en la sala mortuoria.

Franz miró a don Toribio y comprendió que no era la enfermedad la que había muerto a ese pobre hombre. En su rostro estaba puesto de relieve que el puñal envenenado había mordido el corazón del maestro. Era la amarilla mano de la envidia que movida por un canalla le había asesinado. Era la lengua ponzoñosa de un malvado la que había extrangulado esa existencia. La imagen de Juan López se presentó ante Franz, y tembló de ira. Aquel espectáculo le exaltaba sus nervios de hombre honrado y también tembló de vergüenza al acordarse de aquella fauna de Breñas. Y dijo: es preciso despreciar a esa gente de Breñas y no a Juan López, porque este desgraciado, no es más que una floración espontánea y magnífica del me-

dio. ¡Este hombre ha sido muerto por esos canallas!

✱ ✱ ✱

Entraban y salían las mujeres enlutadas al salón donde estaba tendido don Toribio, le miraban con curiosidad y cuchicheaban:

—Pobre don Toribio!

—Pobre!

—Y tan bueno que era!

—Yo le he visto antes que se vaya a La Paz.

—Yo le ví el otro día no más, con su capita y paseándose con su mujer, y todavía me saludó.

—¿De qué moriría, no?

—Ay! ¿No ha sabido usted?

—De un colerón.

—¿Y por qué sería, no?

—Que no supo usted; que en el pueblo se comenzó a hablar mal contra su hijita, a quien quería mucho.

—Ah!.... ya caigo.....; me habla usted del resbalón que tuvo con el candelero.

—Dicen que no hubo nada y todo fué una «calumnia».

--Ay, Dios mío; la gente! ¡Qué boca de la gente! ¡Venir a ocasionar una desgracia así.....

* * *

Doña Patrocinio estaba refugiada en su dormitorio, que permanecía en una discreta penumbra en medio de la cual se podía percibir a la señora acurrucada en un rincón, sobre un rimero de camas, con la cabeza atada con un pañuelo de Madráz, rojo, y tapada con una manta. De rato en rato, doña Patoca, cuando entraba a saludarle algún conocido, producía su pucherito. Rosario estaba junto a su madre, mostrando una mentida serenidad y calma. La muerte de su padre era para Rosario una doble catástrofe, porque enterrando a don Toribio, enterraba a sus más brillantes y amadas ilusiones, se le cerraban todas las puertas de la felicidad; desde luego su madre no permitiría que se case con Franz. Era, pues, una segunda tragedia la que se representaba en el corazón de Rosario. ¡Algo terrible!

* * *

En una habitación próxima, abejeaban en torno de un «anclo» de pisco, los amigos del difunto. Allí estaban los mismos de siempre, ávidos de beber y convertidos en vampiros de la pipa de pisco. Bebían hablando en alta voz y con esa alegría postiza que comunica el alcohol, sin acordarse para nada del muerto y actuaban con la misma naturalidad y franqueza que si estuviesen instalados en el billar. Allí estaba Juan López con toda su jauría.....

* * *

Soplaba un helado viento de invierno, cargado de arena que a su paso azotaba las ventanas y las puertas. Apenas eran las cuatro de la tarde y parecía que la noche se había adelantado aquella tarde; el cielo se hallaba tachonado con densas nubes y parecía anunciarse una tempestad. El viento apagó las velas que llevaban dos chiquillos, disfrazados con trajes de monaguillos.....; tras ellos venía el cortejo.

El humilde féretro era sostenido por unas tiras de género blanco que llevaban el corredor, Perico Sánchez, don Telesforo y Juan

López, el féretro pasaba ese instante por la puerta del corregimiento, no llevaban a don Toribio en brazos por demasiado cariño, sino porque en el pueblo no existía un carro para trasladar difuntos. El cura López venía tras del féretro, mascullando latinajos. Cuando el correo llegaba a una esquina el cura López cantaba un responso en latín y rociaba con agua bendita el ataúd.

—Pater noster..... Requiescat in pace.

—Amén.

Detrás del cura López venía una muchedumbre de cincuenta personas entre hombres y mujeres, es decir casi toda la población de Breñas.

Sonaba el viento y el cortejo iba pausadamente y en medio del silencio de la aldea solo se oían los latinajos del cura López y los dobles trágicos que esparcían las campanas. Aquel era un entierro triste, profundamente triste, no había una sola flor, no hubo un solo discurso, pues el pueblo perdía con don Toribio el único orador fúnebre que solemnizaba los entierros.

Para don Toribio no hubo discurso, no hubo lágrimas

¡Pobre don Toribio!

El cortejo se detuvo en la puerta del cementerio.

El cementerio de Breñas casi no era un cementerio. No inspiraba terror ni respeto, ni siquiera tristeza; era algo anodino; pero doloroso, algo así como un Breñas pequeño; un campo yermo, rodeado por una pared baja en cuya parte delantera estaba la capilla. En el cementerio había en total unos cien nichos, enjabelgados, ruinosos, sin una flor, y sin un epitafio alegre. En el cementerio de Breñas no había un solo árbol, todo era desolación. En el suelo había clavadas cruces de toско palo, unas cruces negras lastimosamente descoloridas. Allí todo estaba muerto. Todo, hasta la naturaleza. El cementerio de Breñas era la imagen de la muerte.

Allí, en la capilla, el cura López cantó otros responsos y luego don Toribio fué trasladado a un nicho, en el cual se acostó el pobre maestro como un inmigrante, al otro mundo.

* * *

Después del entierro se bebió en el pueblo, con pretexto de lavar las ropas del finado y con motivo de la celebración de los ocho días.

Rosario estuvo todo aquel tiempo, en compañía de su madre, cerrada en su habitación, sobrecogida de dolor y pensando en Franz.



Lo infame

Doña Patoca, permaneció por muchos días más, cerrada en su alcoba, embebida en la semiobscuridad que tenía el aire de luto, haciendo pucheritos para todas las personas que iban de visita y lamentando a cada momento la muerte de don Toribio, pintándose ante los ojos de todos como la esposa más amantísima y tierna que pisara la tierra.

En estas circunstancias la visita del cura López, fué para doña Patrocinio, como dice el pueblo, un solazo a media noche.

Doña Patoca se desentumeció, cobró agilidad insólita, dejó su postura monolítica y corrió a invitar asiento al cura López. El presbítero, no obstante de que en sus rasgos exteriores demostraba mucho dolor por su

actitud de seminarista disciplinado, demostraba por el resplandor de sus ojos una cierta alegría inconfesada.

El cura López abrazó tiernamente, paternalmente a la viuda del maestro, hubo largos instantes preñados de silencio, que después doña Patoca desgarró con rítmicos jipios.

—La vida, la vida, misia Patrocinio!..... Más cuenta con Dios el desdichado que el feliz; ya tendrá usted días de dicha, misia Patrocinio.....; un poco de paciencia.

—¡Ay, tata!Qué quiere usted; ha sido una sorpresa. ¡Pobre Toribio!

—Pobre don Toribio, tan bueno que era, apesar que en esta última temporadita se me puso medio enojado. En fin, ya ha descansado.

Hubo otro silencio más prolongado aún que los anteriores. El cura López se frotaba la frente como amasando pensamientos, en tanto que doña Patoca, casi le miraba con dulzura con sus ojos pimentosos, y luego el cura enhebró el diálogo:

—Olvide usted de las cosas tristes, misia Patrocinio! Tras de la adversidad está la dicha, misia Patrocinio.....; y usted tiene

la dicha en casa. No tiene usted más que hablar.....

—Usted es tan bueno, tata, y ya que lo quiere usted, que venga.

—Ha llegado la hora de que mi Juan se case con Rosario. Me figuraba que don Toribio no guardaba simpatía de ninguna clase por mi Juan, así es que como usted es la que dispone, yo creo que no habrá inconveniente.

—Así es «tata».

—Rosario será la mujer de mi Juan.

—Pero.....es que.....

—¡Oh, misia Patrocinio! Usted me lo prometió, y ahora no hay pero que valga. Todo está hecho.

--Es que a esta niña se le ha metido en la cabeza que si no se casa con el hijo de don Primitivo no se casará con nadie, y sobre lo mismo me he pasado luchando todos los días y con lo que su padre la alentaba con sus ideas libres, claro que la otra se encaprichaba más.

—¡Bonito papel jugaría usted, misia Patrocinio, si se dejase usted guiar por los sentimientos de su hija! ¡Qué sabe ella del mundo y de la vida! Y además yo creo que no aceptaría usted por un solo momento que

Rosario se case con un loco, ateo y adúltero, con el hijo de un ladrón! Usted sabe bien, que cuando las conveniencias de la vida entran por la puerta, el amor zafa por la ventana; no es, pues, preciso que se amen dos jóvenes para casarse, basta con que tengan con qué vivir.....Lo dicho misia Patrocinio, Rosario se casará con Juan.

—Mi deseo es precisamente ese; pero la niña llora, terquea y después vuelve a llorar, dándome con este motivo una vida de perro.

—¿Usted quiere o no, que Juan se case con Rosario?

—Sí!

—Y entonces, ¿a qué viene aquello de que la niña no quiere? Con que usted consienta y a demás que si de amor se trata, mi Juan la quiere del tamaño del cielo y se está haciendo almíbar por la niña.

—Así es, tata.

—Pero, veo que está usted indecisa misia Patrocinio?

—No, «tata», de ningún modo.

—Además, debe usted considerar la desgracia ocurrida entre ellos! cosas de jóvenes que es preciso remediarlas a tiempo! Y a lo hecho pecho. ¿Han pecado los jóvenes? pues casarlos; este es un motivo más. Mire usted;

sin que ella lo sepa, mañana corro las diligencias del caso, secretamente, suprimo las proclamas del domingo y todo está listo para el jueves.....; usted no tiene que preocuparse de nada, correrá por mi cuenta todo, todo.

—Y no sería bueno hablarla a la niña, tata?, ¿y que usted la convenciera?

—Sí, la hablaré: pero después.....¿qué urgencia tiene ella de saber nada de lo que pensamos? A ella le basta con casarse. ¿Para qué saber su opinión?

—Vaya, pues, tata; ya que usted lo dice.....

—Ya verá usted, que gracias a nosotros serán felices los muchachos y no se harán pesar nunca de ello.....; y mañana mándemela a Rosario a la iglesia, para que le hable de su falta. ¡Tiene que enmendarla ante Dios! ¡Qué barbaridad la que hicieron estos muchachos!





Idolo roto

El plan fraguado por el cura López se cumplió a las mil maravillas y en consecuencia la pobre Rosario cayó en las garras de Juan López.

Rosario fué advertida por su madre:

—Hoy ha llegado el día de tu felicidad. He consentido en matrimoniarte con Juan López.

Rosario quedó suspensa ante tal noticia, sus ojos espejearon como dos lunas antiguas y un estremecimiento de cólera le agotó todo el cuerpo y calló bajando lánguida y resignadamente la cabeza.

Doña Patoca la miró airada y gruñó:

—¡Está todo arreglado!

Rosario miró a su madre con mirada fulgurante, que era como un bofetón y se echó a llorar.

—¡Haz el favor, Rosario, de no saltar con estas a última hora, que vas a tener una mala cara de novia!

—No me hable usted,—protestó Rosario.

—¡Eso dices a tu madre!.....

—Sí, a mi madre; yo no me casaré con el candelero.

—Mala hija; puerca. Te casarás con él porque yo lo mando.

—¡Me mataré antes!

—Infeliz!.....Hija desnaturalizada!! Dios te castigará!

—Diga usted lo que quiera. Yo jamás me casaré con ese hombre y no le obedezco, porque usted no es mi madre, sino una fiera, que me está usted vendiendo al cura López...

—¡Habla, habla!....., que no te queda otra cosa, y aunque no quieras te casarás con el hijo del cura, con ese que tú llamas candelero.

* * *

Rosario tenía la garganta seca como un horno, las palabras se congestionaban y la lengua no articulaba palabra, y presa de un ataque nervioso se derrumbó sobre el pavimento.

Doña Patrocinio echó al viento un grito desesperado en el instante preciso en que se presentaron el cura López, Juan, don Remigio y el corregidor, debiendo estos dos últimos actuar de padrinos, doña Petronila la corregidora y don Telésforo, acompañados de doña Santusa.

Este grupo era seguido por doña Rosaura, la querida del cura o la «mula» como le llamaban en el pueblo, que traía el traje de novia, acompañada de sus hijas, y de veinte personas más, entre los que se contaban los amigos de Juan López.

Rosario vuelta en sí del accidente se encontró rodeada por una multitud, que poco a poco fué desocupando el dormitorio.

—¡No, madre; no, madre! —gritaba violentamente. Rosario.

—Pero Rosario, sea usted reflexiva —la dijo el cura López, y agregó:

—Usted no es una niña, para que piense usted en locuras..... Eche usted de ver su por-

venir.....Mi Juan tiene su capital y podrán vivir felices.

—¡Si no lo quiero, tata López!

—Oh, eso no importa,—arguyó cacha-zudamente el cura. Una vez que se case tendrá usted tiempo para eso y se acostumbrará usted con mi Juan, que es un joven de buena índole.

—¡No y no, tata!.....Sería muy desgraciada.

Doña Patoca habló imperativamente:

—Digas lo que digas, ya no puedes dar pie atrás. Todo el pueblo lo sabe; tu traje de novia ya está cosido, y en fin, todo está dispuestoYa está, Rosario, es necesario que te vistas.....

—¡No y no, madre!—dijo Rosario erguida altivamente y con firme resolución.

Luego intervino nuevamente el cura, suplicante:

—Juan la quiere, Rosario.....Esté usted segura. La ama, será usted feliz con él. No tendrá usted que pensar en nada.....Nadie le impone, por lo demás, que se case con mi Juan, solo que los gastos ya están hechos y ni usted ni su madre me lo reembolsarán..... Así es que puede usted determinar lo que

guste, siempre que me cuente usted el importe de los gastos que he hecho.

Rosario se quedó perpleja y se avengonzó pensando en su situación; pero no obstante de esto, se acordó de Franz y tornó a negar rotundamente.

—No me casaré!

La presión moral ejercitada por el cura López y doña Patoca, amenazas y coacciones acabaron por acorralar a Rosario, y en un supremo momento de locura y de cólera, ante el egoismo de su madre y ante el deseo faustesco de Juan, dijo que sí. Dijérase que aquella era una resolución de suicidio, de eliminación moral.

Es así como se consumó el crimen del cura López, estando el muerto en pie.

* * *

El brillo de los ojos diminutos y rientes de Rosario, persiguió a Franz, clavado fijamente en su cerebro con la tenacidad violenta de una obsesión, y en cualquier sitio, tropezaba con esos ojos que le miraban con la mirada panda y acariciadora de Rosario.

Aquellos ojos eran para Franz, como la cristalización de su amor, y en esos momentos, en ellos estaban reasumidos todos sus ensueños de amor, era Rosario, su dicha, Representaban para él la estrella que guía a los navegantes en las borrascas del mar, y él la había perdido.....

¡El amor!..... Aquella palabra tan encantadora, tan compleja, que es la vida y la armonía, sonaban a sus oídos como el ruido de un cencerro; era una de tantas palabras sin sentido que se venía a agregar a su diccionario.

¡Rosario!..... La buena, la santa, la noble había huído de la orilla de su vida, y con ella toda la dicha, todas las esperanzas y toda la felicidad. El casamiento de Rosario representaba para Franz un doble fracaso. La pérdida de una ilusión tiernamente acariciada durante muchos años, el sueño de tener una mujercita y llevar con ella una vida burguesa y buena con sus pequeños detalles, naufragaba estrepitosamente..... Luego, lo más hondo, lo más trascendental, aquello interno que hablaba a su egoismo; veía roto el último ídolo que forjó su fantasía, para salvarse del derrumbe espiritual a que estaba condenado. Ahora, perdiendo a Rosario, lo

había perdido todo y hasta el amor se burlaba despiadadamente de él y con un gesto de desdén entregaba a su Rosario en manos de Juan López.

Y Franz, desde las raíces de su organismo senestésico, sentía ascender un grito de protesta, de indignación, de ira que se desparramaba por todo el cordaje de sus nervios apasionados y avanzaba en oleadas hasta la garganta, asfixiándole, hasta que su boca estallaba en un basurero de injurias, de frases cargadas por el peso de sus maldiciones y anatemas, para Juan López, para Rosario....

Los ojos de Rosario le seguían.

Como en un delirio de enfermo recordaba con doloroso acento, cuanto le relacionaron sobre el matrimonio de Rosario con Juan.

Veía a Rosario, allí en el borde del altar vestida con un traje de gasa blanca, cursivamente ataviada, luciendo por la pequeñez del vestido las botas blancas que le aprisionaban cruelmente las pantorrillas. La corona de azahares puesta sobre su cabeza así como el velo que le chorreaba desgarradamente sobre sus hombros, sus manos toscas aguan-

tadas, su cara tristonada en la que se ofrecían sus ojos empañados, hicieron sonreír irónicamente a Franz. ¡Pobre muchacha!—exclamaba. Pero aquel ¡pobre muchacha! más bien significaba ¡pobre Franz!, ¡qué desgraciado eres!

Y prosiguió su excursión por la iglesia, miraba la cara de Juan López, sus cabellos alborotados, sus ojos como si se le fuesen a escapar, su corbata en fuga, la camisa del frac desvencijada, sus pantalones apretados y sus zapatos crugientes.

De prorto Franz tuvo un gesto de asco de estremecimiento medular, cuando el cura López, disfrazado con sus ornamentos sacerdotales, el libro de los evangelios en la diestra y luciendo su berruga en la nariz, con voz tosca, dijo unas palabras en latín y los declaró casados, por obra y gracia suya a su propio hijo y a Rosario. Franz, procuraba no detenerse a considerar ese detalle, que había destruido su vida y había estrujado su porvenir como con un puñal de encrucijada.

Franz salió de su soliloquio mental sin querer dar pábulo a que las ideas de repugnancia hacia Rosario, que comenzaban a fomentarse en su cabeza, adquiriesen volúmen. ¡Sí

sí—se decía Franz,—indudablemente que Rosario ha sido una víctima de la angurria y de la mogigatería de su madre. ¡Pobre Rosario! Ha sido vendida como una negra y ella será ultrajada por las manos repugnantes de Juan López, su boca de vasija de alcohol, se posará sobre sus labios finos y rojosEsto repugnaba a Franz, y después la veía convertida en una incubadora cristiana de procrear, sin amor y más bien con todo el odio reconcentrado dentro de sus entrañas.

Los ojos de Franz se empañaron levemente y asomó a ellos una nube cargada de lágrimas que le subía del pecho: pero un gesto de virilidad y un ademán vigoroso le contruyeron en sus manifestaciones de dolor, y Franz no lloró.

Luego se asomó a la ventana de su habitación; un crepúsculo glorioso se apoderaba del cielo; las nubes se iban tiñendo de púrpura y escarlata despaciosamente, a medida que el sol ocultaba sus últimos rayos en el horizonte..... Y recordó aquella tarde que conoció a Rosario, y pensó que ese instante se encontraba en brazos de Juan López, en su finca, viviendo en una casa rodeada de in-

dígenas, y gozando de la felicidad que el cura López y doña Patrocinio les habían proporcionado.

La noche avanzaba, envolviendo la aldea en un polvo de negrura, y la mente de Franz se erizaba del más hondo pesimismo, por el terrible derrumbe sentimental que acababa de sufrir.



El águilucho

La vida gris, opaca y sin ondulaciones que llevaba Breñas suspensa en un sopor de muerte, poco a poco se fué apoderando de Franz y sorbiendo su espíritu. El Franz de cerebro brillante y batallador se tornaba en descolorido y resignado; había reasumido toda su filosofía compleja y honda en estas dos frases. «¡Qué me importa! ¿Y a mí qué!», que representaban su abulia y la elasticidad floja de sus nervios. La laxitud enfermisa de Breñas, ese vaho de muerto que cubría el ambiente del pueblo se infiltraron queda e incesantemente en Franz hasta que un buen día de esos estrujaron completamente.

Franz comenzó por no darse cuenta de su estado espiritual, primero sintió que se fatigaba con los libros, pensó que la lectura le hacía daño, sumiéndole en el más suave y deleitoso sueño. Presumió que padecía una enfermedad nerviosa y renunció a la lectura, sintiéndose aliviado de una gran tiranía. Se dedicó, para distraerse de sus preocupaciones amorosas y de sus inquietudes íntimas a ayudar a los negocios de su padre y aquello pronto llegó a fatigarle; pero lo cierto del caso es que don Primitivo tuvo una fuerte quiebra durante el tiempo en que Franz se metió a gobernar sus asuntos.

Convencido Franz de que tampoco servía para los negocios se abandonó a sí mismo, sin preocuparse de nada, abandonado, bostezaba largamente y siempre se encontraba dominado por un deseo de dormir. ¡Dormir, dormir.....!

Era, pues, el mal del pueblo que se había apoderado de Franz, se encontraba embebido por la misma inercia y decidía que todos los habitantes de Breñas. Es decir que Franz, comenzaba a adaptarse a Breñas, y su epidermis antes sensible a la vida fatigada del pueblo, se cubría por un denso aluvión de in-

diferencia, de ocio y de sueño. Ya nada le inquietaba.

Breñas se le antojaba un país bueno, donde se vivía una vida feliz, sin hondas perturbaciones, sin agitación, y en donde se llevaba una vida tranquila y reconfortante. Aquello le parecía una arcadia ideal.

El buen Franz fué abandonado poco a poco sus gastos ciudadanos. Desde luego dejó de usar el cuello almidonado substituyéndolo con el pañuelo de seda anudado al cuello, se olvidó de afeitarse y gozaba mirándose las barbas ralas y crecidas, se hizo obsequiar un sombrero alón con su madre y eliminó el abrigo, usando en su lugar el chal de todo los breñosanos.

Estaba, pues, Franz convertido en un tipo intermedio entre el ciudadano y el poblano.

La vida de Franz, hacía ya algunas semanas se deslizaba tranquila, igual imperturbable, solamente interrumpida durante ciertos momentos por el suave recuerdo de Rosario.

Hasta entonces Franz había permanecido cerrado dentro del círculo de hierro que

le trazaron sus enemigos sin comunicarse con nadie aislado y huérfano de toda amistad, estaba casi olvidado por los del grupo de Juan López, quienes sin una cabeza ya no podían maniobrar.

Franz madrugaba como todos los jóvenes del pueblo, se amodorraba sentado en la patilla de su casa hasta el momento del almuerzo, después por la tarde dormía o continuaba soporíferamente sentado detrás del mostrador de la tienda de doña Tomasa. A las cinco de la tarde después de la comida, Franz se sentía estremecido de inquietud y daba unas vueltas por la plaza. Llegaba la noche y a las siete Franz dormía convertido en un lirón.



El tóxico

—¡Hermano!—exclamó Perico Sánchez, al abrazar ardientemente a Franz, quien parecía demasiado emocionado. La emoción de Perico era debido a los tragos de «pisco» que zahumaban su cabeza, más que la impresión de encontrarse con su amigo. Franz contestó cariñosamente a su abrazo y luego departió con él algunos momentos.

Perico Sánchez insistió:

—Franz, quiero tomar contigo una copa, allí donde mi cholita. Te insinuó que me aceptes.

—Tú sabes que no bebo. Por recibido Perico, otro día estaremos juntos—dijo, rehusando la invitación cortésmente, Franz.

—Tú estás muy orgulloso y no quieres andar con tus amigos de la infancia.....y por eso no quieres aceptarme un trago,—insistió Perico.

—No es eso, Perico, sino que no bebo...

—Bueno; véte, pero me resentiré contigo hasta la muerte.

Y Franz ante la fútil amenaza de su amigo, traspasó el marco de la puerta de la tienda de las «Cururpias».

Perico Sánchez, era un antiguo compañero de Franz, que había permanecido «neutral», durante el tiempo en que Franz fué víctima violenta de las infamias de Juan López y sus amigos, y ahora al calor de las copas del alcohol, le manifestaba mil protestas de adhesión.

Este mozo era hijo de un viejo rico, quien dilapidó la fortuna que le legara su padre en los prostíbulos de La Paz. Estudió los primeros años de secundaria junto con Franz, en el colegio seminario e interrumpió sus estudios debido a la muerte de su padre, con la fortuna en la mano se sintió dueño del mundo y con las puertas abiertas a la gloria.

Fué inducido a visitar prostíbulos, allí en La Paz, por algunos jovencitos semilistos, los cuales se divirtieron a su costa algún tiempo. Perico Sánchez, ingresó francamente a la vida prostibularia y realizaba frecuentes viajes a Breñas a vender una casa, un lote de terreno o una finca, hasta que un buen día de esos, en los brazos de una mujer mercenaria y al roce aleve del bofetón de unas manos sonrosadas y pintadas, despertó de su largo sopor prostibulario, cuando no contaba con un solo maravedí. Y sin salud y sin dinero, tornó al solar de sus abuelos.

Allí en Breñas, vivía Perico Sánchez, abandonado de sus parientes, al amparo de las «Cururpias», y ligado amorosamente con una de ellas, con la «ñata». Este era, indudablemente, un hombre despreciable a fuerza del alcohol, había borrado en su conciencia toda idea de dignidad y vivía con aquellas mujeres, brindándoles su sombra.

* * *

Las «Cururpias», eran una familia que por herencia, desde hacía algunos lustros,

venían siendo la carne cotizable de Breñas; era allí, en su casa, donde casi todos los jóvenes de Breñas acudían en busca de favores.

Esta familia era muy pintoresca.

El tronco maternal se llamaba la «Catita», que por efecto de los años era la momia de una gata del tiempo de los Faraones. La «Catita», habría deslumbrado en su juventud a todos los jóvenes de Breñas, y no se contaba viejo de entonces que no recordase la belleza y lozanía de esta mujer. Hoy estaba jubilada y solo corría con el «cuidado» de sus hijas. Era de ver a la «Catita» las noches de fandango; como en sus años primaverales se entusiasmaba y palmoteaba con sus manos secas como dos castañuelas. Gerentaba la casa con la mayor discreción; nadie le ganaba en olfato para conocer a los que llevaban repletas las bolsas y nadie conseguía favor alguno si ella no lo autorizaba, siempre en medio del más grande misterio.

La «Catita» tenía cuatro robustas hijas y cada una faroleaba apellidos distintos, lo cual enorgullecía altamente a la vieja.

La mayor, Justa, conodida con el nombre de la «Ñata», era la mayor de todas y

había pasado de la madurez; fea, tosca, sucia, cargaba una multitud de polleras. Esta era la favorita de Perico Sánchez.

Presenta, así se llama la segunda hija de doña «Catita», vestía de señorita, lucía copete, se decoraba la cara y era la pródiga en favores.

La menor Encarna, vestía traje de señorita; aún no había llegado a los quince años y esperaba impaciente que su madre dispusiera, para entregarse a un hombre.

Estas singulares mujeres, vivían en la más estrecha fraternidad; eran, por decirlo así, algo como un pulpo de cuatro cabezas. ¡Guay del que pegase a una de ellas! Todas le sacaban los ojos.....; Guay del que insultase a alguna! Le pegaban. Presumían de honradas y respetaban mucho su honorabilidad sobre todo cuando se trataba de alguna disputa entre comadres del barrio.

* * *

En la casa de las «Cururpiás», el ambiente era tumefacto y sórdido. A la vista

del público se veían afuera las tinas de chicha y unas cuantas botellas de pisco dispersas en un estante desvencijado. Este anaquel dividía la habitación en dos partes, y hacia adentro ocultaba a doña Catita, sentada en un ángulo de la habitación, sobre unos cueros y en posición de gallina incubadora.

Las paredes de la habitación parecían ahollinadas y el piso estaba cubierto por una densa capa de mugre. El tufo de la chicha, los vapores del alcohol, el olor a carne sin lavar saturaban la atmósfera de las «Cururpías».

La visión de la tienda de las amigas de Perico Sánchez, sacó a Franz del estado nirvánico en el que se encontraba sumido hacia mucho tiempo; y su organismo se escalofrió ante el espectáculo que tenía delante. ¡Estaba en Breñas!

Se oyó la voz chillona y clamorosa de doña Catita:

—Ñata! Raqui! Encarna, salgan! El Franz con el Perico habían venido!

Entre tanto, Franz, saludaba, echando vascas a la Catita.

—Ay, doctor, cuánto me alegro de verlo por acá!—e interrumpió su discurso por una indicación que al oído le hizo Sánchez, para luego gritar: Raqui, maten cinco conejos, al doctor le vamos a convidar unos estirados!... Y después del paréntesis prosiguió:

—¡Qué doctor!..... Cuánto gusto de vermeló!

La recepción que hicieron las «Cururpías» a Franz, fué cordialísima. Justa se apresuró a ofrecer una copa a Franz:

—Doctor una copita.

—No tomo, —regañó Franz.

—Me desprecia usted, doctor?.....Sírvasse «usteps nomás».

Y Franz, bebió la copa que le ofreció la «cholata» de Perico, habiendo chocado antes su copa con los cristales de sus amigas.

Franz, comió allí los «estirados» pagados por la munificencia de Perico y ofrecidos por la galantería de doña Catita, Bebió muchas copas de chicha y de alcohol, todas ellas ingeridas a fuerza de insinuaciones y de amenazas. El caso es que había bebido horriblemente.

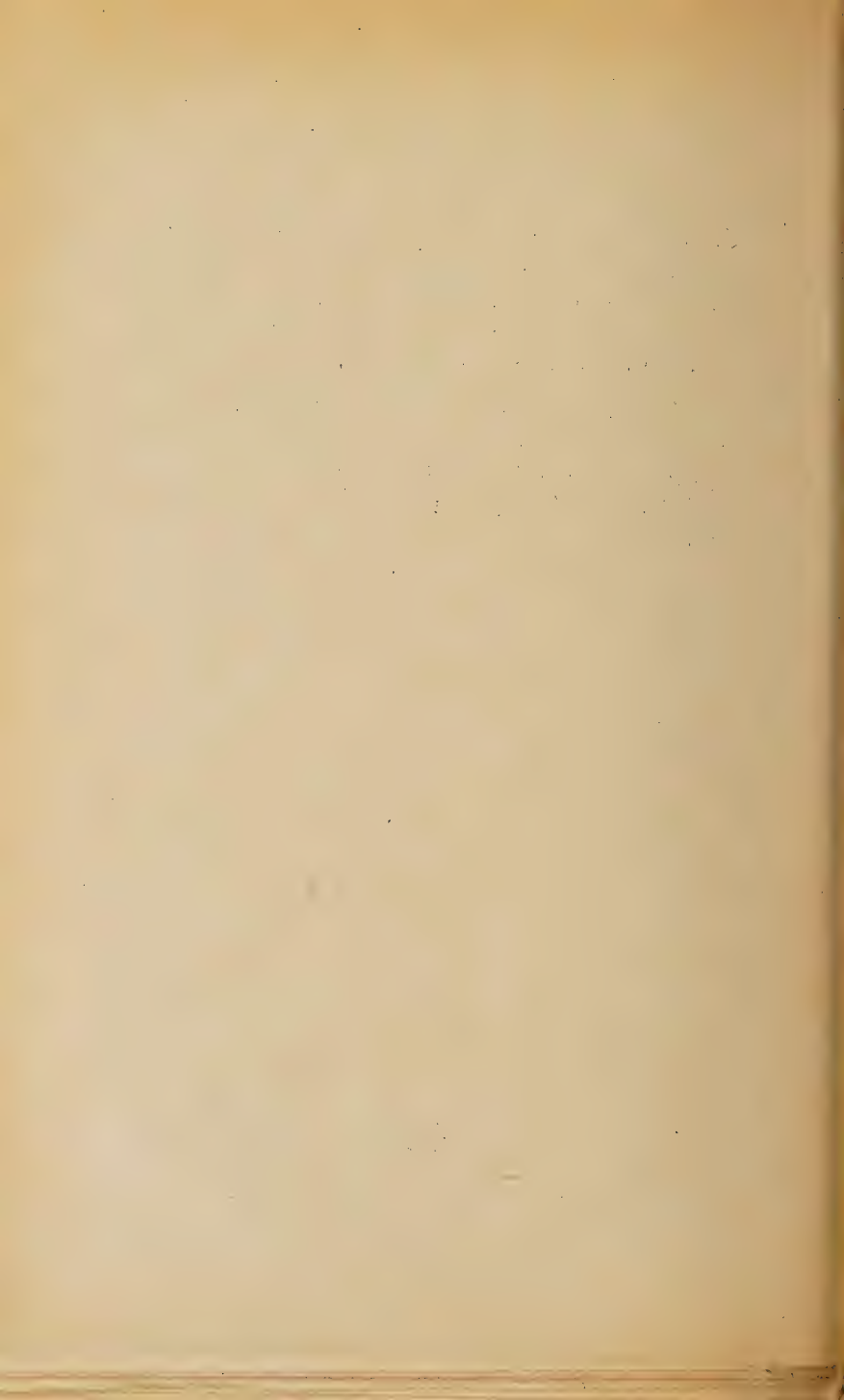
La luz de unas velas de sebo alumbraba mortecinamente la trastienda y que se dejaba ver la cama que adornaba la habitación, un santo ornamentado con cadenillas, varias polleras pendientes de las paredes y un sofá que sabía el secreto amoroso de todas las «Cururpías».

Pericó Sánchez en un rincón, rasgaba la guitarra entusiasta, punteando un bailecito de tierra, en tanto que al compás de la música danzaban las tres «Cururpías». Franz escuchaba la música aquella como alguna sonata fantástica y el baile mestizo de las cholas era como una visión caleidoscópica. A través de la borrachera, el espectáculo no le pareció «del todo malo», y al contrario le producía un estremecimiento de alegría. El alcohol era el filtro mágico, en donde quemaría todas sus desilusiones y sus vapores le envolvían suavemente, acariciadoramente, los ojos de Rosario. Y pensaba: Yo debo ahogar en un mar de alcohol todas mis desesperanzas y hacer que sobre su superficie floten todos mis ideales de bien, de amor y de progreso. Alcohol, tú eres el único refugio que no me rehusarás tu regazo. La fama y el amor me cerraron sus puertas; pero tú ¡oh

alcohol! que eres el vicio me prestarás abrigo. ¡Tú serás mi último ídolo! Y entusiasmada, con los ojos adormilados, pedía más pisco a una de las «Cururpías», que pródigamente lo servía en robustas copas.

La guitarra, desgarraba melancólicamente sus notas y Franz oía como un ruido lejano el son del «baile de tierra» y el jaleo de doña Catita, que resonaban como castañuelas.....





La opinión pública

La noticia de que Franz concurrió a la casa de las «Cururpías» se desparramó veloz por el pueblo y pronto fué comentada vivamente. Su arranque de condescendencia fué recibido por todos con marcadas muestras de cordialidad y simpatía.

Los del pueblo veían en la hazaña de Franz algo muy trascendental y fué la señal para que todos le extendiesen sus brazos y le estrechasen con la mayor efusión. Había visitado como ellos la tienda de las «Cururpías» había bebido junto con los jóvenes del pueblo. Esto quería decir según la traduc.

ción de los breñosanos que Franz se había tornado en una persona razonable y que había dejado de ser el joven petulante que llegó de La Paz. Visitar a las cholas esas y beber con Perico Sánchez y sus amigos fué el pacto de alianza y concordia entre Franz y el vecindario de Breñas.

Era curioso ver como a la mañana siguiente de la fiesta cuando Franz se sentó en la patilla de su tienda, con la cabeza agobiada por el peso de los vapores del alcohol y en su espíritu viajaban las ideas de arrepentimiento y vergüenza, todo el pueblo le sonreía afablemente.

Las mujeres que todo el tiempo de su permanencia allí se habían mostado hostiles, hoy le miraban cariñosas, y con ojos de benevolencia; los hombres le envolvían en una mirada jovial y entusiasta, hasta hubo algunos de sus enemigos que se destocaron respetuosamente para saludarle.

Franz no paró mientes para explicarse lo que le acontecía. Todo aquello le parecía efecto de la casualidad o acaso que había llegado el momento en que habrían de resol-

ver que era preciso ayudarle en las antiguas empresas que emprendió.....Pero, nunca se le pasó por las mientes, la idea de que por el solo hecho de beber junto con los mozos del pueblo, se hiciera merecedor de su simpatía.

Desde aquella fecha, fué considerado Franz como una persona digna de la mayor estimación, y las lenguas se movían para ensalzarle; se le reconocía su talento, y hasta se le aplaudían virtudes que jamás había tenido..... Todo, todo por efecto del misterioso poder del alcohol y de una camaradería soez con unas cholas y unos conocidos borrachos.....

Tras estas manifestaciones de simpatía y adhesión, vino para Franz un período de popularidad, popularidad nacida de esa misma simpatía, que comenzó manifestada por las continuas invitaciones de que era objeto de parte de los vecinos con cualquier pretexto.

Luego, se recogían cuidadosamente los dichos de Franz y doblemente crecidos recorrían de boca en boca, convirtiéndose en proverbiales. Sus genialidades eran celebradas

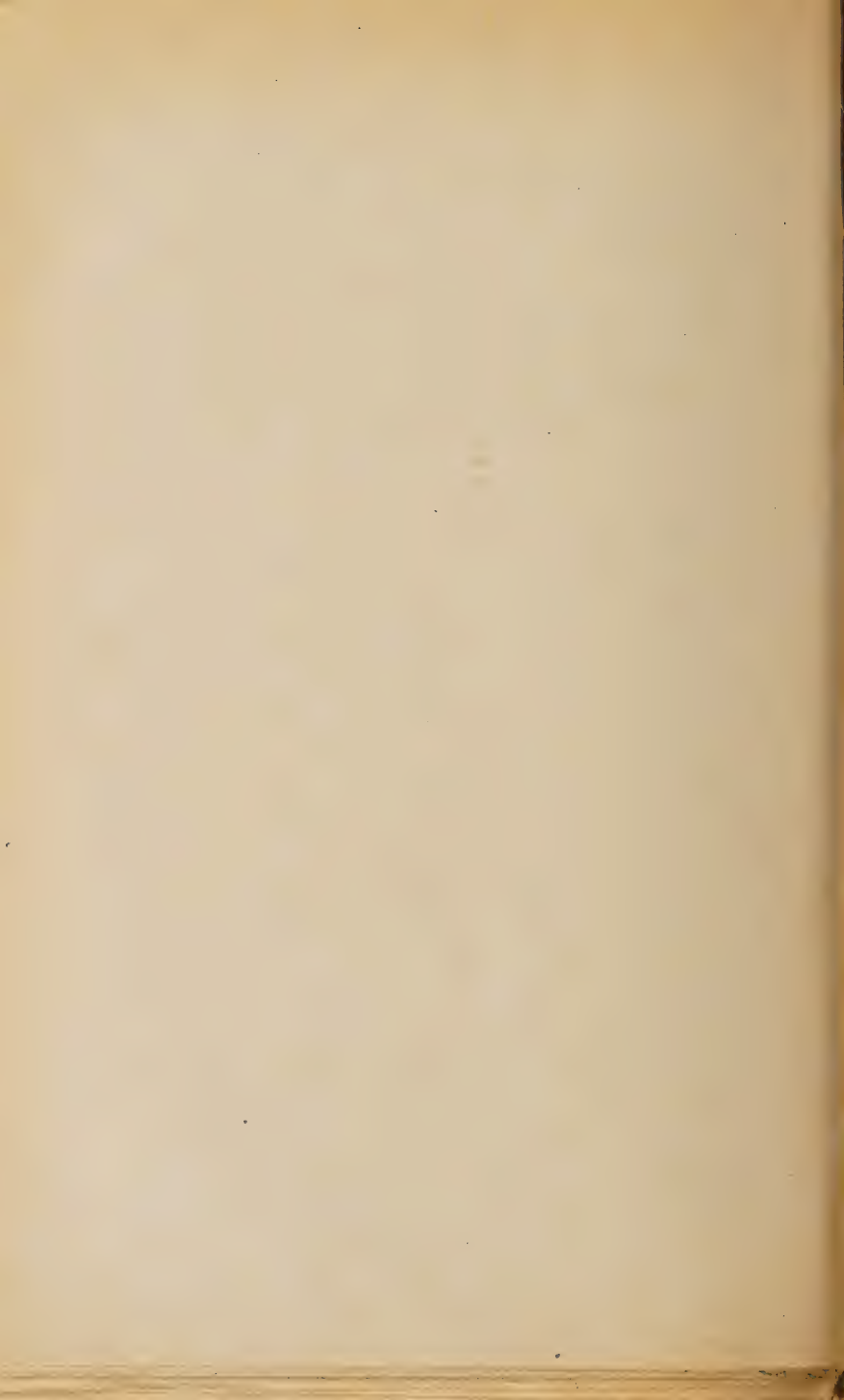
en trastiendas y en el «Villar la Boz del Pueblo».

Todos parecían prestos a rendirse ante su voluntad y hacer lo que él dijera y lo que él propusiera, solo que Franz, entonces, cuando contaba con la adhesión de los breñosanos estaba perdido y solo pensaba en vivir. Todos sus ideales se habían derrumbado, aquellas antiguas ideas que hoy hubieran sido realizables con la cooperación del pueblo, ya no podía ponerlas en acción, porque Franz únicamente quería dejarse estar; vivir plácidamente y acaso divertirse, y olvidar a Rosario. Sentía que el organismo se había habituado paulatinamente al alcohol si bien es cierto que lo tomaba con parsimonia: pero lo aceptó con un singular gusto y afición. Siempre que se presentaba la coyuntura bebía copiosamente.

El alcohol, fué, pues, el eslabón mágico que encadenó a Franz con sus comarcanos y no solamente eso, sino que Franz estaba ya completamente adaptado a la vida del pueblo. Presentaba todas las trazas del poblano tanto espiritualmente como exteriormente. Padecía del mal del pueblo, es decir, de abu-

rrimiento, de la negligencia, de la laxitud y además le gustaba el alcohol..... El pobre Franz, estaba, pues, convertido en verdadero breñosano, sin que él se hubiese apercibido, ni remotamente siquiera..... La transformación fué lenta, alevosa, fatal.....





El harapo

—No salgas Franz!

—Y aquella mujer le tomaba crispadamente de la solapa, impidiéndole el paso.

—¡Sí saldré!—rugía Franz con arrogancia histérica y estrangulando el grito en su garganta saturada de alcohol.

—¡No saldrás!

Ella tornó a zarandearle como a un harapo, hasta derribarle e internarlo arrastrado dentro del cuarto.

La mujer que trataba en esa forma a Franz era Carmichu.

Carmichu era una hembra de unos veinticinco años, ojillos tunantes, boca zalamera

y andares provocativos, de facha tolerable y además de su juventud un tanto «fané», era tan higiénica como un albañal. Pero la muy perdida irrigaba en su torno el atractivo de lo perverso y de un ténue sensualismo perfumado de vicio.

La boca de esta cholita era un álbum donde habían puesto la firma de un beso todos los jovencitos de Breñas y sus caricias derrochadas a torrentes contribuyeron a la fugaz felicidad del señor cura y también del corregidor.

Carmichu después de que lo instaló a Franz sobre la cama con maternal y amorosa solicitud insinuaba:

—Yo lo hago por tu bien.....Quieres que todo el pueblo se ría de tí al verte en esa traza de borracho? Aquí en casa puedes tomarte todas las tinajas de chicha..... Toma, toma este vacito, negro del alma

Franz no se dejaba rogar y vaciaba de un solo golpe el vaso de chicha mezclada con pisco que la astucia felina de la Carmichu le ofrecía.

—¡Carmichu te adoro!.....gargarizaba Franz en medio de su borrachera.

—Yo también te quiero, viejo feo!.....
Toma otro vacito, hijo.....

Franz había conocido a la Camichu una de esas noches, de amor, de dolor y de vicio. Allí en casa de las «Chinachucutas» en medio de los bailecitos de tierra, rodeado por la atmósfera de los vasos de chicha, por el humo de los cigarrillos y la irresistible sugestión de la carne siempre tentadora e implacable.

Carmichu había agotado el repertorio de su programa aquella noche y se derrumbó fatigada sobre una de las camas que estaban tendidas ad hoc, en un cuarto contiguo al de la farra. Franz había llegado al periodo de la sobresaturación de la chicha y sus riñones ya no podían digerir tanto líquido; se declaró rendido y fué en busca de albergue para descansar.

Y encontró allí a Carmichu que roncaba como una sirena.

Miró a la cholita, que dormía bajo el ala tutelar del amor y soñando tal vez en qué quimeras lejanas. Tenía el sombrero sobre la frente, las trenzas que le cubrían el cuello, los brazos desnudos que permitían verle has-

ta la fina negrura de las axilias y que yacían abandonados como el cuello de dos cisnes sucios, las piernas defendidas por la vaguedad de las medias dejaban ver el prólogo de las pantorrillas aceitunadas que se perdía en la espuma alborotada de sus polleras.

Detonaron las vestiduras del beodo, para que se presente la fiereza acometiva del fauno azotado por la disciplina del heroico y por la abstinencia larga y obstinada.

Se lanzó casi con ímpetus destructores y ella en medio de su sueño reconoció a Franz, y sin oponer resistencia se hizo cómplice de sus galvanismos adorables.

Y desde aquella noche Carmichu fué la señora del alma y cuerpo de Franz, del pobre Franz, quien a través de su anulamiento miraba su aventura como una salvación.

—Sí, tú Carmichu, me salvarás, me ayudarás a luchar,— le decía en ratos de exaltación, de fé y de lirismo.

Carmichu adquirió para Franz la radio-sidad de un fetiche. Le brindaba el pecado de su carne asequible y la indolencia de su espíritu que estaba en completa parálisis. Por eso creía en ella Franz, porque Carmichu

era al mismo tiempo sacerdotiza y diosa, la mujer eucarística que oficiaba sus ritos paganos y la diosa que le desparramaba sobre el ungüento de su religión, iniciándole en el esoterismo de la postración de alma, de la flaqueza de corazón, de la escualidez de la voluntad y del enervamiento acelerado de la inteligencia.

Franz había descubierto Europa y estaba encantado de su religión, y la practicaba, con fervor, con unción y con alegría.

En casa de la Carmichu era en donde Franz pasaba la mayor parte del día y de la noche, comiendo «ajíes», bebiendo chicha, organizando alguna fiesta o simplemente tumbado en la cama esperando que lleguen los camaradas para consagrarse a beber pisco.

Allí en medio de las libaciones Franz y sus amigos se entregaban a sus charlas para arreglar a la patria:

—Lo que necesitamos —decía Franz— son hombres, en Bolivia no tenemos cabezas, aquí todo se improvisa, nuestros políticos son un fracaso..... ¡Salud Armando!

—¡Salud Franz!.....Yo creo—comentaba Armando Pérez—que nuestro país necesita

una mano fuerte para que marche, es necesario de un hombre con más riñones que un oso, a fin de que se arregle.....

—¡Salud Armando!.....Mira no se puede hacer nada con un tirano, el tirano es bueno cuando se gobierna a un pueblo de ilotas y de abúlicos, pero en nuestro país que todos somos altivos y fieros, no puede pasar eso.....

--¡Ay, mi querido Franz!..... ¿Qué hacemos con la democracia?.....Un tirano es lo que necesitamos, una mano fuerte, un hombre que maneje todo manu militari..... Lo demás son tonterías.....

—Toma Armando, toma..... Mientras haya pisco, que ande la patria como quiera ¿no te parece? Yo tengo seguridad que Melgarejo fué un gran presidente, porque siquiera bebía, un presidente que no bebe y hace las barbaridades a sangre fría me dá miedo.

—¡Salud Franz!..... Los periódicos de La Paz dicen que la política anda muy mal.

—Querido, mi querido Armando,..... Y cuándo la política ha estado bien...Mientras haya política siempre ha de estar mal, La política es la suegra de la vida.

—Bueno, ¡salud. Franz!..... por la Carmichu.....

Franz levantaba una copa y llenándola de pisco, llamaba a su querida:

—Carmichu, ven hija, toma una copa a la salud de Melgarejo.....

Carmichu abría la puerta del cuarto, dejando oír el chaparrón que producía la manteca al freír un conejo y contestaba:

—Ya vengo, espérenme un rato, voy a traer los conejos.....

En ese cuarto infecto, que era realmente una caverna de perdición, Franz dilapidaba los pocos dineros que agenciaba de mil modos. Franz perdió toda la costra de la dignidad y estaba convertido en polvo de hombre, en una piltrafa. Cuando no pedía dinero a su madre, siempre pródiga y buena, hacía saltar la tapa del mostrador de la tienda y robaba lo que sus ojos veían. Otras veces conseguía dinero pintándole negocios a su padre, aunque don Primitivo no ignoraba el anzuelo que le tiraba su hijo.

Aquella estafa de su hijo preocupaba^a mucho al viejo Pereira.

Franz un día fué donde don Telésforo y se prestó a nombre de don Primitivo cien quintales de harina. Don Telésforo se los prestó, entregándole la llave del depósito donde estaban guardadas las harinas. Franz puso dos candados al depósito y fué a vender la misma mercadería a dos personas distintas. Por supuesto, mientras se le descubriera la atrocidad, Franz, Carmichu y su colonia de parásitos se pasaron como si se hubiese reabierto el paraíso terrenal.

* * *

La vida de Franz cada día fué ensombreciéndose más.

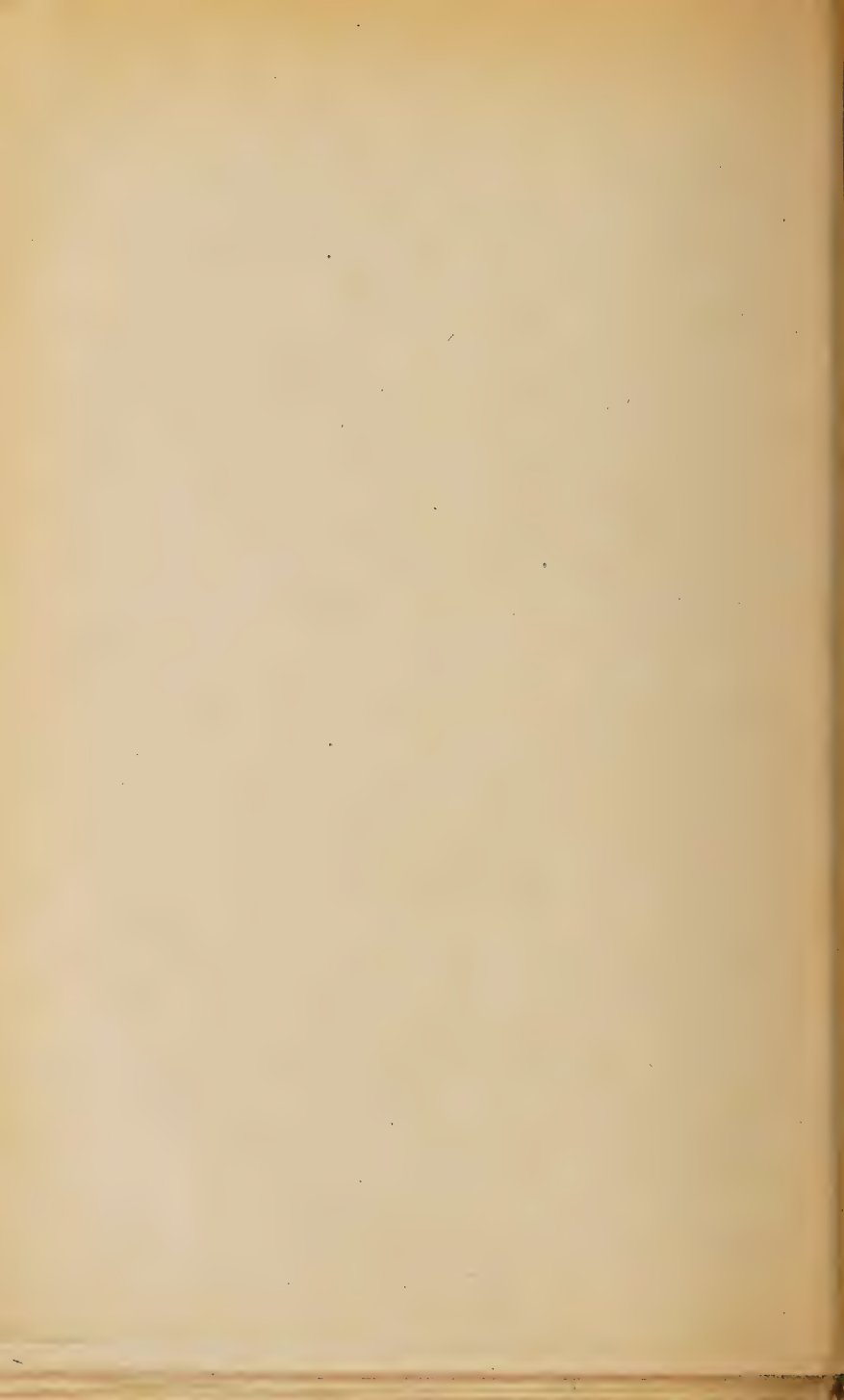
Cuando no encontraba un amigo en el billar se sentaba en uno de los cajones con la copa de aguardiente al lado y así solo colando copa tras copa permanecía horas de horas.

Alguna vez con la embriaguez del amor, y esfumando en sus vapores contemplaba el rostro de Rosario y lo acariciaba suavemente con la mirada y luego se sumía en divagaciones melancólicas. Casi en todas sus borra-

cheras, era la hija del maestro, su Rosario la que se entrañaba en su cerebro, alzándose como un fantasma, colonizando su cabeza, de imágenes dispersas y de recuerdos proteiformes. Quería al suave arrullo de aquellos labios, a la ternura de sus ojos y fruirse con la campanita cristalina de su voz dulce, melodiosa, baja, que se internaba hasta el corazón. Y decía muy quedo, ¡Rosario! ¡Rosario! ¡Rosario!.....

Así se fué ensombreciendo cada día más y más, la vida de Franz Pereira.





El prestigio

«El Villar la Boz del pueblo» está concurrido y las bolas de marfil chocan alegremente rodando sobre el paño verde de la mesa. Don Telésforo surte de copas a los concurrentes con una solicitud de monja enfermera. En todos los rostros arde el sol de la felicidad y del optimismo. Las copas chocan, tintineando, cordiales, efusivas, rociadas con un rutilante bienestar dominguero.

Armando Pérez está escabechado de rojo y lleno de emoción sostiene una copa colmada de aguardiente.

—¡Amigos!... Brindo esta copa por Franz Pereira, por nuestro caro amigo, por el hom-

bre más popular de Breñas, por su gran corazón y por su talento.

Y todos los concurrentes bebieron incluso Franz, que escuchó las palabras de su nuevo amigo con recóndita complacencia; la voz de la vanidad le habló hondamente y en la cámara íntima de su conciencia reconoció que realmente era un hombre superior y pensó:

—Está mejor que no haya hecho nada en Breñas, pues hoy me alaban con solo ser amigo de ellos y guardan homenajes a mi gran talento.

Luego Franz agradeció el brindis con media docena de botellas de pisco.

—Pues yo pienso lo que tu hermano:— decía Franz dirigiéndose a Pancho Alvarez— lo único bueno en la vida es la felicidad. Y qué es la felicidad? Pues un poco de picañtes, un buen trago de pisco, una buena choli-ta y bailar. Hay que irse a la otra costa bien comido, bien bebido y bien bailado, porque, qué caray! la vida es la vida y hemos nacido para vivir y gozar.....

—Hablas como un libro, mi querido hermano, es así Franz, para qué nos vamos a

preocupar de nada, que otros hagan mientras nosotros nos divertimos.....

—Sí, Pancho yo fuí una acémila, solamente así puedo calificarme, cuando recién llegué aquí hace unos seis años..... En lugar de pasarla bien, me metí entre libros y algunas ideas, para no sacar nada más que desengaños y enemigos Si volviera a nacer haría lo que hacemos ahora..... ¡Viva la vida Pancho!.....

—Claro, hermano, salud!.....

—Y vamos esta tarde donde las Libras?

—Ya está todo arreglado, esta mañana al venir a la plaza les dejé para los picantes.

—¡Caramba!..... Tengo unas ganitas de pegarle unas cuecas y unos bailecitos, ya me verás, en estos últimos días he aprendido a bailar que no hay quién me gane.....

—¡Estoy asombrado de tí!..... Me alegro, Franz, que hayas aprendido a bailar, ahora no harás ese papel ridículo de antes, de pie o sino acurrucado bajo las piernas de una cholita.....

—Fues sí, he descubierto que el baile es una maravilla. Es la única delicia después

del trago y de los picantes.....Un baile con una cholita como la Anita, es como conquistar el cielo, hijo.

—Pero, antes no te gustaba!

—Claro que antes no me gustaba porque no sabía el misterio de bailar, y decía, ¡ah! que imbécil que era, el baile era una regresión antropológica, digna de ser solamente realizada por los salvajes, que el baile acerca a los hombres a su hermano mayor el cavernícola, que el baile es inmoral porque es un coito comprimido. .Hijo, era un imbécil.....

—Tampoco te gustaba el trago!

—¡Otra imbecilidad! Yo no sabía el gozo de una copa, pero ahora creo que el día que no tomara mi media «tira» me pegaba un tiro.....No podría vivir sin mi buen pisco de Catavi o de Sallani

—Y eras enemigo de las farras?

—Eso sí, era enemigo de las farras, pero qué, ahora soy su más grande panegirista y creo que si hay alguna religión digna en el mundo es la religión de la crápula y de la bohemia.....Una buena farra es conseguir cien días de indulgencia en el infierno, y tu debes

saber que cuando los dioses se aburren en el cielo, bajan a la tierra y se pegan su farri-ta... ..Pues llegan allí orgullosos, por supuesto más que nosotros.....

—A qué hora nos encontramos para ir donde las Libras?

—Acabando de almorzar a las dos..... Tengo preparadas unas ideas estupendas para divertirnos.....Ya verás, vamos hacerles bailar una cueca reformada con unas figuras que inventé anoche, pensando un rato de esos que se me quitó el sueño.

—Y tienes lista la guitarra?

—Lista, a las dos te la doy, voy a dejar mi cuarto abierto para que el chico de las «Libras» la lleve.

Se podría decir, pues que Franz había sustituido a Juan López en sus funciones de organizador de fiestas, de director de borra-cheras y desempeñaba el papel central de todos los fandangos.

Poco a poco las cholas fueron saludándole en la calle, luego las viejas, los viejos, y sus amigos le miraban con religioso respeto.

Ya era el ilustre Franz.

El prestigio de Franz, gracias a la influencia del alcohol y de su generación fué creciendo diariamente, en forma alarmante. Lo consideraban como a una entelequia, como a un ser sobrenatural, algo que pasaba los límites del genio. No se le dejaba de llamar doctor en ninguna circunstancia, y siempre añadiéndole el dictado de ilustre y prestigioso.

Antes de concurrir donde las «Cururpias» era un ser despreciable, un infeliz, un miserable, un ex-hombre, digno de todas las abominaciones y de toda las execraciones.

Al día siguiente de concurrir donde las «Cururpias» era un mozo de línea, muy simpático, muy tratable y no tan malo como lo habían pintado.

Después se convirtió en el popular Franz, gracias a su primera borrachera.

Más tarde, cuando ya era un consetudinario fué el prestigioso Pereira.

Y finalmente, cuando ya era un perdulario, un borracho irreprimible, se convirtió en el ilustre, en el gran Pereira.

¡Oh, la fuerza del alcohol!

La transformación de Franz prosiguió produciéndose lentamente, pero subrayada con profundidad y con bajo relieves. Comenzó exteriormente, por descuidarse de su indumentaria, después rehusó las solicitudes del agua, comía demasiado poco, hablaba desordenadamente, terqueaba. Todo cuanto se hablaba con Franz se transfiguraba en disputa, padecía casi de una absoluta anulación de la voluntad; se tornó en imaginativo como los del pueblo. Su lengua se metamorfoseó en un látigo, haciéndose mentiroso, embustero, maledicente y calumniador. Aprendió a fumar, sintió arrebatos de cleptomanía. Su dignidad austera degeneró en una vanidad pueril, perdió el pudor del alma y la vergüenza muy pocas veces asomaba a su rostro.

Los ojos de Pereira, ayer espejeantes, con una mirada bondadosa, ahora reflejaban las iluminaciones de la llama inexinguible de la gula: sus labios secos se mostraban abombados, al par que sus mejillas sanguinolentas y su barba sucia le comunicaban todo el perfil clásico del borracho.

Había, pues, ido bajando poco a poco el nivel moral e intelectual, perdió la memoria, su inteligencia se empañó y cuando lejos se encontraba su pedestal antiguo con los tramos que descendió en un vértigo de pasiones ingobernadas y de instintos sin freno.

El ambiente de Breñas había terminado por sorberle definitivamente.

Y en ese mar de alcohol, de vida miserable y sórdida, naufragó envuelto en la vorágine tempestuosa en sus anchos remolinos, en las turbulencias de sus olas agitadas, en la fiereza caótica de sus crestas rebeldes y en la iracundia ineluctable de oscuros designios.

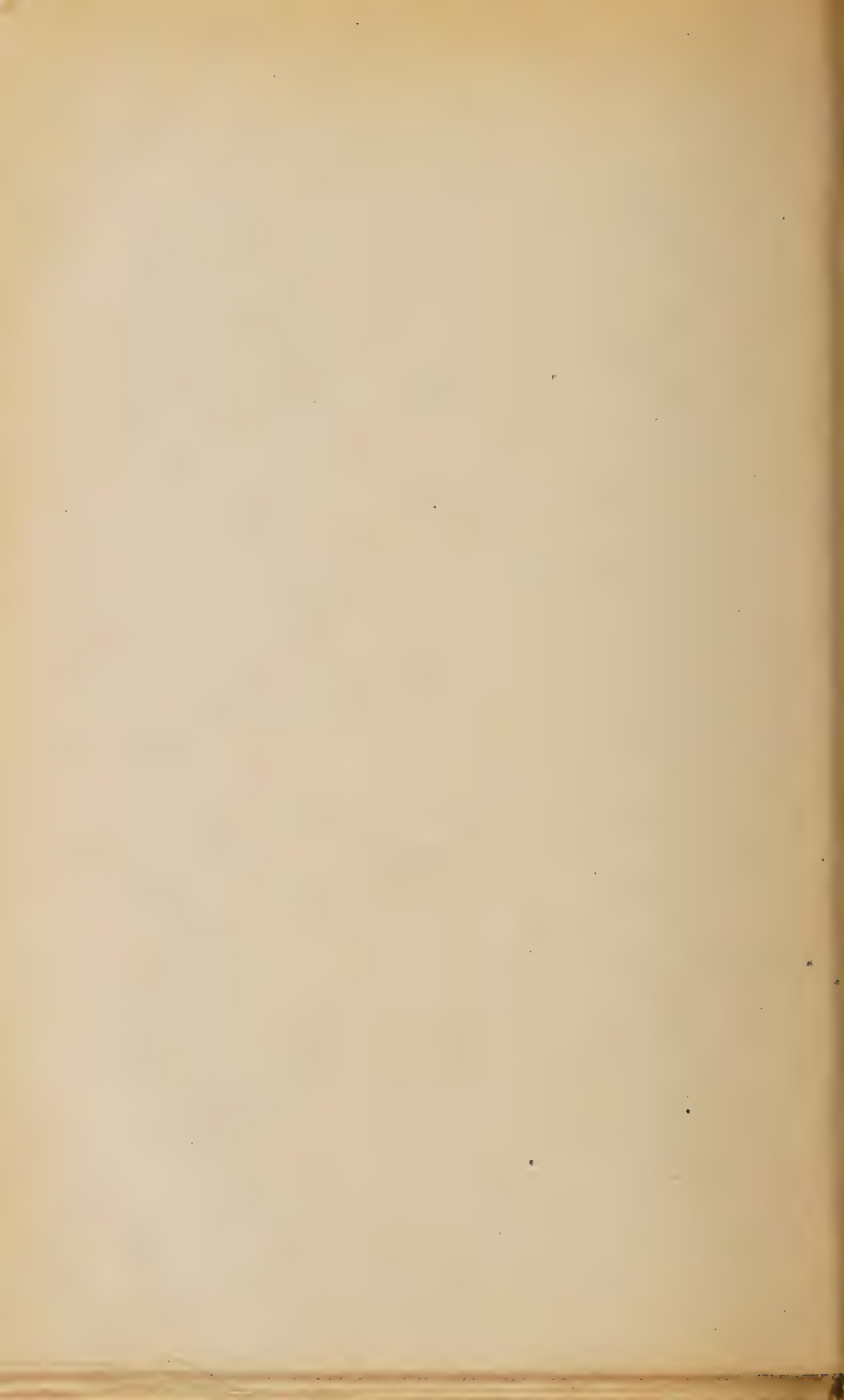
El pueblo que soñó ilusorio y digno de hacerlo hermoso y fuerte, hoy le comía con ansias devoradoras. Los gusanos ocultos, esas larvas invisibles y esos vermes inconfesables le agotaban el cuerpo y el alma mas-ticándole como a un cadáver en la covacha funeraria.

La voluntad, el blasón de Franz y su pensamiento que era su caballo de batalla se encontraban anulados, era incapaz de anali-

zarse íntimamente y de volver sobre sí mismo, para reflexionar. Pensaba Franz que aquella situación moral que se había creado en su torno como una isla madreporica, era muy lógica, muy razonable y sobre todo muy humana. Y la aceptaba con resignación cirenáica.

El prestigio de Franz creía en razón directa del cuadro de su borrachera.





La apoteosis

Por la tarde Franz había ordenado a su madre que desentierre su chaqué, que permanecía sumido en la indiferencia de muchos años y al cual no habría sido raro encontrarlo condecorado con telarañas, le limpiara su galera espejante y sus zapatos charolados, que sin duda por los rigores del frío habían experimentado un visible cambio, pues estaban arrugados como una pasa de higo.

Durante todo aquel día estuvo inquieto, pensando en las cosas que habría de irrigar en el banquete que le ofrecían sus amigazos en la casa del señor corregidor, aprovechando la coyuntura de su cumpleaños.

Antes de salir de casa, asomó su rostro al espejo, se huntó con un poco de jaboncillo a los bigotes, se mesó los cabellos y mirándose la esbelta raya de su pantalón se puso en la calle rumbo a la fiesta.

Cuando llegó al comedor una salva de aplausos explosionaron en el ambiente como cien camaretas. Al recibimiento pirotécnico y detonante contestó con un gran saludo, con un saludo quimérico y versallesco. Asombró a sus amigos, quienes poco menos buscaron puntos de apoyo ante semejante y deslumbradora actitud.

El comedor estaba saturado de un alimenticio olor a engrudo y a papel recién colado, como que momentos antes de que ingresara el invitado el mismo corregidor daba las últimas manos a la operación de pegarlo. Era el comedor largo y tan estrecho como un bitoque. Allí, en el centro reinaba la mesa larga compuesta de varias mesitas desiguales que gracias a la complicidad del mantel daba la sensación de ser una sola. Las mesas habían sido recolectadas de todas las casas de Breñas, inclusive don Primitivo se suscribió con la mesa de lavar los platos y con una coja que tenía guardada en el cuar-

to de bártulos viejos. La mesa está arrimada contra la pared, junto a la cual hay un enorme banco de madera del tiempo de Olañeta, destinado para las damas. El contorno de la mesa estaba cercado por silletas de diversos matices, de diversos sexos y de diversos momentos históricos y estilos. La mesa está ornamentada con lámparas de petróleo, contándose entre ellas todas las del pueblo, sin omitir la del templo parroquial. Allí no había una flor, ni una fruta, salvo algunas tunas y unos duraznos secos. Después se veía esparcidos en la mesa platos y cubiertos en reducido número, pues no respondían a la cantidad de invitados. Gozaban del privilegio de tener cubiertos completos Franz, el corregidor y alguna que otra persona de relieve. El resto de los manifestantes debía entenderse según le dictara su conciencia.

Todos los concurrentes estaban vestidos de gala. El corregidor se extrajo el poncho y lucía una chaqueta nueva que ceñía gracias a las humanidades. Pancho Alvarez estaba vestido como ciudadano, y así todos reverberaban con sus trajes de fiesta. Las mujeres sacaron a la vergüenza pública todos sus coloretos, sus peinados estrafalarios, llenos

de arabescos, sus zapatos de charol, sus guantes virginales y sus talles perfilados y juncalles, apretados como carretes de hilo.

En torno de aquella mesa estaba congregado lo más conspicuo de Breñas, o mejor dicho allí estaba como en todas las ocasiones el pueblo íntegro sin distinción de sexos ni colores políticos.

Y todos comían silenciosamente, canibalescamente, sin desplegar los labios callados en tanto que alguno se prestaba una cuchara o echaba sus juramentos porque recibía el chaparrón de un plato de caldo. Las mujeres pedían permiso a cada momento, con objeto de ir a callar a sus guaguas que chillaban o simplemente para ir a limpiarse las narices en el forro de sus vestidos.

Franz estaba situado en medio del señor corregidor y de don Pancho Alvarez, casi sin poder respirar, aprisionado entre las cariñosas afabilidades de estos dos personajes y en vísperas de ser aprensado, pues no podía mover los brazos, ni trinchar, ni beber, ni nada..... Los hombres avanzaban cautelosos, ganando a cada instante terreno para triturar una costilla o para partir el hueso de una pierna.

La sopa cargada de brillantes chuños y enormes patatas fué la sinfonía del banquete, y luego desfilaron los «ajíes» de conejo, gallina, perdiz, asado de chanco, adobo de carne de cerdo, asado de ternera, asado de cordero y como postre maní garipinado. Esta formidable y pantagruélica comida estuvo rociada con tragos de pisco y chicha, sin que faltase en reducida escala el vino.

Era de ver como las «chotas» hacían derroche de meticulosidad y cursilería, con muchas puntillosidades tomaban de un extremo la pierna de una gallina entre el índice y el pulgar, levantando el resto de sus dedos gordos y con las uñas negras en forma de abanico, y se la llevaban a la boca con ansias felinas, comiendo con un apetito guardado de cien años, con un apetito ancestral. Era también de ver cómo alguna de las «chotas» más atentas, después de teñirse de púrpura y de arreglarse el moño, casi aladamente apretaba un brazuelo de conejo y se la ofrecía a Franz:

--¡Doctor una presita!.....

Y don Franz se la comía gozando de la atención brindada por una madamita de Breñas.

Aquello de las presitas, daba a la mesa un aspecto pintoresco y variado; un viaje de carnes y una ambulancia de vegetales por encima de los hombros y pasando por enfrente de las narices. ¡Encantador!

Don Primitivo Pereira estaba rebosando de orgullo, porque el pueblo de Breñas que tan hostil se presentó a su hijo otros días, ahora en forma tan elocuente, mediante la manifestación pública de un banquete, le demostraba su consideración y aprecio.

Franz tenía la vanidad subida a la cabeza que amalgamada con los tufos del vino, hacía que se mirara en la gloria. Creía, pues, que aquella manifestación era un verdadero triunfo para él, sobre el ambiente de Breñas.

* * *

El banquete ofrecido en honor de Franz fué la consagración oficial que hizo el pueblo de Breñas de su degeneración. Era el pueblo que jubiloso se reunía para festejarle porque el ambiente pueblerino había triunfado sobre su espíritu selecto y culto, porque el pueblo con sus torpezas y sus miserias, su ocio y su alcohol se había apoderado de él.

Era el pueblo que le festejaba como al nuevo cofrade que ingresaba a la fauna del vivir plebeyo.....

El banquete era la expresión del cariño que los breñosanos profesaban a Franz, porque éste se había asociado a la degeneración general; se le declaraba hijo ilustre de Breñas, porque su espíritu emprendedor y noble había muerto como el de todos los breñosanos; y se le ofrecía un banquete de adhesión y cariño, cuando ya nada podía laborar en bien del pueblo, cuando sus energías físicas y morales estaban desgastadas, y cuando el hombre está convertido en una máquina de absorber alcohol.

* * *

La fiesta se desarrollaba con el mayor entusiasmo; las caras ardían iluminadas por la lumbre de los copiosos tragos; todos estaban comunicativos y se comenzaban a notar los efectos de la digestión, cuando Pancho Alvarez gritó:

—¡Señores: oigan mi voz!

Se produjo un silencio conmovedor y de espectación, y Pancho Alvarez hizo uso de la palabra:

--A nuestro río, cuando no se le pone atajo se desborda.....Yo soy ese río que sin barrera alguna que se me presente, me desbordo. Sí, señores; me desbordo de entusiasmo, al contemplar aquí, reunidos en torno de esta suntuosa y opípara mesa a lo más granado de este ilustre, pero olvidado pueblo, para ofrecer una manifestación de simpatía y de acatamiento a uno de sus hijos más ilustres y más grandes!

Sí, señores; Franz Pereira que hoy cumple, para suerte suya un año más de existencia hermosa y verdeante, es breñosano y corre por sus venas la sangre del agua de nuestro legendario río, y en su frente fulmina el son de España en cuyos dominios nunca se puso.....Franz Pereira, señores, que me escucháis, tiene un cerebro pujante, capaz de aplastar con su ciencia y su retentiva al sabio Salomón.

No extrañéis que llore, porque quiero regar con las lágrimas que brotan de mi corazón turgente su nombre breve y tonante, para que algún día con el rocío de ellas germine su gloria, y para que se diga, señores, que me escucháis, atentos, que Franz Pereira nació en Breñas, como Santa Cruz en Calamarca o Bosque en Sorata.

Así como el sol nace en oriente y la estrella nace en el cielo, así como nace de la flor el fruto y de la abeja la miel, así ha nacido Franz Pereira, de Breñas, hijo de nuestro queridísimo don Primitivo.

Y allá, señores, en La Paz, solo, abandonado a las inclemencias del clima y a los torbellinos del ciclón ciudadano, solo, Franz, en compañía de unos parientes, dejando los juegos, estudiaba. ¿para qué estudiaba, señores? ¿para qué? Sí, señores; estudiaba para gloria de su pueblo.

Franz; Francisco; querido Cisco; por tí bebo esta copa, por tu padre, por tu madre, por Breñas,

¡Salud amigos!

Los aplausos que cayeron sobre el orador fueron tremendos, colosales, formidables, estupendos.

Franz, permaneció con los labios cerrados, y le tendió la mano a Pancho Alvarez, agradecido, y luego paseó sus ojos estremecidos de contento por toda la concurrencia.

Pereira se puso de pie y paseando sus ojos bobinos y claudicante inició su discurso:

Gracias amigos por tan magistral manifestación, nunca pensé que fuera tan querido

en el lugar donde fué mecida mi cuna, y donde el destino obligó a mi progenitora a abrir su claustro maternal para darme la dicha de haber nacido en este ilustre vecindario, cuatro veces célebre y cuatro veces preclaro.

Aquí veo reunido a todo el conspicuo conjunto de la villa diamantina como dijo un poeta, si diamantina por las claras irisaciones de su arenal coruscante y flamígero, si de diamante por la firmeza de sus hombres que viven como las encinas centenarias. Aquí está el padre de familia honrosa y servicial, el joven que pronto será padre de familia, la esposa cariñosa que ya es dueña del porvenir de un retoño y la niña que luego será madre de familia. Saludemos a estos perilustres y egregios comensales con todo fervor y con todo entusiasmo.

Agradezco las inmerecidas frases con que ha ofendido a mi modestia el brillante orador que acaba de dirigírseme, haciendo de mi humilde persona un elogio que no merezco. Pero, esos elogios nada significan ante el orgullo que siento de ser hijo de Breñas, la ciudad del río sagrado y milagroso.

¿Y quién no se vá a sentir orgulloso de ser hijo de Breñas? Para esto solo es necesario saber un poco de geografía y estar

compenetrado de que nuestro río posee cualidades medicinales tan notables y tan excel-sas como el agua de Lourdes. Que las mon-tañas de Breñas son más lindas y más par-das que las de los Alpes. Que sus calles son iguales a las calles de Toledo o de Brujas. Que sus mujeres tienen los ojos tan brillan-tes como las Andaluzas. Que sus hombres son tan industriosos como los japoneses.

Ah, señores!.....Ningún pueblo tan her-moso en la república como el nuestro, rincón de la alegría, urna de la dicha, tabernáculo de la felicidad, emporio del progreso, usina de las industrias, flor y nata de la intelligen-cia, espejo de la caballerosidad, arca santa del espíritu fraternal y de la solidaridad.

Brindo por nuestro pueblo vivero de hé-roes, incubadora de hombres grandes y muje-res lindas, y agradezco la manifestación que se me ha hecho con todo el alma, con las lá-grimas en los ojos y concluyo como Cristo: damas y caballeros, este vino que bebéis es mi sangre, este pan que coméis es mi cuerpo, bebed y comed.....¡Salud!

Aquello fué el disloque, pataleos, risas, palmadas, gritos. Se produjo un verdadero

frenesí colectivo, delirio de entusiasmo, y una hemorragia de aplausos.

* * *

En el patio la orquesta afinaba sus instrumentos y las mujeres se disponían lo mismo que los hombres, para bailar.

La fiesta se prolongó ocho días, durante los cuales Franz no hizo otra cosa que sumergirse en un mar de alcohol, poseído de ansias febriles infinitas.....¡Era una enormidad! •

Había perdido aquella fuerza tiránica indomable y férrea dócil a la acción. Había perdido esa otra fuerza que es la conciencia irreprimible de su propio valer y de su propio respeto.....

Descendió a devatirse en la niebla de las turbaciones sentimentales, como si el corazón se le hubiese subido a la cabeza tenía miedo de si mismo, miedo de la vida, miedo de los hombres.....



El espectro de la dicha

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.....

Así uniforme, rítmica, desolada y monótona, con el incorruptible compás con que se leen estos números, cruzaron como fantasmas, envueltos en la túnica del tiempo, 20 años de la vida de Franz.

Flotaba sobre su cabeza como una lámina de plomo el pasado devastador, grande en su pequeñez trágica y sólo le cubría la sombra del dolor, de la atrofia, del aniquilamiento y de la nada.

Siguió viviendo en Breñas reducido a la inerte condición de un cadáver. Acaso se

había producido un avatar irremediable con algún personaje perdulario muerto en el pueblo que le dejó de herencia el alma, vagando en el cuerpo deteriorado y polilloso de Franz.

Allí vivía Franz olvidado de todos, y defendido por un aluvión de consideraciones chiquitas, y realizando esa vida sórdida, gris, opaca y anquilosada a que lo había condenado el trapiche demolador de la vida aldeana de Breñas.

Don Franz Pereira, el vecino prestigioso de Breñas era un hombre que llegaba a los cincuenta años, de carnes abultados, con un aspecto de cerdo, su andar era lento y onda ante, sus movimientos flácidos. Una calvulténue pintaba de blanco su cabeza de albondigilla. Tenía los párpados violáceos y sombreados por finos capilares. La mirada despejada, se había convertido en una visión turbia y ofreciendo cierta cadenciosa inclinación porcina. Las aletas de la nariz dilatadas, anchas, colgaban inundadas de sangre. Su boca estaba festoneada por unos labios con reminiscencias de higos secos y dejaban ver el abismo de su cavidad escueta de dientes, que desfloraba una sonrisa pútrida, y de sus comisuras colgaba como una esta-

lactita la baba pastosa que salpicaba sobre su chal de vicuña.

La relativa esbeltez de aquel cuerpo había desaparecido y solo quedaba un vientre obeso, empapelado por unos pantalones de casimir ordinario y convertido en un mosaico por la pluralidad de remiendos que lo parchaban. El aspecto de aquel Franz era turbador. El hombre había, pues, perdido toda su envoltura externa y se había apagado la luz interior de aquella lámpara maravillosa que se llama espíritu. Todo se lo había devorado con una veracidad afebrada de Breñas, igual que los buitres le comieron las entrañas a Prometeo.

* * *

Era el día en que el convencionalismo astronómico ha dado en llamar año nuevo, aquel día en que según los poetas y las almas buenas se siente florecer las rosas de la ilusión y se tejen la corona de la esperanza guarnecida por las quimeras, por los anhelos de dicha y por los sueños de ventura.

La casa de don Franz Pereira en aquel día estaba concurrida y los alveolos de la colmena estaban llenos de lo más granado y

espumante de Breñas. Allí estaba lo más conspicuo, los personajes más destacados, las matronas más empingorotadas, las damiselas copetudas. Se producía el besamanos al señor corregidor.

En el patio de la casa una compañía de músicos indígenas operaba, tocando las piezas más selectas de su repertorio, ya emergía un vals por los aires, ya se derrumba un fox trot sobre la concurrencia o ya dejaba sepultadas hasta a las cucarachas la sinfonía desconcertante de una polka. Sin embargo los músicos provistos de sus cornetas, sus platillos y sus pistones tocaban infatigables sudando como jornaleros, apurando de rato en rato, cuando su vértigo lírico les permitía callarse, algunos tragos de aguardiente que eran escanciados por un Ganímiles arcano.

Don Franz Pereira en la sala, sonreía agradecido, con un agradecimiento espeso y municipal. Estaba satisfecho, y en su cabeza paquidérmica relucía el clamor de una idea gloriosa, de triunfo, de dicha y de seducción. La vida era la sucursal del paraíso para Franz y su organismo pétreo que ya no vibraba sino ante el sensualismo de la carne y del alcohol sentía la efusión vernácula de la vida, plena, amplia y cálida.

Sus amigos le atornillaban con formidables abrazos, como para reducirle a menudos fragmentos las costillas. Todos lo hacían rendidamente y con cierta ceremonia jocunda.

—Don Franz cuánto le felicito.....Usted vá a ser una buena autoridad.....

Y el abrazo tierno estrangulaba el ombligo de don Franz.

—Un millón de felicidades, don Franz!...

Y se descargaba otro abrazo rabioso y calcinador.

—Le felicito don Franz!.....Que sea en hora buena su corregimiento!

Lo cierto es que don Franz por obra y gracia de su nombramiento de corregidor había sido elevado a la categoría de víctima aquella tarde.

¡Cómo había recibido aquella carta Franz!

Era inolvidable la escena. Don Hermenegildo el antiguo corregidor el día de navidad le visitó entregándole una carta que llevaba un sello heráldico. Aquel sello heráldico de las cartas palaciegas. Don Franz se sobrecogió solo al ver aquel símbolo de la patria, el escudo nacional pintado con un rojo

de sangre. Se metió la carta al bolsillo, pero don Hermenegildo le insinuó:

—Compadre ábrala, yo se de lo que se trata, viene ahí su nombramiento de corregidor.

Don Franz abrió la carta y se encontró con estos renglones que le suspendieron la circulación de la sangre, dejando vacías sus venas de gozo, de satisfacción y su alma saboreaba el manjar del éxito. La carta que procedía del presidente de la República decía así:

«Mi estimado amigo:

Sé que es usted uno de los buenos amigos de Breñas y en la confianza de que siempre ha sido usted fiel a la causa del gobierno, a fin de que nuestras filas permanezcan incólumes en las elecciones de mayo próximo, me permito rogarle que dado su prestigio y su patriotismo nunca desmentido, acepte el cargo de corregidor en esa importante localidad, cuyo porvenir está ligado a su nombre patriota e ilustrado.

Con este motivo le saludo y me suscribo como su invariable y obsecuente amigo,—
Juan Poroto.

Don Franz quedó suspenso con el resue-